

A photograph of Martin Luther King Jr. speaking at a podium. He is wearing a dark suit and a hat. In the foreground, a wooden sign is visible with the words "I AM" printed on it. The background is slightly blurred, showing other people and a building.

Martin Luther King

LA FUERZA DE AMAR



OBRAS PUBLICADAS

1. *El movimiento obrero. Reflexiones de un jubilado.* Jacinto Martín.
2. *La Misa sobre el Mundo y otros escritos.* Teilhard de Chardin. Segunda Edición.
3. *El Clamor de los pobres de la Tierra.* Acción Cultural Cristiana.
4. *El valor de ser maestro.* Carlos Díaz.
5. *El personalismo.* Emmanuel Mounier. Segunda Edición.
6. *Escuchar a Dios, entender a los hombres y acercarme a los pobres.* Antonio Andrés.
7. *Plenitud del laico y compromiso: Sollicitude Rei Socialistis y Christifideles Laici.* Juan Pablo II.
8. *El Fenerismo (o Contra el interés). Ideal e ideales.* Guillermo Roviroso.
9. *Tierra de hombres.* Antoine de Saint- Exupéry.
10. *Entre la justicia y el mercado.* Romano García.
11. *Sangradouro.* Fredy Kunz, Ze Vicente y Hna. Margaret.
12. *El mito de la C.E.E. y la alternativa socialista.* José Luis Rubio.
13. *Fuerza y debilidades de la familia.* Jean Lacroix.
14. *La Comisión Trilateral. El Gobierno del Mundo en la sombra.* Luis Capilla. Segunda Edición.
15. *Los cristianos en el frente obrero.* Jacinto Martín.
16. *Los derechos humanos.* Acción Cultural Cristiana. Segunda Edición.
17. *Del Papa Celestino VI a los hombres.* G. Papini.
18. *Teología de Antonio Machado.* J. M.ª González Ruiz.
19. *Juicio ético a la revolución tecnológica.* E. A. Azcuy.
20. *Maximiliano Kolbe.* Carlos Díaz.
21. *Carta a un consumidor del Norte.* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo. Tercera Edición.
22. *Dar la palabra a los pobres.* Cartas de Lorenzo Milani.
23. *Neoliberalismo y fe Cristiana.* Pablo Bonavía - Javier Galdona.
24. *Sobre la piel de los niños. Su explotación y nuestras complicidades.* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo. Segunda Edición.
25. *Escritos colectivos de muchachos del pueblo.* Casa Escuela Santiago 1, Salamanca.
26. *España, canto y llanto. (Historia del Movimiento Obrero con la Iglesia al fondo).* Carlos Díaz.
27. *Sur-Norte. (Nuevas alianzas para la dignidad del trabajo).* Centro Nuevo Modelo de Desarrollo.
28. *Las Multinacionales: Voraces pulpos planetarios.* Luis Capilla.
29. *Moral Social. (Guía para la formación en los valores éticos).* P. Gregorio Iriarte O.M.I.
30. *Cuando ganar es perder.* Mariano Moreno Villa.
31. *Antropología del neoliberalismo.* Javier Galdona.
32. *El canto de las fuentes.* Eloi Leclerc.
33. *El mito de la globalización neoliberal: desafíos y respuestas.* Iniciativa autogestionaria.

LA FUERZA DE AMAR

Martin Luther King

LA FUERZA DE AMAR

ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA

Madrid, 1999

ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA

Núm. 34

© ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA
c/. Sierra de Oncala, 7, Bajo dcha.
Teléf. 91 478 12 20
28018 MADRID

Depósito Legal: S. 880-1999

I.S.B.N.: 84-923023-9-9

Imprenta «KADMOS»
Teléfs. 923 21 98 13 - 923 18 42 24
Salamanca, 1999

A mis padres, cuyo profundo enraizamiento en la fe cristiana e inquebrantable adhesión a sus principios eternos han constituido para mi un ejemplo revelador de la Fuerza de Amar.

Índice

PRÓLOGO	11
PREFACIO DEL AUTOR	13
1 FUERTES DE ESPÍRITU, TIERNOS DE CORAZÓN	15
2 INCONFORMISTA TRANSFORMADO	23
3 SER UN BUEN PRÓJIMO	31
4 EL AMOR EN ACCIÓN	39
5 AMAD A VUESTRO ENEMIGOS	47
6 MEDIANOCHE... ALGUIEN LLAMA A LA PUERTA	55
7 EL HOMBRE NECIO	65
8 LA MUERTE DEL MAL A LA ORILLA DEL MAR	73
9 LAS TRES DIMENSIONES DE UNA VIDA COMPLETA	83
10 SUEÑOS DESTROZADOS	93
11 ¿QUÉ ES EL HOMBRE?	103
12 EL CRISTIANO Y EL COMUNISMO	109
13 NUESTRO DIOS ES PODEROSO	117
14 ANTÍDOTOS DEL MIEDO	125
15 LA RESPUESTA A UNA PREGUNTA INQUIETANTE	135
16 CARTA DE PABLO A LOS CRISTIANOS AMERICANOS	143
17 PEREGRINACIÓN A LA NO-VIOLENCIA	151

Prólogo

Es un acierto la edición de este libro por Acción Cultural Cristiana. Y es desde luego un libro adecuado para ser el primero que aborda directamente el tema de la no violencia después de los 33 títulos anteriormente publicados, Ahora bien, este libro no habla solo de la no violencia, sino que, teniéndola como eje y en referencia continua a ella, prácticamente no deja ningún tema por tratar. Al menos en cuanto a sus contenidos éticos. Trata del hombre y de la relación del hombre con el hombre. De la sociedad, de la humanidad. Y del camino para que el hombre y la humanidad puedan ser más fraternales, más humanos.

Como los buenos vinos, este libro es más actual en la medida en que va pasando el tiempo desde su primera aparición. Es un libro profético y es sabido que la profecía, como la obra del espíritu, resiste al tiempo. Sólo que la dimensión profética se realiza, bien por su cumplimiento cuando se sigue el camino marcado por ella, bien por encontrarse con las consecuencias cuando no se sigue. Martin Luther King escribe para un tiempo de crisis y de desconciertos. Ese tiempo de crisis y de desconciertos no ha desaparecido sino que se ha profundizado. Y los peligros de aniquilación y de agravamiento de la injusticia internacional, que él contemplaba y señalaba como trasfondo del escenario social, han aumentado a fecha de hoy. Así que las estrellas que alumbran este libro, sus luces, son una buena guía para el tiempo de pérdida de valores y de referencias éticas en el que nos encontramos. Son también una buena guía para el discernimiento de los problemas de fondo que se plantean en la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Personalmente puedo decir que volver a leer el libro –requisito imprescindible para poder comentarlo– me ha ayudado, me ha hecho bien. Sorprenden muchas cosas en el libro. Y más en su autor. Evidentemente se le conoce como un hombre de acción. Pero ¡qué decir de su peregrinación intelectual en busca de la verdad! Para cuando da con Gandhi ya había hecho todo un recorrido a través de las mentes pensantes del pasado y del presente. Los teólogos y los filósofos. Los ortodoxos y los liberales. Sin dejarse encasillar por ninguno. Discerniendo en cada caso lo verdadero y lo parcial. Poniéndolo todo en referencia a lo esencial en la Palabra de Dios. No abandonando nunca la búsqueda de la verdad ni su aplicación práctica. Este peregrinaje intelectual como buscador de la verdad desde el espíritu y desde la razón está magistralmente reflejado en el libro de John J. Ansbro: “Martin Luter King Jr: el desarrollo de

una mente”. No deja de resultar extraño que, mientras en EE.UU. no dejan de reeditarse sus obras y de publicarse nuevos libros escritos sobre él, aquí sea imposible encontrarlos.

En todo caso, a los occidentales, portadores de la hegemonía económica, social y cultural, debería llamarnos la atención el hecho de que el primer profeta y mártir de la no violencia fuese un pequeño hindú –un hombrecito del Sur- y el segundo un pequeño negro (un hombre que pertenece al Sur del Norte).

Estos dos hombres son una lección para todas las demás personas. Porque en un mundo en el que todos queremos ser más y en el que todos manifestamos ser más (más listos o más ricos, más santos o más pecadores, pero siempre más), ellos dos se manifestaban como hombres normales y comunes con los defectos y problemas de cualquiera. Lo cual no les impidió seguir caminando. Tal vez en ello radique su grandeza.

Es este un libro para leer de corrido. Pero también es un libro para leer y rezar. Para meditar, para reflexionar y para orar.

MIGUEL ANGEL MAUDO

Prefacio del Autor

En estos días de revueltas e incertidumbre, los genios malignos de la guerra y de la injusticia económica y racial amenazan incluso la supervivencia de la raza humana. Vivimos un momento de aguda crisis. Los sermones de este volumen se fundan en la crisis actual y han sido seleccionados para este libro porque, en una u otra forma, tratan de los problemas personales y colectivos que la crisis plantea. He intentado en estos sermones presentar el mensaje cristiano referido a los males sociales que ensombrecen nuestra época, con el testimonio y la disciplina necesarios. Todos estos sermones fueron escritos originalmente para mis antiguos feligreses de la Iglesia Bautista de la Avenue Dexter, en Montgomery, Alabama, y para mis feligreses actuales de la Iglesia Bautista de Ebenezer, en Atlanta, Georgia. Muchos de estos sermones fueron pronunciados más tarde en asambleas celebradas en todo el país.

Los sermones fueron predicados durante el boicot a los autobuses o después, en Montgomery, Alabama, y he esbozado una serie de ilustraciones de aquel particular movimiento, algunas de las cuales se incluyen en mi libro *Stride Toward Freedom* (Marcha hacia la libertad). Tres de los sermones: «Amor en acción», «Amemos a nuestros enemigos» y «Sueños destrozados», fueron escritos mientras estuve en Georgia encarcelado. «Peregrinación a la no-violencia» es una revisión y actualización del material que antes había aparecido en *The Christian Century* y *Stride Toward Freedom*. A pesar de que no es un sermón, lo he añadido al final del volumen por expresa petición de los editores.

La idea de publicar un libro de sermones no me parecía adecuada. Mis temores provenían del hecho de que un sermón va dirigido a los oídos y no a los ojos del lector. Mientras me ocupaba en volver a escribir estos sermones pensando en la lectura, me he convencido de que nunca llegaría al resultado apetecido. Incluso ahora, que el volumen ya está en prensa, sigo con mis escrúpulos. Pero, por deferencia a mi antigua parroquia, a la actual y a mis adictos de la Conferencia de Dirigentes Cristianos del Sur y a mis muchos amigos de la nación entera que han solicitado ejemplares de sermones aislados, ofrezco estos parlamentos con la esperanza de que estas palabras impresas puedan constituir un mensaje de vida para los lectores.

Tengo el placer de poder expresar una profunda gratitud a mis muchos colaboradores. Quedo reconocidísimo a mi íntimo amigo y ayudante, Wyatt Tee Walker, excelente predicador, por haber leído todo el manuscrito y haber-

me favorecido con valiosas sugerencias. Gracias, también, a mi profesor y amigo Samuel W. Williams, por los consejos tan útiles y positivos que me ha dado. Charles L. Wallis ha prestado una colaboración valiosa en la redacción final del texto. Gracias, asimismo, a mi eficiente secretaria, Miss Dora E. McDonald, que me alentó constantemente con sus palabras y pasó a máquina mis hojas escritas a mano. Y sobre todo debo agradecer a mis abnegada esposa, Coretta, que ha leído todo el manuscrito, aconsejándome y haciendo sugerencias muy valiosas. Su amor y su paciencia le permitieron ser comprensiva ante la separación de ella y de nuestros hijos mientras concluía este volumen.

MARTIN LUTHER KING, JR.

1 Fuertes de Espíritu, tiernos de corazón

*Sed, pues, prudentes como serpientes
y sencillos como palomas.*

Mt 10,16.

Un filósofo francés decía: «Un hombre no es fuerte si no lleva impresa en su espíritu una antítesis». El hombre fuerte baraja en su conjunto vital unas contradicciones muy acusadas. No es frecuente que los hombres lleguen a equilibrar estas contradicciones. Por regla general, los idealistas no suelen ser realistas, y los realistas no son idealistas; los militantes no suelen conocerse como pasivos, ni los pasivos ser militantes. Rara vez los humildes están seguros de sí mismos, y los que están seguros de sí mismos no son humildes. Sin embargo, la vida, en el mejor de los casos, es una síntesis creadora de contradicciones en fructífera armonía. El filósofo Hegel decía que la verdad no se encuentra ni en las tesis ni en las antítesis, sino en una síntesis, producto de ambas y que las concilia.

Jesús conoció la necesidad de refundir las contradicciones. Sabía que sus discípulos tendrían que enfrentarse a un mundo difícil y hostil, donde tropezarían con los recalcitrantes funcionarios políticos y la intransigencia de los protectores del orden establecido. Sabía que encontrarían hombres fríos y arrogantes, con el corazón endurecido por el largo invierno del tradicionalismo. Por eso les dijo: «Mirad que os envío cual ovejas en medio de lobos». Y les dio una consigna de acción: «Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas». Resulta difícil imaginar que una persona tenga simultáneamente las características de la serpiente y de la paloma, pero esto es lo que espera Jesús. Debemos combinar la dureza de la serpiente con la blandura de la paloma: fuertes de espíritu, pero tiernos de corazón.

I

Consideremos, en primer lugar, la necesidad de un espíritu fuerte, caracterizado por un pensamiento incisivo, apreciación realista y juicio firme. La mentalidad fuerte es aguda y penetrante, rompe la costra de las leyendas y mitos y separa lo que es verdadero de lo falso. El individuo fuerte de espíritu es astuto y discernidor. Posee una mentalidad fuerte, austera, que le proporciona firmeza de propósito y solidez en los compromisos.

¿Quién pondrá en duda que esta fortaleza de espíritu es una de las más grandes necesidades del hombre? Pocas veces encontramos hombres que de buena gana se comprometan a pensar con firmeza y solidez. Existe una tendencia casi universal a buscar las respuestas fáciles y las soluciones para salir del paso. Nada molesta más a la gente que tener que pensar.

Esta tendencia prevalente en la mentalidad comodona se destaca en la increíble estupidez del hombre. Consideremos nuestra actitud ante los anuncios. ¡Con qué facilidad nos hacen adquirir un producto porque la radio o la televisión dicen que es mejor que otro! Los publicistas desde hace muchos años saben que la mayoría de la gente tienen el espíritu débil, y explotan esta susceptibilidad con frases publicitarias hábiles y eficaces.

También encontramos esta credulidad exagerada en la tendencia de muchos lectores a aceptar la palabra impresa de los periódicos como la verdad última. Pocas personas se dan cuenta de que nuestros canales auténticos de información —prensa, tribuna, y muchas veces el púlpito— no proporcionan una verdad objetiva e imparcial. Pocas personas tienen la robustez de espíritu suficiente para poder juzgar críticamente y discernir lo verdadero de lo falso, lo real de lo ficticio. Nuestras mentes se ven invadidas constantemente por verdades a medias, prejuicios y falsos hechos. Una de las grandes necesidades de la humanidad es que la levanten por encima del montón informe de la falsa propaganda.

Los individuos débiles de espíritu se inclinan a creer en toda suerte de supersticiones. Sus cabezas están invadidas constantemente por temores irracionales, que van desde el miedo al martes y trece al miedo al gato negro que se nos cruza en el camino. Una vez, subiendo en ascensor en uno de los grandes hoteles de Nueva York, me di cuenta por primera vez de que no existía el piso trece; la planta catorce venía a continuación de la doce. Al preguntar al ascensorista la razón de aquella omisión, me contestó: «Esto es muy corriente en la mayoría de los grandes hoteles por el miedo que tiene tanta gente a vivir en el piso trece». Y añadió: «¡La tontería de este miedo se demuestra por el hecho de que la planta catorce es realmente la trece!» Estos temores fatigan durante el día las mentalidades débiles y las persiguen por la noche.

El hombre de espíritu débil tiene siempre miedo al cambio. Se siente seguro en el *statu quo*, y tiene un miedo casi morboso a la novedad. Para él, el mal mayor es el mal de una nueva idea. Dicen que un antiguo segregacionista del Sur dijo: «Ahora me doy cuenta de que la desegregación es inevitable. Pero ruego a Dios que esto no suceda mientras yo viva». La persona de espíritu débil quiere perpetuar el momento presente y subordina la vida al juego de la inmutabilidad.

La debilidad de espíritu invade también muchas veces el campo de la religión. Por eso la religión ha rehusado algunas veces la nueva verdad con

una pasión dogmática. Por miedo a edictos y burlas, inquisiciones y excomuniones, la Iglesia ha intentado prolongar la verdad establecida y levantar un nuevo e impenetrable muro en el camino del que va en busca de la verdad. Los débiles de espíritu consideran que la crítica histórico-filosófica de la Biblia es una blasfemia, y a menudo consideran que la razón es el ejercicio de una facultad corrompida. Las personas de espíritu débil han enmendado las Bienaventuranzas para leer: «Bienaventurados los ignorantes, porque ellos verán a Dios». Esto, a su vez, conduce a la creencia muy difundida de que existe un conflicto entre ciencia y religión. Pero esto no es cierto. Quizás exista un conflicto entre partidarios de la religión débiles de espíritu, y partidarios de la religión fuertes de espíritu, pero no entre ciencia y religión. Sus mundos respectivos son distintos y también sus métodos. La ciencia investiga; la religión interpreta. La ciencia proporciona conocimientos al hombre, que son poder; la religión da al hombre sabiduría, que es control. La ciencia trata, sobre todo, de los hechos; la religión trata, sobre todo, de los valores. No son rivales. Son complementarios. La ciencia evita que la religión se hunda en la irracionalidad entumecedora y en el oscurantismo paralizador. La religión impide que la ciencia caiga en el marasmo del materialismo superado y del nihilismo moral.

No es preciso mirar muy allá para detectar los peligros de la debilidad de espíritu. Los dictadores, aprovechándose de la debilidad de espíritu, han llevado a los hombres a cometer actos de barbarie y terror inconcebibles en una sociedad civilizada. Adolfo Hitler se dio cuenta de que la debilidad de espíritu era tan evidente en sus seguidores, que dijo: «Me valgo de la emoción para la mayoría, y reservo la razón para la minoría» En *Mein Kampf* afirmaba:

Por medio de hábiles mentiras, repetidas hasta la saciedad, es posible hacer creer a la gente que el cielo es el infierno... y el infierno el cielo... Cuando más grande es la mentira, más la creen.

La debilidad de espíritu es una de las causas fundamentales del prejuicio racial. La persona que posee robustez de espíritu examina también los hechos antes de extraer las conclusiones; es decir, juzga después de conocer la cosa. La persona débil llega a una conclusión antes de haber examinado el hecho; es decir, prejuzga y cae en el prejuicio. El prejuicio racial está basado en temores infundados, en sospechas y en malentendidos. Existen los que son suficientemente débiles de espíritu para creer en la superioridad de la raza blanca y en la inferioridad de la negra a pesar de la investigación, llevada a cabo con robustez de espíritu, de los antropólogos que evidencian la falsedad de esta noción. Existen personas débiles de espíritu que arguyen que sería preciso continuar la segregación porque los negros tienen un nivel académico, higiénico y moral inferior. Carecen de la fortaleza de espíritu suficiente para darse cuenta de que los niveles inferiores son el resultado de la segregación y de la

discriminación. No reconocen que racionalmente es defectuoso, y sociológicamente insostenible, utilizar los trágicos efectos de la segregación como argumento para su continuación. Demasiados políticos del Sur reconocen esta enfermedad de la debilidad de espíritu que inunda sus circunscripciones. Con un celo insidioso hacen declaraciones incendiarias y siembran falsedades y medias verdades que suscitan temores anormales y antipatías morbosas en los espíritus de los blancos sin instrucción ni privilegios, dejándolos tan confundidos que se sienten inclinados a cometer actos de maldad y de violencia que no cometería ninguna persona normal.

Poca esperanza nos queda, a menos que los fuertes de espíritu rompan las trabas de los prejuicios, las verdades a medias y la ignorancia supina. La postura que adopta el mundo de hoy no nos permite el lujo de la debilidad de espíritu. Una nación o una civilización que continúa produciendo hombres débiles de espíritu está comprando a plazos su propia muerte espiritual.

II

Pero no debemos contentarnos con el cultivo de un espíritu fuerte. El Evangelio exige también un corazón tierno. La fortaleza de espíritu sin la ternura de corazón es fría y egoísta, y deja la vida del hombre en un invierno perpetuo, falta de calor de la primavera y la temperatura agradable del verano.

¿Hay algo más trágico que ver a una persona que ha alcanzado las disciplinadas alturas de la fortaleza de espíritu, pero que al mismo tiempo se ha hundido en las heladas profundidades de la dureza de corazón?

La persona de corazón duro no ama la verdad. Se aplica a un utilitarismo craso que valora a las demás personas principalmente por la utilidad que le proporcionan. Jamás goza de la belleza de la amistad, porque es demasiado fría para sentir afecto por alguien y piensa demasiado en sí misma para poder compartir la alegría o la aflicción de los demás. Es una isla solitaria. Ninguna deuda de amor le vincula al continente de la humanidad.

La persona dura de corazón carece de la capacidad de la verdadera compasión. No le conmueven los dolores y aflicciones de sus hermanos. Pasa cada día junto a los hombres infortunados, pero en realidad no les llega a ver nunca. Da dinero para una obra de caridad loable, pero no entrega su espíritu.

El hombre de corazón duro nunca considera a la gente como tal, sino como meros objetos o como engranajes impersonales de una rueda que no se detiene nunca. En la inmensa rueda de la industria, ve a los hombres como si sólo fueran manos. En la multitudinaria rueda de la vida en la gran ciudad, ve a los hombres como dedos entre la masa. En la mortífera rueda de la vida en

el ejército, ve a los hombres como si fueran números de un regimiento. Despersonaliza la vida.

Jesús solía poner de relieve las características de los duros de corazón. El hombre rico se condenó, no porque no tuviera un espíritu fuerte, sino porque no era tierno de corazón. Para él, la vida era un espejo que sólo le reflejaba a él, y no una ventana por la que veía a sus semejantes.

El rico fue al infierno, no por ser rico, sino porque no tuvo la suficiente ternura para ver a Lázaro y porque no dio paso alguno para salvar el abismo abierto entre él y su hermano.

Jesús nos recuerda que la vida ejemplar combina la fortaleza de la serpiente con la ternura de la paloma. Tener cualidades de serpiente cuando faltan las de la paloma es ser frío, malvado y egoísta. Tener las cualidades de la paloma sin las de la serpiente es ser sentimental, anémico y abúlico. Tenemos que combinar antítesis fuertemente acusadas.

Nosotros, porque somos negros, tendremos que unir a la fortaleza de espíritu la ternura de corazón, si queremos avanzar positivamente hacia la meta de la libertad y de la justicia. Entre nosotros existen individuos que son débiles de espíritu y creen que la única forma de tratar con la opresión es adaptándose a ella. Aceptan la segregación y se resignan. Prefieren seguir oprimidos. Cuando Moisés condujo a los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto a la libertad de la Tierra Prometida, descubrió que los esclavos no siempre acogen bien a sus liberadores. Prefieren soportar los males que los afligen antes que, como decía Shakespeare, ir hacia los que ignoran. Prefieren las «ollas de Egipto» a las pruebas de la emancipación. Sin embargo, la solución no es ésta. La aquiescencia de los débiles de espíritu es cobardía. Amigos, no podemos ganar el respeto de los pueblos blancos del Sur o de donde sea, si estamos dispuestos a vender el futuro de nuestros hijos por nuestra seguridad y comodidad personal. Más aún: debemos comprender que aceptar pasivamente un sistema injusto es cooperar con ese mismo sistema y, por tanto, que nos convertimos en partícipes de su maldad.

Entre nosotros existen individuos de corazón duro y amargo, que combatirían al oponente con la violencia física y el odio más corrosivo. La violencia crea más problemas sociales de los que resuelve, y por tanto no conduce nunca a una paz permanente. Estoy convencido de que, si sucumbimos a la tentación de utilizar la violencia en nuestra lucha por la libertad, las generaciones venideras son las destinadas a soportar una larga y desolada noche de amargura, y nuestro principal legado será para ellos el inacabable reino del caos. Una Voz, que suena en el pasillo del tiempo, dice a cada Pedro impa-

ciente. «Mete la espada en la vaina»¹. La historia está llena de la ruina de las naciones que no supieron seguir el mandato de Cristo.

III

Aún nos queda un tercer camino en nuestra búsqueda de la libertad, es decir, la resistencia no-violencia, que combina la fortaleza de espíritu con la ternura de corazón, y evita la complacencia y la inactividad de los débiles y la violencia y el genio de los duros. Tengo la convicción de que ésta es la norma que debe guiar nuestras relaciones raciales. Por medio de la resistencia no-violenta podremos oponernos al sistema injusto y al mismo tiempo amar a los que lo han implantado.

Debemos trabajar apasionadamente, infatigablemente para conseguir nuestra plenitud como ciudadanos, pero que nunca pueda decirse, amigos míos, que para ganarla tuvimos que utilizar procedimientos despreciables como la falsedad, la malicia, el odio o la violencia.

No quisiera acabar sin aplicar el significado del texto a la naturaleza de Dios. La grandeza de nuestro Dios reside en el hecho de que es fuerte de espíritu y tierno de corazón a la vez. Posee ambas cualidades, la austeridad y la dulzura. La Biblia, siempre subrayando los atributos de Dios, expresa su fortaleza de espíritu en su justicia y en su ira, y su ternura de corazón en su amor y en su gracia. Dios está con los brazos abiertos. El uno es suficientemente robusto como para envolvernos con su justicia, y el otro es lo bastante dulce como para abrazarnos con la gracia. Por una parte, Dios es un Dios de justicia que castigó a Israel por sus delitos y desviaciones, y por otra es un padre que perdona y cuyo corazón se llena de inefable alegría cuando el hijo pródigo vuelve a casa.

Doy gracias porque adoramos a un Dios que es a la vez fuerte de espíritu y tierno de corazón. Si Dios fuera solamente fuerte de espíritu, sería un despota frío, inmovible, ausente en algún cielo lejos de nosotros y «contemplándolo todo», como decía Tennyson al describir *El Palacio del Arte*. Sería el «motor inmóvil» de Aristóteles, que se conoce a sí mismo, pero que no quiere a los demás. Ahora bien, si Dios sólo fuera tierno de corazón, sería demasiado blando y sentimental para actuar cuando las cosas se pusiesen mal, e incapaz de controlar lo que hubiera hecho. Sería como el simpático Dios de H. G. Wells en *Dios, el rey invisible*, que tiene el vivo deseo de hacer un mundo bueno, pero se encuentra impotente ante los poderes del mal que van surgiendo. Dios no es duro de corazón ni débil de espíritu. Es lo bastante fuer-

1 Jn 18, 11.

te de espíritu como para trascender al mundo; y es lo suficientemente tierno de corazón para vivirlo. No nos deja solos en nuestras agonías y combates.

Nos busca en los lugares oscuros y sufre con nosotros y por nosotros en nuestra trágica prodigalidad.

A veces nos conviene saber que el Señor es un Dios de justicia. Cuando los adormecidos gigantes de la injusticia emergen a la tierra, debemos saber que existe un Dios de poder que puede cortarlos como la hierba y dejarlos secar como un campo segado. Cuando nuestros esfuerzos más obstinados no consiguen detener la ola de opresión creciente, nos conviene saber que en este universo existe un Dios, cuya fortaleza incomparable es un contraste exacto con la sólida debilidad del hombre. Pero también muchas veces necesitamos saber que Dios posee amor y misericordia.

Cuando nos vemos azotados por los vientos glaciales de la adversidad y abatidos por las tempestades furiosas de la desesperanza, y cuando, a través de nuestra locura y pecado, nos encaminamos hacia las apartadas regiones de la destrucción y nos sentimos frustrados por culpa de una extraña sensación de añoranza, nos conviene saber que Alguien nos quiere, nos cuida, nos entiende, y nos dará una nueva oportunidad.

Cuando los días se oscurecen y las noches se hacen lóbregas, podemos dar gracias a que nuestro Dios combine en su naturaleza una síntesis creadora de amor y justicia que nos guiará por los valles tenebrosos de la vida hasta los senderos soleados de la esperanza y la plenitud.

2 Inconformista transformado

Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente.

Rom 12,2.

«No os conforméis...», es un consejo difícil en una generación en que la presión de la mayoría ha impulsado inconscientemente a nuestro espíritu y a nuestros pies a moverse al rítmico son del *statu quo*. Infinidad de voces y fuerzas nos mueven a elegir el camino de la resistencia mínima, y nos dicen que no luchemos por una causa impopular y que no nos encuentren nunca formando parte de una patética minoría de dos o tres.

Además, algunas de nuestras disciplinas intelectuales nos persuaden de la necesidad de conformarnos. Algunos sociólogos filósofos insinúan que la moralidad es meramente el consentimiento del grupo y que las formas correctas son las que adopta la gente. Algunos psicólogos dicen que el equilibrio mental y emocional es la resultante de pensar y actuar como los demás.

El éxito, el reconocimiento y el conformismo son las palabras claves del mundo moderno, donde cada uno parece implorar la seguridad anestésica de identificarse con la mayoría.

I

A despecho de esta tendencia prevalente a conformarnos, nosotros, como cristianos, tenemos la obligación de ser inconformistas. El apóstol Pablo, que conocía las realidades interiores de la fe cristiana, aconsejaba: «Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente». Estamos llamados a ser individuos de convicciones, no de conformismos; de nobleza moral, no de respetabilidad social. Tenemos obligación de vivir diferentemente y según una fidelidad más alta.

Todo cristiano de verdad es ciudadano de dos mundos, el temporal y el de la eternidad. Paradójicamente, estamos en el mundo y, a pesar de todo, no estamos en el mundo. Pablo escribía a los cristianos filipenses: «Porque nuestra ciudadanía está en los cielos»¹. Entendían lo que quería decir, porque su ciudad de Filipo era una colonia romana. Cuando Roma quería romanizar una

1 Fl 3, 20.

provincia, establecía una pequeña colonia de gente que vivían según la ley y las costumbres romanas y que, aun siendo un país distinto, guardaban fidelidad a Roma. Esta minoría pujante y creadora expandía el evangelio de la cultura romana. Aunque la analogía no sea perfecta —los colonos romanos vivían en un marco de injusticia y explotación, de colonialismo—, el Apóstol apunta a la responsabilidad de los cristianos de imbuir a un mundo no cristiano los ideales de un orden más alto y noble. Viviendo en una colonia temporal somos, en último término, responsables del imperio de la eternidad. Como cristianos, no debemos rendir nuestra suprema lealtad a ninguna costumbre supeditada al tiempo o a ninguna idea vinculada a la tierra, porque en el corazón de nuestro universo existe una realidad más alta —Dios y su reino de amor—, a la cual debemos acomodarnos.

Este mandamiento para que no nos conformemos proviene no solamente de Pablo, sino de nuestro Maestro y Señor Jesucristo, el inconformista más entusiasta del mundo, cuya no conformidad ética desafía aún a las conciencias del género humano.

Cuando una sociedad opulenta quiere hacernos creer que la felicidad consiste en la calidad de nuestros automóviles, en el lujo de nuestras viviendas o el precio de nuestros trajes, Jesús nos recuerda que «La vida no está en la hacienda»².

Cuando estemos a punto de caer en la ostentación de un mundo repleto de promiscuidad sexual y alienado por una filosofía de autoafirmación, Jesús nos dirá que: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón»³.

Cuando nos resistimos a sufrir por aquello que es justo y nos decidimos a seguir la senda de la comodidad y no la de la convicción, sentimos que Jesús nos dice: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos»⁴.

Cuando en nuestro orgullo espiritual nos vanagloriamos de haber alcanzado la cima de la excelencia moral, Jesús advierte: «Los publicanos y las meretrices os preceden en el Reino de Dios»⁵.

Cuando nosotros, por culpa del egoísmo frío y del individualismo arrogante, dejamos de corresponder a las necesidades de los desposeídos, el Maestro dice: «Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis»⁶.

2 Lc 12, 15.

3 Mt 5, 28.

4 Mt 5, 10.

5 Mt 21, 31.

6 Mt 25, 40.

Cuando dejamos que la estela de la venganza nos invada el corazón de odio para con los enemigos, Jesús enseña: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen»⁷. Haced el bien a los que os odian y orad por los que abusan de vosotros despiadadamente y os persiguen.

En todo lugar y en cualquier tiempo, la ética del amor de Jesús es una luz radiante que descubre la fealdad de nuestro estancado conformismo. A pesar de esta exigencia imperativa de vivir en forma diferente, nosotros hemos cultivado una mentalidad de masas y hemos pasado desde el extremo del rudo individualismo al otro extremo, aún peor, del rudo colectivismo. No somos forjadores de historia; estamos hechos para la historia. Longfellow dice: «Los hombres, en este mundo tienen que ser o martillos o clavos»⁸, con lo cual quiere decir que, o bien arrolla a la sociedad, o es arrollada por ésta. ¿Quién pondrá en duda que la mayor parte de los hombres de hoy están medidos y tallados por el patrón de la mayoría? O, para decirlo de otra manera, muchísima gente, y en particular los cristianos, son termómetros que registran o marcan la temperatura de la opinión de la mayoría, no termostatos que transforman y regulan la temperatura de la sociedad.

Mucha gente teme sobremanera adoptar una postura que discrepe clara y manifiestamente de la opinión que predomina. La tendencia de muchos de ellos es adoptar un punto de vista tan amplio que lo incluya todo, y tan popular que abarque a todo el mundo. Junto a esto ha proliferado una desordenada adoración por la grandeza. vivimos en una época de «magnificación», en la que los hombres se complacen en lo amplio y en lo grande —grandes ciudades, grandes edificios, grandes compañías—. Este culto a la magnitud ha hecho que muchos tuviesen miedo de sentirse identificados con una idea de minoría. No pocos, que acarician elevados y nobles ideales, los disimulan por miedo a que los consideren distintos. Muchos blancos sinceros del Sur se oponen en privado a la segregación y a la discriminación, pero sienten aprensión a ser condenados públicamente. Millones de ciudadanos se sienten molestos de que el consejo militar-industrial intervenga tan a menudo en la política de la nación, pero no quieren que los tengan por poco patriotas. Innumerables americanos leales creen honradamente que una organización mundial como las Naciones Unidas deberían incluir también a la China roja, pero temen ser considerados simpatizantes del comunismo. Legiones de personas sensatas reconocen que el capitalismo tradicional debe sufrir cambios continuos si es que nuestra riqueza nacional ha de distribuirse más equitativamente, pero temen que sus críticas les hagan aparecer como antiamericanos. Numerosos jóvenes, decentes e íntegros, se dejan involucrar en actividades punibles que personalmente no aprueban ni les proporcionan ninguna ventaja, porque se avergüenzan de decir que *no* cuando el grupo dice *sí*. ¡Qué pocas personas

7 Mt 5, 44.

8 *Hiperión*, Ll. IV, c. 7.

tienen el valor de expresar públicamente sus convicciones, y cuántos confiesan estar «astronómicamente intimidados»!

El conformismo ciego nos hace sospechar de un individuo que insiste en decir lo que realmente cree, hasta tal punto que le amenazan implacablemente en sus libertades civiles. Si un hombre que cree vigorosamente en la paz es lo suficientemente osado para llevar una pancarta en una demostración pública, o un blanco del Sur, porque cree en el sueño americano de la dignidad y el valor de la personalidad humana, tiene el valor de invitar a un negro a su casa y se une a los que luchan por la libertad, corre el peligro de que le citen ante el comité de investigación legal. ¡E incluso será un comunista si abraza la causa de la solidaridad humana!

Thomas Jefferson escribió: «He jurado ante el altar de Dios hostilidad eterna contra cualquier forma de tiranía del espíritu»⁹. Para el conformista y los modeladores de la mentalidad conformista, esto parecerá seguramente una doctrina peligrosa y muy radical. ¿Hemos permitido que la luz del pensamiento independiente y del individualismo se haya hecho tan tenue que si Jefferson escribiera y viviera según estas palabras sería perseguido y juzgado? Si los americanos permiten que continúe existiendo el control del pensamiento, de los negocios y de la libertad, seguramente acabaremos moviéndonos entre las sombras del fascismo.

II

En ningún lugar es más evidente la trágica tendencia al conformismo que en la Iglesia, una institución que a menudo ha servido para cristalizar, conservar, e incluso bendecir, los módulos de la opinión de la mayoría. La sanción ocasional por parte de la Iglesia a la esclavitud, la segregación racial, la guerra y la explotación económica, son testimonios de que la Iglesia ha tenido más en cuenta la opinión del mundo que la autoridad de Dios. Llamada a ser la guardiana moral de la comunidad, la Iglesia a veces ha preservado lo inmoral y no ético. Llamada a combatir los males sociales, ha permanecido silenciosa detrás de sus vidrieras. Llamada a guiar a los hombres por el camino de la fraternidad y a invitarlos a superar los estrechos límites de raza y de clase, ha anunciado y practicado el exclusivismo racial.

Los predicadores también nos sentimos tentados a practicar el culto incitante del conformismo. Seducidos por los símbolos mundanos del éxito, hemos medido nuestros resultados por la magnitud de nuestra parroquia. Nos hemos convertido en los presentadores de programas que halagan la fantasía y los caprichos de la masa. Predicamos sermones consoladores y evitamos

9 *Escritos*, vol. X, p. 173.

decir algo, desde el púlpito, que pueda alterar las respetables ideas de los confortables miembros de nuestras feligresías. ¿Habremos sacrificado, los ministros del Señor, la verdad en aras del interés propio y, como en Pilato, habrán claudicado nuestras convicciones ante las exigencias de las turbas?

Debemos recobrar la llama evangélica de los antiguos cristianos, que eran inconformistas en el más puro sentido de la palabra, y se negaron a acomodar su testimonio a los puntos de vista de su época. Sacrificaban de buen grado fama, fortuna, e incluso la vida, por una causa que sabían era recta. Pequeños en número, fueron gigantes por su calidad. Su poderoso evangelio puso fin a los males bárbaros del infanticidio y de las luchas sangrientas de los gladiadores. Y, por fin, conquistaron para Jesucristo el Imperio romano.

No obstante, a pesar de ello, la Iglesia se fue convirtiendo en una institución cargada de riqueza y prestigio hasta empezar a diluir las enérgicas exigencias del Evangelio y conformarse a las maneras del mundo. Y, desde entonces, la Iglesia ha sido una trompeta débil e ineficaz, de sonido incierto. Si la Iglesia de Jesucristo debe recuperar una vez más su poder, su mensaje y su repercusión auténtica, debe conformarse exclusivamente con las exigencias del Evangelio.

La esperanza de un mundo seguro y digno de ser vivido recae en los inconformistas disciplinados, que defienden la justicia, la paz y el compañerismo. ¡Los pioneros de la libertad humana, académica, científica y religiosa han sido siempre inconformistas! ¡En cualquier causa relacionada con el progreso de la humanidad, depositad vuestra fe en el inconformismo!

Emerson, en su ensayo *Confianza en sí mismo*, escribió: «El que quiera ser hombre debe ser inconformista». El apóstol Pablo nos recuerda que el que quiera ser cristiano debe ser también inconformista. Cualquier cristiano que acepte ciegamente las opiniones de la mayoría y siga tímido y amedrentado un camino de oportunismo y de aprobación social es un esclavo mental y espiritual. Grabad bien en vuestras mentes estas palabras salidas de la pluma de James Russell Lowell:

Son esclavos los que temen hablar
en favor de los caídos y de los débiles;
son esclavos los que se niegan a elegir
el odio, la mofa y la injuria
y prefieren esconderse en silencio
ante una verdad que les conviene;
son esclavos los que se niegan a escoger
el derecho que defienden los otros¹⁰.

10 *Canto sobre la libertad.*

III

No obstante, cabe que el inconformismo no sea del todo bueno, y que a veces carezca de poder transformador o redentor. La inconformidad *per se* no tiene ningún valor de salvación y puede representar en algunas circunstancias casi poco más que una forma de exhibicionismo. Pablo, en la última mitad del texto, ofrece una fórmula para el inconformismo constructivo: «Transformaos por la renovación de la mente»¹¹.

El inconformismo es creador cuando está controlado y dirigido por una vida transformada, y es constructivo cuando abraza una nueva perspectiva mental. Abriendo nuestras vidas a Dios en Cristo, nos hacemos criaturas nuevas. Esta experiencia, que Jesús califica de nuevo nacimiento, es esencial si debemos ser inconformistas transformados y si debemos liberarnos de la fría dureza de corazón y del orgullo tan característicos del inconformismo. Alguien ha dicho: «Me gustan las reformas, pero me molestan los reformadores». Un reformador puede ser un inconformista no transformado, cuya rebelión contra los males de la sociedad le haya dejado enojosamente rígido y con una impaciencia irracional.

Sólo por una transformación espiritual interna adquirimos la fuerza para combatir vigorosamente los males del mundo con espíritu amoroso y humilde. El inconformista transformado no cede ante la paciencia pasiva que es una excusa para no hacer nada. Y su misma transformación le evita pronunciar palabras irresponsables, que separan sin reconciliar, y juicios apresurados, que son ciegos ante la necesidad del progreso social. Reconoce que el cambio social no se producirá de repente, pero trabaja como si fuera una posibilidad inminente.

En estos momentos históricos es necesario un grupo unido de inconformistas transformados. Nuestro planeta se balancea sobre la cuerda de la aniquilación atómica; las pasiones peligrosas del orgullo, el odio y el egoísmo se han entronizado en nuestras vidas; la verdad está postrada en las accidentadas colinas de los calvarios innominados; y los hombres rinden culto a los falsos dioses del nacionalismo y del materialismo. La salvación de nuestro mundo de la catástrofe llegará, no por la adaptación complaciente de la mayoría conformista, sino por la inadaptación creadora de una minoría inconformista.

Hace algunos años, el profesor Bixler nos recordaba el peligro de sobreestimar la vida equilibrada. Todos buscan apasionadamente el equilibrio. Naturalmente, debemos ser equilibrados si queremos evitar las personalidades neuróticas y esquizofrénicas, pero existen cosas en este mundo ante las que los hombres de buena voluntad deben declarar que no coinciden. Confieso que nunca intento adaptarme a los males de la segregación y a los efectos entor-

11 Rom 12, 2.

pecedores de la discriminación, a la degeneración mortal de la falsedad religiosa y a los efectos corrosivos del sectarismo estrecho, a las condiciones económicas que arrebatan al hombre el trabajo y el alimento, ni a las locuras del militarismo y los defectos autodestructores de la violencia física.

La salvación humana sigue en manos de los creadores inadaptados. Hoy necesitamos hombres inadaptados como Sidraj, Misaj y Abed-Nego, quienes, cuando el rey Nabucodonosor les ordenaba postrarse ante una imagen de oro, contestaron en términos inequívocos: «Pues nuestro Dios, al que adoramos, puede liberarnos del horno encendido y nos librá... Y si no quisiere, sabe, ¡oh rey!, que no adoraremos a tus dioses»¹²; como Thomas Jefferson, que en una época en la que se aceptaba la esclavitud, escribió: «Creemos que estas verdades son evidentes, que todos los hombres son iguales, que han sido provistos por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre éstos figuran la vida, la libertad y la consecución de la felicidad»¹³; como Abraham Lincoln, que tuvo la sabiduría de discernir que esta nación no podría sobrevivir mitad esclava y mitad libre; y, por encima de todo, como Nuestro Señor, el cual, ante la intrincada y fascinante máquina militar del Imperio romano, recordaba a sus discípulos que «quien toma la espada, a espada morirá»¹⁴. Por una inadaptación de esta clase, una generación ya decadente puede estar llamada a conseguir todo aquello que procura la paz.

La honradez me impulsa a admitir que el inconformismo transformado, que es siempre costoso y nunca llega a ser del todo aceptable, puede llevar aparejado el caminar por el oscuro valle del sufrimiento, perder una colocación, o que una hija de seis años os pregunte: «Papá, ¿por qué tienes que ir tantas veces a la cárcel?» Pero nos equivocamos gravemente si creemos que el cristianismo nos protege del dolor y de las tribulaciones de la existencia mortal. El cristianismo siempre ha insistido en que la cruz que soportamos precede a la corona que llevaremos. Para ser cristianos, debemos aceptar esta cruz, con todas las dificultades que comporta, con su contenido angustioso y trágico, y llevarla hasta que la tengamos marcada en la carne y nos redima de aquella excelentísima forma que sólo se da con el sufrimiento.

En estos tiempos de confusión mundial, existe una imperiosa necesidad de hombres y de mujeres que quieran entablar valerosamente la lucha por la verdad. Necesitamos cristianos que se hagan eco de las palabras de John Bunyan a su carcelero, cuando, al cabo de doce años de prisión, le prometieron la libertad si accedía a dejar de predicar:

12 Dn 3, 17-18.

13 *Declaración de Independencia* (extracto).

14 Mt 26, 52.

Pero si no me queda otra salida que convertir mi conciencia en un cuchillo de matarife y una carnicería continua, o que, sacándome los ojos, me confíe a la dirección de un ciego, como me figuro desean algunos, he determinado sufrir esperando que Dios todopoderoso me proteja, si la frágil vida continúa, hasta que la hierba cubra mis párpados, antes que violar de esta forma mi fe y mis principios ¹⁵.

Debemos adoptar una decisión. ¿Continuaremos marcando el paso al son del conformismo y de la respetabilidad o, al escuchar el retumbo de un tambor más lejano, cambiaremos el paso? ¿Seguiremos sólo la música del tiempo o nos arriesgaremos, a pesar de las posibles críticas y burlas, a caminar según la música salvadora de la eternidad? Hoy nos desafían más que nunca las palabras de ayer: «Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente».

15 William Hamilton Nelson: *John Bunyan* (1928).

3 Ser un buen prójimo

¿Y quién es mi prójimo?

Lc 10,29.

Quisiera hablaros de un hombre bueno, cuya vida ejemplar será siempre una luz esplendorosa que perturbará la adormecida conciencia de la humanidad. Su bondad no se basaba en una confianza pasiva en un credo particular, sino en su participación activa en una acción salvadora de la vida; no en un peregrinaje moral que alcanza su meta, sino en una moral de amor que le hacía recorrer los grandes caminos de la vida. Era bueno porque, sin duda, era un buen «prójimo».

La preocupación ética de este hombre está expresada en una maravillosa narración, que empieza con una discusión teológica sobre la significación de la vida eterna y termina con una manifestación concreta de compasión en un camino peligroso. Un hombre que había sido formado en todos los detalles de la ley judía preguntó a Jesús: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» La respuesta no se hace esperar: «¿Qué hay escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?» Después de unos instantes, el escriba recita puntualmente: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con toda tu inteligencia; y a tu prójimo como a ti mismo». Entonces Jesús pronuncia la palabra decisiva: «Has contestado rectamente; haz esto y vivirás».

El jurista quedó preocupado: «¿Por qué —podría preguntar la gente— un hombre experto en la Ley preguntaba lo que hasta un novicio hubiese podido responder?» Queriéndose justificar y demostrar que la respuesta de Jesús distaba mucho de ser completa, preguntó: «¿Y quién es mi prójimo?» El jurista llevaba de este modo el debate hasta una discusión teológica abstracta. Pero Jesús, decidido a no dejarse atrapar por «la parálisis del análisis», cogió la pregunta al vuelo y la dejó caer en una curva peligrosa entre Jerusalén y Jericó.

Explicó la historia de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones que lo desnudaron, lo golpearon y lo dejaron medio muerto. Por fortuna, apareció un sacerdote, pero pasó de largo por el otro lado del camino. Poco después hizo lo mismo un levita. Por fin apareció un samaritano, un mestizo de un pueblo con el que los judíos no tenían tratos; viendo al herido, se compadeció, le prestó los primeros auxilios, «le hizo montar sobre su propia cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él».

¿Quién es mi prójimo? «No sé su nombre», dice en esencia Jesús. «Es cualquier persona que está junto a ti. Es el que se encuentra necesitado junto

al camino de la vida. No es judío ni gentil; no es ruso ni americano; no es blanco ni negro. Es *un hombre* —cualquier hombre necesitado— en uno de los numerosos caminos del Jericó de la vida». Jesús define al prójimo, por consiguiente, no como una fórmula teológica, sino como una situación vital.

¿En qué consistirá la bondad del buen samaritano? ¿Por qué será siempre un modelo y una inspiración en la virtud de la buena relación? Creo que la bondad de este hombre podría describirse con una sola palabra: altruismo. El buen samaritano era altruista hasta lo más profundo de su corazón. ¿Que es el altruismo? El diccionario lo define como «la preocupación y desvelo por el interés de los demás». El samaritano era bueno porque hacía de la preocupación por los demás la primera ley de su vida.

I

El samaritano era capaz de un «altruismo universal». Se daba perfecta cuenta de lo que hay más allá de los eternos accidentes de raza, religión, o nacionalidad. Una de las grandes tragedias del largo trayecto del hombre en las grandes etapas de la historia ha sido la escasa preocupación del prójimo por la tribu, la raza, la clase, la nación. El Dios del Antiguo Testamento era un Dios tribal y la moral era también tribal. «No matarás» significa: «No matarás a tu hermano israelita; pero, por amor a Dios, ¡mata a un filisteo!» La democracia griega llevaba aparejada una cierta aristocracia, que no comprendía a las hordas de esclavos griegos cuyo trabajo permitió construir las ciudades-Estado. El universalismo contenido en nuestra Declaración de Independencia ha sido negado vergonzosamente por la desastrosa tendencia americana a sustituir a «todos» por «algunos». Mucha gente, en el Norte y en el Sur, creen todavía que la afirmación «Todos los hombres han sido creados iguales» significa «Todos los hombres blancos han sido creados iguales». Nuestra firme adhesión al capitalismo monopolístico nos hace estar más interesados por la seguridad económica de los dirigentes de la industria que por los trabajadores cuyo sudor y habilidad aseguran el funcionamiento de la misma industria.

¿Cuáles son las devastadoras consecuencias de esta actitud estrecha, centrada en el grupo? Que realmente nadie se preocupa por lo que le ocurre a la gente que no forma parte de su propio grupo. Si un americano sólo se preocupa de su nación, no se preocupará por los pueblos de Asia, África o América del Sur. ¿No es precisamente por esto por lo que las naciones se comprometen en la locura de la guerra sin el más mínimo sentido de la penitencia? ¿No es por esto por lo que el asesinato de los ciudadanos de otra nación en guerra es un acto de virtud heroica? Si los industriales no se preocupan sino de sus intereses personales, pasarán de largo cuando miles de trabajadores que se encuentran abandonados en cualquier camino de Jericó pierdan su empleo por razón de la automoción, y consideran «socialista» cualquier movimiento

para una mejor distribución de los recursos y una vida mejor para el trabajador. Si un hombre blanco sólo se preocupa de su raza, pasará sin interés cerca del negro despojado de su personalidad, privado de su sentido de la dignidad y abandonado agonizante en un camino perdido. Hace años, un coche que transportaba diversos miembros de un equipo de baloncesto de un colegio negro sufrió un accidente en una carretera importante del Sur y tres de los jóvenes resultaron gravemente heridos. Se avisó inmediatamente a una ambulancia, pero al llegar al lugar del accidente, el chófer, que era blanco, declaró sin rodeos que no acostumbraba a servir a los negros y se marchó. Un automovilista que pasaba por allí condujo a los heridos al hospital más próximo, pero el médico de servicio declaró en tono hostil: «En este hospital no se admiten negros». Cuando, por fin, los muchachos llegaron a un hospital de «color», en un pueblo situado a unas cincuenta millas del lugar del accidente, uno de ellos ya había muerto y los otros dos murieron, respectivamente, entre treinta y cincuenta minutos más tarde. Probablemente se hubiesen salvado los tres de haber podido ser atendidos inmediatamente. Éste es sólo uno de los miles de accidentes inhumanos que se producen cada día en el Sur, manifestación increíble de las bárbaras consecuencias de toda ética basada en la tribu, la nación o la raza.

La verdadera tragedia de este provincialismo estrecho es que vemos a la gente como entidades o simplemente como cosas. Muy pocas veces consideramos a la gente como *personas*. Una miopía espiritual limita nuestra visión de los accidentes externos. La vemos como judíos o gentiles, católicos o protestantes, chinos o americanos, negros o blancos. No pensamos en ellos como hermanos humanos, hechos de la misma materia que nosotros, modelados sobre la misma imagen divina. El sacerdote y el levita no vieron más que un cuerpo ensangrentado, no un ser humano parecido a ellos. Pero el buen samaritano nos recordará siempre que hay que extirpar de nuestros ojos espirituales la catarata del provincialismo y ver a los hombres como hombres. Si el samaritano hubiera considerado al herido, en primer lugar como un judío, no se hubiera parado, pues judíos y samaritanos no mantenían relaciones. Pero lo vio primero como ser humano, y que era judío por accidente. El buen prójimo mira más allá de los accidentes externos y distingue las cualidades interiores que hacen a todos los hombres humanos y, por tanto, hermanos.

II

El samaritano era capaz de un «altruismo peligroso». Arriesgaba su vida por salvar la de su hermano. Si nos preguntan por qué el sacerdote y el levita no se detuvieron para ayudar al herido, nos vienen muchas hipótesis a la mente. ¿Quizá no se detuvieron porque iban a una importante reunión eclesiástica?... ¿Quizá las reglas litúrgicas les prohibieran tocar un cuerpo humano

antes de oficiar en el templo? ¿O acaso se habían puesto en camino para una asamblea de la Asociación para el mejoramiento del Camino de Jericó? En este caso se trataba, sin ningún género de dudas, de una necesidad real: en efecto, no es suficiente ayudar a un individuo herido en el camino de Jericó; es igualmente importante modificar las condiciones que hacen posible el latrocinio.

La filantropía es una cosa buena, pero no debe llevar al filántropo al extremo de ignorar las circunstancias de injusticia económica que hacen posible la filantropía. Quizás el sacerdote y el levita creyeran que vale más atacar la injusticia en la raíz que volcarse en un simple caso individual.

Éstas pueden ser unas posibles razones de su renuncia a detenerse; pero aún existe otra razón, muy a menudo olvidada: tuvieron miedo. El camino de Jericó era un camino peligroso. Cuando mi mujer y yo visitamos Tierra Santa, alquilamos un coche e hicimos el trayecto de Jerusalén a Jericó. Mientras pasábamos lentamente por aquel camino sinuoso y accidentado, lo dije a mi mujer: «Ahora comprendo porqué Jesús escogió este camino para situar su parábola». Jerusalén está situada a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar, y Jericó a unos trescientos metros por debajo. El descenso se hace en menos de treinta kilómetros. Muchos virajes bruscos facilitan las emboscadas y exponen al viajero a ataques imprevisibles. En otra época se le conocía por «El paso de la sangre». Por tanto, es posible que el sacerdote y el levita tuvieran miedo de ser atacados también si se detenían. Es posible que aún estuvieran cerca los ladrones. Y el herido, ¿podía ser un falso herido que intentaba atraer a los viajeros a su alcance para atacarlos rápidamente y sin esfuerzo? Imagino que el sacerdote y el levita se hicieron antes esta pregunta: «¿Qué me sucederá si me detengo para ayudar a este hombre?» En razón a su preocupación, el buen samaritano invirtió la pregunta: «¿Qué le sucederá a este hombre si no me detengo a ayudarlo?» El buen samaritano estaba comprometido en un altruismo peligroso.

Nos preguntamos muchas veces: «¿Qué será de mi colocación, de mi prestigio, de mi categoría, si me comprometo en este asunto? ¿Dinamitarán mi casa?» El hombre bueno da siempre la vuelta a la pregunta. Albert Schweitzer no se preguntó: «¿Qué será de mi prestigio y seguridad de profesor universitario, qué será de mi categoría de organista especializado en Bach, si trabajo por el pueblo de África?» al contrario, se preguntó: «¿Qué les sucederá a estos miles de personas heridas por la injusticia si no me voy con ellos?» Abraham Lincoln no se preguntó: «¿Qué me pasará si proclamo la Emancipación y pongo fin a la esclavitud?» Sino que se preguntó: «¿Qué le pasará a la Unión y a esos miles de negros si no lo hago? El negro que ejerce una profesión no pregunta: «¿Qué pasará con mi posición asegurada, con mi categoría de clase media, con mi seguridad personal, si participo en el movimiento que pretende acabar con la segregación?», sino que pregunta: «¿Qué ocurrirá con la causa de la justicia y las masas del pueblo negro que no han sentido

nunca el calor de una seguridad económica si no participo activa y valerosamente en este movimiento?»

En definitiva, un hombre no se valora por el lugar que ocupa en los momentos de seguridad y comodidad, sino por el que ocupa en épocas de prueba y adversidad. El verdadero prójimo pondrá en peligro su situación e incluso su vida por el bien de los demás. En los valles peligrosos y en los caminos expuestos, ayudará a su hermano maltratado y golpeado a levantarse hacia una vida más alta y más noble.

III

Finalmente, el samaritano estaba dotado de un «altruismo excesivo». Con sus propias manos curó las heridas del hombre y lo cargó en su cabalgadura. Hubiese sido más fácil pagar una ambulancia para conducir al herido al hospital, en lugar de arriesgarse a ver su vestido manchado de sangre.

El altruismo auténtico es algo más que aptitud para la piedad; es la aptitud para simpatizar. La piedad puede no ser otra cosa que una preocupación impersonal rápidamente dispuesta a firmar un cheque, pero la verdadera simpatía es la preocupación personal que exige el don de uno mismo. La piedad puede nacer del interés por una abstracción llamada humanidad, pero la simpatía nace de una preocupación por el ser humano individual que yace en un camino perdido de la vida. La simpatía es un sentimiento fraternal por la persona que está en apuros, por su pena, su angustia, su carga. Nuestros esfuerzos misioneros fracasan si se fundan en la piedad en lugar de basarse en la verdadera comprensión. En lugar de intentar hacer algo **con** los pueblos africanos y asiáticos, hemos intentado demasiadas veces hacer algo **por ellos**. Una manifestación de piedad, sin auténtica simpatía, conduce a una nueva forma de paternalismo que cualquier persona que se precie debe rehusar. Los dólares tienen el poder de ayudar a los hijos de Dios en los caminos del Jericó de la vida, pero si estos dólares no son repartidos por manos compasivas no enriquecerán ni al que los entrega ni al que los recibe. Millones de dólares misioneros han sido enviados a África por gente de iglesia que tolerarían innumerables muertes antes que conceder a un solo africano el privilegio de asociarse al culto de su comunidad. Millones de dólares del Cuerpo de la Paz se invierten en África gracias al voto de unos hombres que luchan implacablemente para evitar que los embajadores africanos puedan ser miembros de sus clubs diplomáticos o establezcan la residencia cerca de la suya. El Cuerpo de la Paz no alcanzará su objetivo si intenta hacer algo **por** los pueblos desgraciados del mundo; lo logrará si intenta, de manera creadora, hacer algo **con** ellos. No tendrá éxito mientras sea un movimiento negativo dirigido a extinguir el comunismo; lo tendrá únicamente como esfuerzo positivo destinado a liberar al mundo de la pobreza, la ignorancia y la enfermedad. El dinero sin

amor es como la sal insípida, que sólo sirve para que los hombres la pisen. Ser un buen prójimo exige una preocupación personal. El samaritano curó con sus manos las heridas corporales del hombre atacado y manifestó aún suficiente amor para curar las heridas de su espíritu desamparado.

Otra manifestación del excesivo altruismo del buen samaritano fue su voluntad de hacer más de lo que era su deber. Después de haber asistido al herido lo subió a su cabalgadura, lo condujo a una hospedería, dio el dinero necesario para que lo cuidasen, y aseguró que, si se producían gastos suplementarios, los pagaría de buen grado. «Y los gastos que hagan de más, yo, cuando vuelva, los pagaré». Incluso sin esto, habría superado ya toda medida posible sobre el deber en favor de un extraño herido. Fue más allá. Su amor era completo.

El doctor Harry Emerson Fosdick ha hecho una distinción importante entre las obligaciones que pueden ser impuestas y las que no pueden serlo. Las primeras están reguladas por los códigos de la sociedad y la intervención vigorosa de los órganos de aplicación de la ley. La violación de estas obligaciones, detallada en innumerables páginas de los libros de derecho, ha abierto muchas prisiones. Pero las obligaciones que no pueden ser impuestas escapan a las leyes de la sociedad. Se refieren a actitudes interiores, a las verdaderas relaciones de persona a persona, a manifestaciones de compasión, que los tratados jurídicos no pueden reglamentar y que las cárceles no pueden rectificar. Las obligaciones de esta índole emanan de la sumisión personal a una ley interior, escrita en el corazón del hombre. Las leyes humanas aseguran la justicia, una ley superior produce el amor. Ningún código ha llegado a persuadir a un padre para que ame a sus hijos, ni a ningún marido para que muestre afecto hacia su mujer. Los tribunales de justicia pueden obligar a proporcionar el pan del cuerpo a la familia, pero no pueden obligar a nadie a dar el pan del amor. Un buen padre obedece a principios que no pueden serle impuestos desde fuera. El buen samaritano representa la conciencia de la humanidad, porque también él obedece lo que no puede serle impuesto. Ninguna ley en el mundo hubiera podido producir esta compasión sin adulteraciones, este amor tan genuino, este altruismo total.

Hoy, en el seno de nuestra nación, existe una gran lucha. Es la lucha por la victoria sobre un monstruo denominado segregación y su gemelo inseparable, la discriminación, un monstruo que durante casi cien años ha recorrido este país despojando a millones de negros de su sentido de la dignidad y robándoles su derecho natural a la libertad.

No caigamos nunca en la tentación de creer que la legislación y los decretos jurídicos sólo juegan un papel menor en la solución de estos problemas. La moralidad no puede dibujarse en forma de ley, pero la conducta puede ser regulada. Los decretos jurídicos no pueden cambiar los corazones, pero pueden moderar a los sin-corazón. La ley no puede hacer que un patrono ame a su subordinado, pero puede impedir que no me quiera contratar por el color

de mi piel. Los hábitos de la gente, ya que no sus corazones, han cambiado y siguen haciéndolo a diario por actos legislativos, decisiones judiciales y medidas administrativas. No nos dejemos engañar por los que mantienen que la fuerza de la ley no puede poner fin a la segregación.

Reconociéndolo así, debemos admitir que la solución final del problema racial se encuentra en la buena voluntad de los hombres por obedecer aquello que no se nos puede imponer por fuerzas externas. Las decisiones de los tribunales y los órganos federales de aplicación de la ley tienen un valor inestimable para conseguir la desegregación; sin embargo, la desegregación es sólo un paso necesario pero parcial, hacia la meta final que nos proponemos, que es vivir genuinamente con todas las personas y con todos los grupos. La desegregación destruirá las barreras legales y aproximará a los hombres físicamente, pero algo debe conmover los corazones y las almas para que estos hombres se unan espiritualmente, porque es natural y justo. Una aplicación enérgica de la ley de derechos civiles pondrá punto final a la segregación en los servicios públicos, lo que imposibilita una verdadera desegregación de la sociedad, pero no pondrá fin a los temores, a los prejuicios, al orgullo y a la irracionalidad que obstaculizan una sociedad verdaderamente integrada. Estas actitudes oscuras y diabólicas no desaparecerán, a menos que los hombres estén poseídos por la ley invisible e interior que graba en lo hondo de su corazón la convicción de que todos los hombres son hermanos y que el amor es para la humanidad el arma más poderosa de transformación personal y social. La verdadera integración será realizada por verdaderos *prójimos* sometidos voluntariamente a obligaciones que no pueden ser impuestas.

Ahora más que nunca, mis amigos, los hombres de todas las razas y naciones son requeridos a unas buenas relaciones de vecindad. El llamamiento a una política mundial de buena vecindad es algo más que una piedra de toque efímera; es el llamamiento a una forma de vida que transformará nuestra elegía cósmica inminente en un salmo de realización creadora. Ya no nos podemos permitir el lujo de «pasar al otro lado del camino». A una locura de este tipo se le llamaba antes debilidad moral; hoy conduce a un suicidio universal. No podemos sobrevivir mucho más separados espiritualmente en un mundo geográficamente unido. En un último análisis, yo no puedo ignorar al herido del camino de Jericó, porque es una parte de mí mismo. Su sufrimiento me empequeñece y su salvación me enaltece.

En nuestra búsqueda para convertir el amor fraterno en una realidad, tenemos para guiarnos, además del ejemplo estimulante del buen samaritano, la vida magnánima de Cristo. Su altruismo fue universal, pues pensaba en todos los hombres, publicanos o pecadores, como hermanos. Su altruismo fue peligroso, pues recorrió voluntariamente caminos llenos de peligro por una causa que sabía era justa. Su altruismo fue excesivo, pues prefirió morir en el Calvario, y la historia no nos puede proporcionar una expresión más magnífica de la obediencia a aquello que no puede ser impuesto.

4 El amor en acción

Entonces Jesús dijo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»

Lc 23,34.

La grandeza de espíritu de Jesús ha sido descrita pocas veces en el Nuevo Testamento con tanta claridad y solemnidad como en las palabras pronunciadas desde la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Es la cúspide del amor.

No comprenderemos plenamente el profundo sentido de la plegaria de Jesús hasta después de haber visto que el texto comienza por la palabra «entonces». En el versículo precedente leemos: «Cuando llegaron al lugar denominado Calvario, le crucificaron allí, y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda». Entonces Jesús dice: «Padre, perdónalos». *Entonces*, cuando se precipitaba en los abismos de una agonía espantosa. *Entonces*, cuando el hombre se había rebajado hasta lo más ínfimo. *Entonces*, cuando las manos perversas de la criatura habían intentado crucificar al único Hijo del Creador. *Entonces* Jesús dice: «Padre, perdónalos». Este *entonces* hubiera podido ser muy distinto. Hubiera podido decir: «Padre, véngate, o «Padre, desencadena el rayo poderoso de tu cólera justa y destrúyelos». O incluso: «Padre, abre las esclusas de la justicia e inúndalos con la avalancha del merecido castigo».

Pero su respuesta no fue ésta. Aún sometido a una agonía indecible, soportando un dolor atroz, menospreciado y rehusado, no obstante grita: «Padre, perdónalos».

Fijémonos en las dos lecciones fundamentales que pueden ser extraídas de este texto.

En primer lugar, es una expresión maravillosa de la habilidad de Jesús para unir palabra y acción. Una de las grandes tragedias de la vida es que todos los hombres raramente establecen un puente entre la práctica y la teoría, entre el hacer y el decir. Muchos de nosotros estamos trágicamente divididos por una esquizofrenia tenaz. Por una parte profesamos con orgullo ciertos principios, sublimes y nobles, pero por otra practicamos, desgraciadamente, la antítesis exacta de estos principios. Demasiado a menudo nuestras vidas se caracterizan por el vigor del credo y la anemia de la acción. Discurseamos elocuentemente sobre nuestro compromiso con los principios del cristianismo, pero nuestras vidas están saturadas de las prácticas del paganismo. Proclamamos nuestra adhesión a la democracia, pero desgraciadamente practicamos la oposición exacta al credo democrático. Hablamos

con pasión de la paz, y nos preparamos constantemente para la guerra. Hacemos alegatos fervientes en favor de la vía alta de la justicia y caminamos con decisión por el bajo camino de la injusticia. Esta extraña dicotomía, este abismo doloroso entre lo que *debe ser* y lo que *es*, representa el lado trágico del peregrinaje terrestre del hombre.

Sin embargo, en la vida de Jesús descubrimos que existe este puente. En la historia no ha existido nunca un ejemplo más sublime de identidad entre la palabra y la acción. Durante su predicación por los soleados pueblos de Galilea, Jesús habla con entusiasmo del perdón. Esta extraña doctrina despierta el espíritu curioso de Pedro: «¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces?» Pedro quería ser fiel a la ley y a la estadística. Pero Jesús respondió que el perdón no tenía límites. «No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»¹. En otras palabras: el perdón no es cuestión de cantidad, sino de calidad. Un hombre no puede perdonar cuatrocientas noventa veces sin que el perdón se integre en la misma estructura de su ser. El perdón no es un acto ocasional; es una actitud permanente.

Jesús enseñaba a sus discípulos a amar a sus enemigos y a rezar por aquellos que los menospreciaban. En los oídos de muchos, esta enseñanza sonaba a música extraña, venida de un país desconocido. Les habían enseñado a amar a los amigos y a odiar a los enemigos. Sus vidas estaban orientadas a la reparación, según la antigua tradición de la ley del talión. Y Jesús les enseña que sólo por un amor creador a los enemigos podemos convertirnos en hijos de su Padre que está en el Cielo, y también que el amor y el perdón son necesidades absolutas para una madurez espiritual. Llega el momento de la prueba. Cristo, Hijo inocente de Dios, es clavado en una cruz y padece una dolorosa agonía. ¿Es que todavía queda allí lugar para el amor y el perdón? ¿Cómo reaccionará Jesús? ¿Qué dirá? La respuesta a estas preguntas estalla con un esplendor majestuoso. Jesús levanta la cabeza coronada de espinas y grita palabras de proporciones cósmicas: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Es el momento más bello de Jesús; es la respuesta celestial a su cita terrenal con el destino.

Como mejor nos daremos cuenta de la grandeza de esta plegaria es comparándola con la naturaleza. En la finalidad de su propia estructura impersonal, la naturaleza no perdona. Ante los gritos suplicantes del hombre sorprendido por un furioso huracán, o el grito de angustia de un albañil al caer del andamio, la naturaleza sólo expresa una indiferencia fría, tranquila y desapasionada. Debe permanecer fiel eternamente a sus leyes fijas e inamovibles. Cuando estas leyes son violadas, no le queda otra solución que seguir inexorablemente su camino uniforme. La naturaleza no perdona, no puede perdonar.

1 Mt 18, 21.

O bien comparad la plegaria de Jesús con la lentitud del hombre para perdonar. vivimos según una filosofía que quiere que la vida consista en vengarse o en salvar el tipo. Nos inclinamos ante el altar de la venganza. En Gaza, Sansón, ciego, reza con fervor por sus enemigos..., pero por su destrucción. La posible belleza de la vida humana es afeada constantemente por el retorno incesante del deseo humano de venganza.

Comparad ahora la plegaria con una sociedad que no está muy dispuesta a perdonar. La sociedad debe tener sus modelos y sus normas. Debe tener sus controles legales y sus frenos jurídicos. Los que caen bajo las normas y los que infringen las leyes son abandonados en un negro abismo de condenación y ya no tienen la esperanza de una segunda oportunidad. Preguntad a una mujer joven, que después de unos momentos de pasión desbordante se ha convertido en madre de un hijo ilegítimo. Ella os dirá que la sociedad es muy lenta en perdonar. Interrogad a un funcionario que en un momento de negligencia, ha traicionado la confianza pública. Os dirá que la sociedad es lenta en el perdón. Id a una prisión e interrogad a sus ocupantes, que han escrito líneas vergonzosas en las páginas de su vida. Desde detrás de las rejas os dirán que la sociedad es lenta en el perdón. Avanzad hasta las celdas de los condenados a muerte y hablad con las trágicas víctimas de la criminalidad. Mientras se preparan para la marcha patética hacia la silla eléctrica, entre gemidos desesperados, exclaman que la sociedad no perdona. La pena de muerte es la afirmación final por la cual la sociedad declara que no perdona. Ésta es la historia constante de la humanidad. Los océanos de la historia están agitados por las olas incesantes de la venganza. El hombre no se ha elevado nunca por encima del orden de la ley del talión: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie»². A pesar del hecho de que la ley de la venganza no resuelve ningún problema social, los hombres continúan siguiendo sus desastrosos imperativos. La historia está llena de ruinas de las naciones y de los individuos que han seguido este camino erróneo.

Desde lo alto de la cruz, Jesús ha proclamado solemnemente una ley más alta. Sabía que la vieja filosofía del «ojo por ojo» dejaría ciego a todo el mundo. No intenta vencer el mal con el mal. Vence el mal con el bien. Crucificado por el odio, responde con el amor.

¡Qué magnífica lección! Podrán nacer y desaparecer las generaciones y los hombres continuarán adorando al dios de la venganza e inclinándose ante el altar del desquite, pero siempre oímos un grito lacerante de esta noble lección del Calvario. Solamente la bondad puede extirpar el mal. Solamente el amor puede vencer al odio.

2 2. Ex 21, 23-24.

II

La plegaria de Jesús en la cruz nos da una segunda lección. Es una manifestación de la conciencia que tiene Jesús de la ceguera intelectual y espiritual del hombre. «No saben lo que hacen». Su mal era la ceguera; su necesidad la luz. Debemos reconocer que Jesús no fue clavado en la cruz solamente por el pecado, sino también por la ceguera. Los hombres que gritaron: «Crucifícale» eran menos malos que ciegos. La plebe escarnecedora que rodeaba el camino del Calvario estaba compuesta por hombres más ciegos que malvados. No sabían lo que hacían. ¡Qué tragedia!

La historia abunda en testimonios de esta tragedia vergonzosa. Hace siglos, un sabio llamado Sócrates se vio obligado a beber cicuta. Los hombres que exigían su muerte no eran malos, ni tenían sangre de demonios en las venas. Al contrario, eran sinceros y respetables ciudadanos de Grecia. Sostenían que Sócrates era ateo porque su concepto de Dios tenía una profundidad filosófica que iba más allá de los conceptos tradicionales. Sócrates fue inducido a la muerte, no por maldad, sino por ceguera. Saulo no tenía mala intención al perseguir a los cristianos. Era un devoto sincero y consciente de la fe de Israel. Pensaba que iba por el buen camino. Perseguía a los cristianos no por falta de rectitud, sino por falta de luz. Los cristianos que emprendieron las persecuciones infamantes y las inquisiciones vergonzosas no eran hombres malos, sino hombres equivocados. Los eclesiásticos que creían tener la misión divina de oponerse al progreso de la ciencia bajo la forma del sistema planetario de Copérnico o de la teoría de Darwin sobre la evolución no eran malvados sino que estaban mal informados. Las palabras de Cristo en la cruz expresan una de las tragedias más hondas y trágicas de la historia: «No saben lo que hacen».

Esta trágica ceguera se expresa hoy de muchas maneras. Algunos todavía consideran que la guerra es la solución de los problemas del mundo. No es que sean malos. Al contrario, son ciudadanos buenos, respetables, cuyas ideas están investidas con la toga del patriotismo. Hablan del equilibrio del terror. Creen sinceramente que la carrera de armamentos tendrá consecuencias beneficiosas. Así pues, reclaman insistentemente bombas mayores, reservas nucleares más importantes, proyectiles balísticos más rápidos.

La prudencia, nacida de la experiencia, nos podrá decir que la guerra es un hecho caduco. Quizás, en alguna época, la guerra desempeñó el papel de un bien negativo al impedir la expansión y el desarrollo de un poder malvado, pero la fuerza destructiva de las armas modernas elimina hasta esta posibilidad de que la guerra sirva como bien negativo. Si admitimos que la vida vale la pena de ser vivida y que el hombre tiene derecho a sobrevivir, debemos encontrar otra alternativa para la guerra. En una época en la que los vehículos espaciales surcan el cosmos y los proyectiles dirigidos trazan

sus curvas mortales en la estratosfera, ninguna nación puede pretender la victoria en una guerra.

Una guerra limitada no dejaría más que una herencia catastrófica de sufrimiento humano, de desorden político y de desilusión espiritual. Una guerra mundial —¡Dios nos libre de ella!— sólo dejaría un rescoldo bajo la ceniza, como testimonio mudo de una especie humana cuyo desvarío le había llevado a una muerte prematura. Existen también los que creen que el desarme es un mal y la negociación internacional una tremenda pérdida de tiempo. Nuestro mundo está amenazado por la siniestra perspectiva de la aniquilación atómica, porque aún son demasiados los que no saben lo que hacen.

Fijaos también en cómo la verdad de este texto se revela en las relaciones raciales. La esclavitud en América ha sido perpetuada por la malicia humana. En realidad, la causa fundamental del régimen de esclavitud puede atribuirse en gran medida al factor económico. Los hombres se han convencido de que un régimen tan provechoso económicamente debía ser justificable moralmente. Han formulado y elaborado teorías de superioridad racial. Sus razonamientos han disfrazado falseadas evidentes con los bellos ornamentos de la rectitud. Esta trágica tentativa de dar un apoyo moral a un sistema económicamente aprovechable ha dado lugar al nacimiento de la doctrina de la supremacía blanca. Han sido citadas la Religión y la Biblia para cristalizar el *statu quo*. Se ha acudido a la Ciencia para proporcionar un fundamento intelectual al sistema de la esclavitud. Alguien ha argumentado que la inferioridad del negro es una bella fórmula de silogismo aristotélico:

Todos los hombres están hechos a imagen de Dios;
sin embargo, como todo el mundo sabe, Dios no es negro;
por tanto, el negro no es un hombre.

Así pues, los hombres han mezclado indebidamente las ideas de la religión, la ciencia y la filosofía para justificar la doctrina de la supremacía blanca. Esta idea no tardó en aparecer impresa en todos los manuales y fue predicada desde todos los púlpitos.

Se convirtió en parte integrante de la cultura. Y, entonces, unos hombres adoptaron aquella filosofía, no para racionalizar una mentira, sino como expresión de una verdad definitiva. Llegamos a creer sinceramente que el negro es inferior por naturaleza y que Dios quiere la esclavitud. En 1857, el sistema de esclavitud se benefició de su más importante soporte legal, gracias a las deliberaciones del Tribunal Supremo de los Estados Unidos sobre la resolución Dred Scott. El Tribunal afirmó que el negro no tiene ningún derecho que deba ser respetado por el blanco. Los jueces que emitieron este juicio no eran hombres malvados. Al contrario, eran hombres respetables y abnegados. Pero eran víctimas de la ofuscación espiritual e intelectual. No sabían lo que

hacían. El régimen de la esclavitud fue perpetuado, en gran parte, por personas sinceras, pero espiritualmente ignorantes.

Este trágico ofuscamiento se encuentra también en la segregación racial, esta prima hermana de la esclavitud. Algunos de los más ardientes defensores de la segregación son sinceros en sus creencias y conscientes en sus motivaciones. Aunque algunos hombres sean segregacionistas sólo por motivos de oportunismo político y ventajas económicas, cualquier resistencia a la integración no es otra cosa que un combate de retaguardia de los fanáticos profesionales. Hay quien piensa que su esfuerzo por mantener la segregación es lo mejor para él, para sus hijos y para la nación. Muchas personas frecuentan las iglesias y están muy arraigados en la fe religiosa de sus padres. Instados a justificar religiosamente su convicción, sostendrán que Dios fue el primer segregacionista: «Los pájaros rojos y los blancos no vuelan juntos», dicen. Insisten en que sus puntos de vista sobre la segregación pueden explicarse socialmente y fundarse sobre una base moral. Instados a justificar su convicción en la inferioridad del negro, recurren a algún escrito pseudo-científico y sostienen que el cerebro del negro es menor que el del blanco. No saben, o no quieren saber, que la idea de una raza inferior o superior ha sido refutada con la mayor evidencia por la ciencia antropológica. Importantes antropólogos como Ruth Benedict, Margaret Mead y Melville J. Herskovits están de acuerdo al decir que, si bien en cada raza puede haber individuos inferiores o superiores, no existe una raza inferior o superior. Y los segregacionistas no quieren reconocer que la ciencia ha demostrado que existen cuatro grupos sanguíneos y que estos cuatro grupos se encuentran en cualquier grupo racial. Creen ciegamente en el valor eterno de una mal llamada segregación y en la verdad intemporal de un mito denominado supremacía blanca. ¡Qué tragedia! Se ha crucificado a miles de negros por una ofuscación de las conciencias. Como Jesús en la cruz, debemos mirar a nuestros opresores y decir: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

III

Debe resaltar sobre todo lo que he intentado decir que la sinceridad y la conciencia no son suficientes por sí mismas. La historia ha demostrado que estas nobles virtudes pueden degenerar en vicios trágicos. Nada hay tan peligroso en el mundo como la ignorancia sincera y la estupidez consciente. Shakespeare ha escrito:

Hasta las cosas más dulces se vuelven agrias por sus actos.
Los lirios, al pudrirse, huelen peor que la mala hierba³.

3 Soneto XCIV.

Como primera guardiana moral de la comunidad, la Iglesia debe pedir a los hombres que sean buenos y bien intencionados; ha de exaltar las virtudes que nos proporcionan un corazón de niño y una conciencia delicada. Pero, ahora y siempre, la Iglesia debe recordar a los hombres que la falta de inteligencia, de bondad o de conciencia pueden convertirse en fuerzas brutales que conduzcan a vergonzosas crucifixiones. No se debe dejar de recordar a los hombres que tienen la responsabilidad moral de ser inteligentes.

¿No hemos de admitir que en no pocas ocasiones la Iglesia ha descuidado esta exigencia moral de enseñanza? Llegó a hablar como si la ignorancia fuese una virtud y la inteligencia un crimen. Por su oscurantismo, su estrechez espiritual y su resistencia a una nueva verdad, ha incitado inconscientemente a sus fieles a mirar de reojo la inteligencia.

Pero si reivindicamos el nombre de cristianos, haremos muy bien evitando la ceguera moral e intelectual. El Nuevo Testamento nos recuerda la necesidad del conocimiento. Nos manda amar a Dios no sólo con todo nuestro corazón y toda nuestra alma, sino también con todo nuestro entendimiento. Al descubrir la ofuscación de la mayoría de sus adversarios, el apóstol Pablo declara: «Yo declaro en favor suyo que tienen celo por Dios, pero no según la ciencia»⁴. La Biblia no deja de recordarnos el peligro del celo sin ciencia y de la sinceridad sin inteligencia. Tenemos, pues, la misión de vencer al pecado, y al mismo tiempo la misión de vencer la ignorancia. El hombre moderno tiene una cita con el caos: por una parte, por culpa de la malicia, y por otra de la estupidez. Si la civilización occidental, como veinticuatro años antes de ella, continúa degenerando hasta caer sin esperanza en un abismo sin fondo, la causa no estará únicamente en su innegable culpabilidad, sino también en su espantosa ofuscación. Y si la democracia italiana se desintegra progresivamente será debido, tanto a una falta de conocimiento como a una falta de afán de justicia. Si el hombre moderno continúa decidido a coquetear con la guerra y transforma, llegado el caso, su habitáculo terrestre en un infierno que ni el mismo Dante hubiera podido imaginar, será el resultado de una malicia evidente y de una flagrante estupidez.

«No saben lo que hacen», dijo Jesús. La ceguera era su confusión habitual. He aquí el núcleo de la cuestión: deseamos ser ciegos. Contrariamente a la ceguera física, que, por lo común, es el resultado de fuerzas naturales que escapan al control de los individuos a quienes afecta, la ceguera intelectual y moral es un dilema que se plantea al hombre a causa del mal uso de su libertad y de su incapacidad para usar plenamente la inteligencia. Un día aprenderemos que el corazón no estará nunca en orden mientras la cabeza esté en desorden. Eso no quiere decir que la cabeza pueda estar en orden si el corazón no lo está. Sólo mediante la unión de la cabeza y el corazón —de la inte-

4 Rm 10, 2.

ligencia y de la bondad— el hombre puede llegar a la plenitud de su verdadera naturaleza. Esto no significa que haya que ser un filósofo o tener una formación universitaria avanzada para llevar una vida satisfactoria. Conozco a mucha gente de instrucción limitada que tienen una inteligencia y perspicacia admirables. La vocación a la inteligencia es una llamada a la apertura del espíritu, al juicio sano, al amor a la verdad. Es un llamamiento a elevarse por encima del estancamiento, de la estrechez de espíritu, de la parálisis de la credulidad. No es necesario ser un gran sacerdote para tener el espíritu abierto, ni un sutil académico para emprender la búsqueda perseverante de la verdad.

La luz ha venido al mundo. Una voz que grita a través de los siglos invita a los hombres a caminar hacia la luz. La vida terrestre se convertirá en una trágica elegía cósmica si el hombre no escucha esta voz. «Y el juicio consiste», dice Juan, «en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz»⁵.

Jesús no se equivocaba respecto a los hombres que lo crucificaron. No sabían lo que hacían. Padeían una terrible ceguera.

Siempre que miro la cruz, me acuerdo de la grandeza de Dios y del poder redentor de Jesucristo. Me viene a la memoria la belleza del amor en el sacrificio y la majestad del servicio indefectible a la verdad. Y me obliga a decir con John Bowring:

Me glorifico en la Cruz de Cristo,
dominando las ruinas del tiempo;
toda la luz de la historia sagrada
rodea su hecho sublime.

Sería maravilloso si yo mirara también a la cruz y sólo sintiese esta sensación sublime. Pero, de una u otra forma, nunca consigo apartar los ojos de la cruz sin comprender también que simboliza una extraña mezcla de grandeza y pequeñez, de bien y de mal. Cuando miro esta cruz, pienso no sólo en el poder iluminado de Dios, sino también en la sórdida debilidad del hombre. Pienso en el estallido de la debilidad, pero también en el peso de la humanidad. Pienso en Cristo y en su perfección, y en el hombre en su abyección.

Debemos ver en la cruz el magnífico símbolo del amor vencedor del odio y de la luz vencedora de las tinieblas. Pero no olvidemos nunca, al proclamar esta gloriosa afirmación, que nuestro Maestro y Señor fue crucificado por la ceguera de los hombres. Los que lo crucificaron no sabían lo que hacían.

5 5. Jn 3, 19.

5 Amad a vuestros enemigos

Habéis oído que fue dicho: “Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo”. Pero yo os digo: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos”.

Mt 5, 43-45.

Probablemente ningún consejo de Jesús es tan difícil de seguir como el mandamiento de «amad a vuestros enemigos». Unos han considerado que no era posible ponerlo en práctica. Es fácil, dicen, amar a los que nos aman, pero ¿quién podría amar a los que abiertamente y con insidias intentan perdernos? Otros, como el filósofo Nietzsche, pretenden que la exhortación de Jesús al amor a los enemigos demuestra que la moral cristiana está hecha para los débiles y cobardes, no para los fuertes y valerosos. Jesús, dicen, era un idealista sin sentido práctico.

A pesar de estas insistentes preguntas y pertinaces objeciones, el mandamiento de Jesús nos desafía con una nueva exigencia. Sacudida tras sacudida, nos han recordado que el hombre moderno anda por un camino llamado odio, en un viaje que nos conducirá a la destrucción y a la condenación. Lejos de ser la piadosa exhortación de un soñador utópico, el mandamiento de amar a nuestros enemigos es una necesidad absoluta si queremos sobrevivir. El amor hasta para con los mismos enemigos es la clave para resolver los problemas de nuestro mundo. Jesús no es un idealista sin sentido práctico; es el verdadero realista práctico. Estoy seguro de que Jesús comprendía la dificultad inherente al acto de amar a nuestros enemigos. Nunca se unió a los que razonan con ligereza sobre la facilidad del camino moral. Sabía que cualquier manifestación auténtica de amor nace de un abandono total y definitivo en Dios. Cuando Jesús decía: «Amad a vuestros enemigos», no ignoraba ninguna de las exigencias de este mandamiento. Nuestra responsabilidad de cristianos consiste en descubrir el significado de este mandamiento e intentar valerosamente vivir con plenitud nuestros caminos de cada día.

I

Seamos prácticos y preguntémosnos: *¿Cómo amar a nuestros enemigos?*

En primer lugar, debemos desarrollar y conservar nuestra capacidad de perdón. El que es incapaz de perdonar es incapaz de amar. No es posible empezar a amar a los enemigos sin haber aceptado antes siquiera la necesidad, renovada constantemente, de perdonar a quienes nos infligen el mal y la injusticia. También hay que comprender que el acto del perdón debe ser iniciado por la víctima de un engaño, de una equivocación grave, de una injusticia tortuosa, de un acto de opresión terrible. El culpable puede pedir perdón. Puede arrepentirse y, como el hijo pródigo, volverse por un camino polvoriento, con el corazón latiendo en deseos de amor. Pero sólo el prójimo maltratado, el padre que quedó en casa lleno de amor, puede realmente verter las lágrimas cálidas del perdón.

Perdonar no significa ignorar lo hecho o colocar una etiqueta falsa a una mala acción; significa que la mala acción deja de ser un obstáculo para sus relaciones. El perdón es un catalizador que crea el ambiente necesario para una nueva partida y un nuevo «vuelta a empezar». Es liberarse de un peso o cancelar una deuda. Las palabras: «Yo te perdono, pero nunca olvidaré lo que has hecho» no manifiestan la verdadera naturaleza del perdón. Es cierto que no se olvida nunca, si esto significa borrarlo totalmente del espíritu. Pero, cuando perdonamos, olvidamos, en el sentido de que el mal que se ha hecho deja de ser un obstáculo mental que impediría nuevas relaciones. Tampoco podemos decir: «Te perdono, pero no quiero saber nada más de ti». Perdonar significa reconciliación, reencuentro. Sin el perdón, nadie puede amar a sus enemigos. El grado en que somos capaces de perdonar determina el grado de nuestra capacidad de amor hacia nuestros enemigos.

En segundo lugar, debemos reconocer que la mala acción de nuestro prójimo-enemigo, lo que nos ha herido, no le define en forma adecuada. En nuestro peor enemigo podemos descubrir razones buenas. Cada uno de nosotros tiene una parte de su mentalidad esquizofrénica, trágicamente dividida contra sí misma. Una guerra civil endémica causa estragos en cada una de nuestras vidas. Nos obliga a lamentarnos con el poeta Ovidio: «Veo y apruebo el bien, pero hago el mal»¹, o bien a estar de acuerdo con Platón al decir que la personalidad humana se parece a un auriga que conduce dos poderosos caballos que van en sentido opuesto, o incluso hasta repetir con el apóstol Pablo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero»².

1 *Metamorfosis*, VII.

2 Rom 7,19.

Todo esto significa simplemente que existe algo bueno en el peor de nosotros y algo malo en el mejor. Cuando descubrimos esta verdad, nos sentimos menos inclinados a odiar a nuestros enemigos. Si miramos debajo de la apariencia, debajo del impulso malvado, vemos lo bueno de nuestro prójimo-enemigo y constatamos que la crueldad y malicia de sus acciones no eran su imagen adecuada. Lo vemos con una luz nueva. Nos damos cuenta de que su odio nace del miedo, del orgullo, de la ignorancia, del perjuicio, de la incomprensión; pero, a pesar de todo, sabemos que la imagen de Dios viene grabada de una manera indeleble en su ser. Entonces amamos a nuestros enemigos, porque comprendemos que no son malos del todo y que no están fuera del alcance del amor redentor de Dios.

En tercer lugar, debemos evitar abatir y humillar al enemigo y, en cambio, intentar ganar su amistad y comprensión. Llega un momento en que podemos humillar a nuestro peor enemigo. Inevitablemente existen momentos de debilidad, y entonces podríamos hacer penetrar en su costado la lanza de la derrota. Pero esto es precisamente lo que no debe hacerse. Cada palabra y cada acción debe contribuir a la comprensión del enemigo y a abrir las grandes reservas de buena voluntad que han quedado bloqueadas por las murallas impenetrables del odio.

No debemos confundir la significación del amor con cualquier efusión sentimental. El amor es algo más profundo que un sentimiento emotivo. Quizá la lengua griega nos aclare en este caso la confusión. El Nuevo Testamento griego usa tres palabras para designar el amor. La palabra *eros* expresa un amor estético y romántico. En los diálogos de Platón, el *eros* es un deseo del alma encaminado al dominio del ser divino. La segunda palabra es *philia*, un amor recíproco y un afecto íntimo entre los amigos. Amamos a los que nos agradan y amamos porque somos amados. La tercera palabra es *agape*, comprensión y buen deseo creador y redentor hacia todos los hombres. Amor desbordante que no espera nada a cambio, el *agape* es el amor de Dios que actúa en el corazón del hombre. En este sentido amamos a los hombres no porque nos atraigan, ni porque posean un poco del hálito divino; amamos a todos los hombres porque Dios los ama. En este nivel, amamos a la persona que nos ha perjudicado, aunque odiamos el mal que nos ha hecho.

Ahora podemos comprender lo que Jesús quería decir con estas palabras: «Amad a vuestros enemigos». Deberíamos estar contentos de que no hubiese dicho: «Os tienen que gustar vuestros enemigos». Porque es casi imposible que algunas personas nos gusten. ¿Cómo podría gustarnos una persona que amenaza a nuestros hijos y pone bombas en nuestras casas? Es imposible. Pero Jesús reconoce que «amar» es más grande que «gustar». Cuando Jesús nos encomienda amar a nuestros enemigos, no habla de *eros* ni de *philia*, sino de *agape*, comprensión y buen deseo creador y redentor hacia todos. Sólo siguiendo este camino y entregándonos a esta clase de amor podremos ser hijos del Padre que está en los cielos.

II

Pasemos ahora del práctico «cómo» al teórico «por qué»: *¿Por qué tenemos que amar a nuestros enemigos?* La primera razón es evidente. Devolver odio por odio multiplica el odio y contribuye a que la oscuridad de una noche que ya no tiene estrellas sea más intensa todavía. La oscuridad no puede suprimir a la oscuridad; sólo puede hacerlo el amor. El odio multiplica el odio, la violencia multiplica la brutalidad en una espiral descendente de destrucción. También, cuando Jesús dice: «Amad a vuestros enemigos», proclama una profunda advertencia, de la cual finalmente no podremos escapar. En el mundo moderno nos encontramos atascados en un embudo del cual sólo podemos salir amando a nuestros enemigos..., o, si no, ¿cómo? La reacción en cadena del mal —el odio que engendra el odio, las guerras que producen otras guerras— debe romperse o nos sumergiremos en los oscuros abismos de la aniquilación.

Debemos amar a nuestros enemigos por otra razón; el odio hiere el alma y deforma la personalidad. Atentos al hecho de que el odio es una fuerza mala y peligrosa, pensamos demasiado a menudo en sus efectos sobre la persona odiada. Se comprende, pues el odio causa perjuicios irreparables a sus víctimas. Hemos visto las horribles consecuencias de la ignominiosa muerte de seis millones de judíos a manos de un loco llamado Hitler, víctima de la obsesión del odio; en las violencias sin nombre cometidas contra los negros por un populacho sediento de sangre; en los pavorosos horrores de la guerra, y en los terribles ultrajes e injusticias perpetrados contra millones de hijos de Dios por unos opresores sin conciencia.

Sin embargo, existe otro aspecto que no debemos olvidar nunca. El odio también es nefasto para la misma persona que odia. Como un cáncer oculto, el odio corroe la personalidad y destruye la unidad vital. El odio destruye al hombre en sus valores y en su objetividad. Le lleva a considerar lo bello como feo, lo feo como bello, a confundir la verdad con la mentira y la mentira con la verdad.

En un interesante ensayo titulado *La patología del prejuicio racial*, el Dr. E. Franklin Frazier ofrece unos cuantos ejemplos de personas de raza blanca que eran normales, amables y simpáticos en su trato cotidiano con otras personas de raza blanca, pero que reaccionaban de una manera increíblemente irracional y anormalmente desequilibrada cuando se les invita a pensar en los negros como unos iguales, o, simplemente, a discutir la cuestión de la injusticia racial. Esto ocurre cuando el odio habita en nuestro espíritu. Los psiquiatras nos dice que muchas de estas extrañas cosas que se desarrollan en el subconsciente, muchos de nuestros conflictos interiores, tiene su raíz en el odio. Dicen: «Amad o morid». La psicología moderna ha reconocido que Dios enseñó: el odio descoyunta la personalidad, y el amor la unifica de una forma sorprendente y eficaz.

Una tercera razón para amar a nuestros enemigos es que el amor es la única fuerza capaz de transformar un enemigo en amigo. No nos desharemos nunca de un enemigo ofreciendo odio al odio; nos libraremos de un enemigo ofreciéndole enemistad. El odio por su misma naturaleza, arruina y destruye; por su misma naturaleza el amor crea y construye. El amor transforma por su poder redentor.

Lincoln ensayó la experiencia del amor y ha dotado a la historia con un magnífico ejemplo de reconciliación. Cuando hacía su campaña para la presidencia de los Estados Unidos, uno de sus principales enemigos era un hombre llamado Stanton. Por algún motivo, Stanton odiaba a Lincoln. Dedicaba todas sus energías a rebajarlo a los ojos del público. El odio de Stanton por Lincoln era tan intenso que utilizaba palabras ofensivas al hablar de su aspecto físico e intentaba sin tregua ponerlo en ridículo con las más duras invectivas. Pero esto no impidió que Lincoln fuese elegido presidente de los Estados Unidos. Llegó el momento de elegir Gobierno, en el que debían figurar sus colaboradores más próximos para poner en práctica su programa. Comenzó por escoger aquí y allá entre los titulares de las distintas secretarías. Finalmente llegó el día de elegir al que había de realizar la función capital de Secretario de Guerra. ¿Podría imaginarse a quién escogió Lincoln para ocupar este puesto? Precisamente a Stanton. Se produjo un gran alboroto al divulgarse la noticia. Uno tras otro, los consejeros fueron a decirle: «Señor presidente, comete un error. ¿Conoce usted a Stanton? ¿Está al corriente de todas las calumnias que ha lanzado contra usted? Es su enemigo. Intentará sabotear el programa. ¿Lo ha pensado, señor presidente?» La respuesta de Lincoln fue mesurada y directa: «Sí, conozco al señor Stanton. Estoy al corriente de las terribles cosas que ha dicho contra mí. Pero, pensando en el bien de la nación, considero que es el mejor para este puesto». Y Stanton fue el Secretario de Guerra de Abraham Lincoln y prestó servicios inapreciables a su país y a su presidente. Algunos años más tarde. Lincoln fue asesinado. Le fueron dedicados muchos elogios. Todavía hoy, muchísimos hombres le consideran uno de los americanos más importantes. H. G. Wells le considera entre los seis hombres más grandes de toda la historia. No obstante, de todo lo que se ha dicho para gloria de Abraham Lincoln nada supera las palabras de Stanton. De pie, ante el cuerpo del hombre que antaño odiara, Stanton habló de él como de uno de los más grandes hombres de la tierra, y declaró: «Desde ahora pertenece a la historia». Si Lincoln hubiese odiado a Stanton, los dos se hubieran ido a la tumba siendo enemigos. Pero, gracias al poder del amor, Lincoln convirtió en amigo a un enemigo. Fue la misma actitud que permitió a Lincoln pronunciar una palabra benévola en favor del Sur durante la Guerra civil, en el momento en que el rencor estaba más vivo. Escandalizada, una dama allí presente le preguntó que cómo podía hablar así. Lincoln respondió: «Señora, ¿acaso al hacer amigos no destruyo enemigos?» Éste es precisamente el sentido del amor redentor.

Debemos apresurarnos a añadir que estas razones para amar a nuestros enemigos no son las más decisivas. Una razón todavía más fundamental está contenida de una forma explícita en las palabras de Jesús: «Amad a vuestros enemigos (...) *para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos*». Estamos llamados a una tarea difícil para realizar con Dios una relación única. Somos, en potencia, hijos de Dios. Por el amor, esta posibilidad se convierte en realidad. Debemos amar a nuestros enemigos, porque sólo amándolos como Jesús ordena podremos conocer a Dios y experimentar la belleza de su santidad.

La conexión entre lo que he dicho y las relaciones raciales debe aparecer inmediatamente. No habrá solución duradera del problema racial mientras los oprimidos no sean capaces de amar a sus enemigos. Las tinieblas de la injusticia racial no serán disipadas si no es por la luz del perdón en el amor. Durante más de tres siglos, los negros norteamericanos han sido golpeados con la vara de hierro de la opresión, frustrados de día y atosigados de noche por una injusticia intolerable y cargados con el peso detestable de la discriminación. Forzados a vivir en estas condiciones vergonzosas, nos sentimos tentados a agriarnos y a vengarnos con un odio igual. Pero si esto sucede, el orden nuevo que queremos sólo será una copia del orden antiguo. En la fuerza y la humildad debemos oponer el amor al odio.

Evidentemente, todo esto no es práctico. La vida significa luchar, competir, devolver golpe por golpe. ¿Y yo pretendo que Jesús ordena que amemos a quienes nos maltratan y a quienes nos persiguen? ¿Así no soy, entonces, como muchos predicadores, idealista y falto de espíritu práctico? Quizá, diréis, en alguna remota utopía podría ser válida esta idea, pero no en el mundo duro y frío en que vivimos.

Amigos, hemos seguido durante demasiado tiempo el camino que se llama práctico y nos ha llevado inexorablemente al mayor desorden y al caos. El tiempo está lleno de las ruinas de comunidades que se abandonaron al odio y a la violencia. Para la salvación de nuestra nación y para la salvación de la humanidad, debemos seguir otro camino. Esto no quiere decir que hayamos de abandonar nuestros esfuerzos por la justicia. Cada partícula de nuestra energía debe servir para librar a esta nación de la pesadilla de la segregación. Pero mientras dure esta tarea no olvidemos nuestro privilegio ni nuestra obligación de amar. Aun detestando la segregación, amaremos a los segregacionistas. No existe otro camino para crear una comunidad de amor.

Diremos a los enemigos más rencorosos: A vuestra capacidad para infligir el sufrimiento, opondremos la nuestra para soportar el sufrimiento. A vuestra fuerza física responderemos con la fuerza de nuestras almas. Haced lo que queráis y continuaremos amándoos. En conciencia, no podemos obedecer vuestras leyes injustas, porque la no-cooperación con el mal es, igual que la cooperación con el bien, una obligación moral. Metednos en la cárcel, y aún

os amaremos. Arrojad bombas en nuestras casas, aterrorizad a nuestros hijos, y os amaremos todavía. Enviad en plena noche a nuestras comunidades a vuestros bandoleros para que nos apaleen y nos dejen medio muertos, y aún os amaremos. Pero tened la seguridad de que os llevaremos hasta el límite de nuestra capacidad de sufrir. Un día ganaremos la libertad, pero no será solamente para nosotros. Lanzaremos a vuestros cuerpos y a vuestras conciencias un grito que os superará y nuestra victoria será una doble victoria.

El amor es el poder más duradero del mundo. Esta fuerza creadora tan admirablemente ejemplar en la vida de Cristo es el instrumento más poderoso que pueda encontrar la humanidad en su búsqueda de la paz y de la seguridad. Se cuenta que Napoleón Bonaparte, el gran genio militar, recordando los años de sus conquistas, hizo esta observación: «Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos construido grandes imperios. Pero ¿de qué dependían? De la fuerza. Pues bien: hace siglos, Jesús inauguró un imperio construido sobre el amor, y, todavía hoy, millones de hombres quieren morir por él». ¿Quién puede poner en duda la verdad de estas palabras? Los grandes caudillos militares del pasado han desaparecido, sus imperios se han hundido y han quedado reducidos a cenizas. Sin embargo, el imperio de Jesús, construido con solidez y majestad sobre los fundamentos del amor, sigue creciendo todavía. Empezó por un pequeño grupo de hombres generosos que, por la inspiración del Señor, fueron capaces de arrancar de sus fronteras las puertas del Imperio romano y extender el Evangelio por todo el mundo. Hoy, el vasto reino terrestre de Cristo cuenta con más de 900 millones de hombres y se extiende por toda la tierra y abarca cualquier tribu. Hoy volvemos a oír la promesa de la victoria:

Jesús reinará en todos los lugares adonde el sol
hace el viaje cada día.
Su reino se extenderá de playa en playa
hasta que la luna no crezca ni mengüe más³.

Otro corazón responde gozosamente:

No existe en Cristo ni Este ni Oeste,
ni Sur ni Norte,
sino una gran fraternidad de amor
sobre toda la vasta tierra⁴.

Jesús tiene razón eternamente. La historia está llena de los huesos secos de las naciones que han rehusado escucharle. Preocupémonos en el siglo XX

3 *Himno* por Isaac Watts.

4 «Ni Este ni Oeste», de *Selected Poems of John Oxenham*.

de escuchar y seguir su palabra antes de que sea demasiado tarde. Propongámonos tener conciencia de que nunca seremos auténticos hijos de nuestro Padre celestial si no es amando a nuestros enemigos y rezando por los que nos persiguen.

6 Medianoche... Alguien llama a la puerta

*Si alguno de vosotros tuviese un amigo
y viniera a él a medianoche y le dijera:
Amigo, préstame tres panes, pues un amigo
mío ha llegado de viaje y no tengo
qué darle.*

Lc 11,5-6.

Aunque esta parábola se refiere al poder de la plegaria perseverante, también puede servir de base para la reflexión sobre muchos temas actuales y sobre la manera de afrontar la Iglesia. En la parábola es medianoche. También es medianoche en nuestro mundo, y las tinieblas son tan espesas que apenas podemos ver hacia dónde va el camino.

I

Es medianoche en el orden social. En el plano internacional, las naciones están inmersas en una lucha colosal y ruda por la supremacía. Se han sucedido dos guerras mundiales en el espacio de una generación, y los nubarrones anunciando otra guerra están peligrosamente cerca. El hombre dispone ahora de armas atómicas y nucleares que en pocos segundos pueden destruir totalmente las mayores ciudades del mundo. La carrera de armamentos no cesa, y las experiencias nucleares continúan en la atmósfera, con el riesgo de que el aire que respiramos quede contaminado por la lluvia radiactiva. ¿Conducirán estas circunstancias y estas armas a la aniquilación de la especie humana?

Enfrentados a medianoche al orden social, en el pasado nos volvíamos hacia la ciencia. ¡No debe extrañarnos! ¡La ciencia nos ha salvado tantas veces! Cuando nos encontrábamos en la noche de la debilidad física y de la incomodidad material, la ciencia nos condujo hasta la limpia mañana de la comodidad física y material. Cuando nos encontrábamos en la noche paralizadora de la ignorancia y de la superstición, la ciencia nos condujo al alba de la literatura y a la apertura del espíritu. Cuando nos encontrábamos en la terrible noche de las enfermedades y de las plagas, la ciencia, por medio de la cirugía, la higiene y las drogas milagrosas, hizo amanecer el día luminoso de la salud física, prolongando de esta forma nuestras vidas y procurándonos seguridad y bienestar físico. Es natural que nos volvamos hacia la ciencia en un

momento en que los problemas del mundo son tan estremecedores y siniestros.

Pero, ¡ay!, la ciencia no puede socorrernos porque el mismo hombre de ciencia se ha perdido en la noche terrible de nuestra época. En realidad, es ella misma la que nos ha dado los instrumentos que amenazan con llevarnos al suicidio universal. El hombre moderno, pues, se enfrenta en el orden social a una noche lóbrega y espantosa.

Esta noche en la vida colectiva y externa del hombre es paralela a la noche que reina en su vida individual e interior. Es medianoche en el orden psicológico. Por todas partes, los temores paralizadores torturan a la gente durante el día y la asedian durante la noche. Densos nubarrones de ansiedad y de depresión están suspendidos en nuestro cielo mental. Las turbaciones mentales son más frecuentes hoy que en ninguna otra época de la historia humana. Las salas de psicopatía de los hospitales están llenas y los psicólogos más corrientes hoy en día son los psicoanalistas. Los «best-sellers» sobre temas de psicología son libros como *El hombre contra sí mismo*, *La personalidad neurótica de nuestra época* y *El hombre moderno en busca de un alma*. Los «best-sellers» sobre temas de religión se titulan *La paz del espíritu* y *La paz del alma*. Los predicadores de moda pronuncian sermones apaciguadores sobre temas del género de *Cómo ser feliz* o *Cómo relajarse*. Algunos se han sentido tentados a revisar el mandamiento de Jesús y decir así: «Id por todo el mundo, mantened baja la presión sanguínea y yo haré de vosotros personalidades bien adaptadas». Todo lo cual nos demuestra que es medianoche en la vida interior de los hombres y de las mujeres.

También es medianoche en el orden moral. En medio de la noche los colores pierden sus características y se confunden en una sombra gris tenue, sombría. Los principios morales han perdido sus características. Para el hombre moderno, el bien y el mal absolutos dependen de lo que hace la mayoría. Bien y mal son relativos a los gustos y a las repugnancias, a los hábitos de una comunidad determinada. Inconscientemente, hemos aplicado al dominio moral la teoría de la relatividad de Einstein, concebida para describir el mundo físico.

A medianoche es la hora en que el hombre intenta desesperadamente observar el onceavo mandamiento: «No te dejarás atrapar». Según la moral de medianoche, el pecado cardinal consiste en ser atrapado y la virtud cardinal en escapar. Mentir es totalmente correcto, pero hay que mentir con verdadera finura. Robar es correcto, si el que roba es lo suficientemente honorable para que, en el caso de verse descubierto, se hable de abuso de confianza y no de hurto. También se permite odiar, cuando es posible disfrazar el odio con la capa del amor, tan hábilmente que el odio parezca amor. El concepto darwinista de la supervivencia del más adaptado ha sido sustituido por una filosofía de la supervivencia del más astuto. Esta mentalidad ha provocado un trá-

gico desmoronamiento de las normas morales, y la noche de la degeneración moral cada vez se hace más cerrada.

II

En el mundo actual, como en la parábola, la oscuridad intensa de la noche se rompe por un golpe dado a una puerta. Muchísimos hombres llaman a las puertas de la Iglesia. Nunca había sido tan abundante en este país el registro de fieles. Más de 115 millones de personas son por lo menos «miembros inscritos» de alguna iglesia o sinagoga. Representa un aumento del 100 % desde 1929, mientras que la población sólo ha aumentado en un 31 %.

Los visitantes de la Rusia soviética, cuya religión oficial es el ateísmo, cuentan que las iglesias están llenas, y, además, que la asistencia a las mismas va en aumento. Harrison Salisbury, en un artículo del «New York Times», hace notar la extrañeza de los funcionarios ante el interés de los jóvenes soviéticos por la Iglesia y la religión. Después de cuarenta años de vigorosos esfuerzos para combatir la religión, la jerarquía del partido comunista se enfrenta, como hecho inevitable, a una multitud de hombres que llaman a la puerta de la Iglesia. No es necesario exagerar la importancia de este incremento numérico. No debemos caer en la tentación de confundir la fuerza espiritual con la importancia numérica. Lo que algunos han denominado «gigantismo» es una medida engañosa de la fuerza positiva. Un aumento cuantitativo no implica automáticamente un aumento cualitativo. Una comunidad más numerosa no representa necesariamente un mayor compromiso con Cristo. Casi siempre, la que ha hecho mejorar al mundo ha sido una minoría creadora y comprometida. Pero aunque un crecimiento numérico de adeptos no refleja necesariamente un crecimiento paralelo del compromiso moral, no es menos cierto que muchos hombres creen que la Iglesia proporciona una respuesta a la profunda tergiversación que conmueve su vida. La Iglesia sigue siendo el último rincón familiar para el viajero fatigado que llega a medianoche. Es la única casa que se mantiene en pie donde estuvo siempre, la casa donde va el viajero a medianoche o adonde se niega a ir. Algunos deciden no ir. Pero los que vienen y llaman a la puerta buscan desesperadamente un pedazo de pan que no tienen.

El viajero pide tres panes. Desea el pan de la fe. En una generación marcada por tantas desilusiones colosales, los hombres han perdido la fe en Dios, la fe en el hombre, la fe en el futuro. Muchos sienten lo que, en 1801, expresaría William Wilberforce: «No me atrevo a casarme; el futuro es demasiado incierto», o William Pitt, en 1806: «A nuestro alrededor sólo quedan ruinas y desesperanza». En lo último de su desilusión, muchos reclaman el pan de la fe.

Existe también un anhelo profundo del pan de la esperanza. Durante los primeros años del siglo, pocos hombres tenían hambre de este pan. La época de los primeros teléfonos, los primeros automóviles, los primeros aviones, daba un optimismo radiante. Adoraban el templo del progreso inevitable. Creían que cualquier nueva realización científica elevaba al hombre a un nivel superior de perfección. Pero entonces se produjeron una serie de acontecimientos trágicos, que revelaron el egoísmo y la corrupción de los hombres, demostrando la verdad de esta frase de Lord Acton: «El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente»¹. Este descubrimiento terrible provocó el hundimiento del optimismo más grande de la historia. Para tantos y tantos hombres, jóvenes y viejos, se extinguió la luz de la esperanza y se pusieron a vagar con abandono por el sombrío dominio del pesimismo. Muchos llegaron a la conclusión de que la vida no tiene sentido. Algunos dijeron, de acuerdo con la filosofía de Schopenhauer, que la vida es un sufrimiento sin fin que termina en el sufrimiento, una tragicomedia representada siempre con ligeros cambios de indumentaria y de puesta en escena. Otros exclamaron con el Macbeth de Shakespeare que la vida «es un cuento explicado por un idiota, lleno de ruido y de furor, que no significa nada». Sin embargo, incluso en los inevitables momentos en los que todo parece perdido, los hombres saben que sin esperanza no pueden vivir realmente, y, en una agonía desesperada, reclaman el pan de la esperanza.

Finalmente, hay también el ardiente deseo del pan del amor. Todo el mundo desea amar y ser amado. El que no es amado tiene la impresión de que no cuenta. En el mundo moderno suceden muchas cosas que producen al hombre la sensación de no estar en él. La vida es un mundo que se ha hecho impersonal en una forma opresiva y a muchos de nosotros nos produce la impresión de no ser otra cosa que simples números. Ralph Borsodi, en una detallada descripción de un mundo en el que los números han sustituido a las personas, escribe que la madre moderna, la mayoría de las veces, es el «caso de maternidad número 8434», y su hijo, una vez le han sido tomadas las huellas digitales, se convierte en el número 8003; que los funerales en una gran ciudad son una reunión en un local B, con flores y ornamentos de la clase B, cuyo oficio es dirigido por el predicador número 14, y el músico 84 toca la selección número 174. Asustado por esta tendencia reclama desesperadamente el pan de amor.

III

Habiendo llamado a la puerta de un amigo y pedido tres panes, el hombre de la parábola recibe una respuesta impaciente: «No me molestes; la puer-

1 *Ensayo sobre la libertad y el poder* (1948).

ta ya está cerrada y mis niños están ya conmigo en la cama». Cuántas decepciones como ésta han tenido que soportar los hombres que han llamado a la puerta de la Iglesia cristiana para obtener el pan de la justicia social, y han sido totalmente ignorados o se les ha respondido que ya se haría más tarde, lo que quiere decir nunca. Muchos negros americanos, hambrientos del pan de la libertad, han llamado repetidas veces a la puerta de las iglesias llamadas blancas, pero generalmente han sido acogidos con una fría indiferencia o una evidente hipocresía. Incluso los caudillos religiosos blancos, que sienten el profundo deseo de abrir las puertas y repartir el pan, a menudo se muestran más prudentes que valientes y se inclinan a escoger el camino del expediente en lugar del de la moral. Una de las tragedias más vergonzosas de la historia es que precisamente la institución que debería sacar al hombre de la noche de la segregación racial coopere a crear y a perpetuar las tinieblas.

En la tremenda noche de la guerra, los hombres han llamado a la puerta de la Iglesia para pedir el pan de la paz, pero la Iglesia los ha defraudado muchas veces. ¿Hay algo más patéticamente revelador de la ineficacia de la Iglesia en los problemas del mundo actual que su testimonio en las cuestiones de guerra? En un mundo enloquecido por la propaganda de la guerra, las pasiones patrióticas y la exploración imperialista, la Iglesia ha aprobado estas actividades y se ha encerrado en un silencio consternador. A lo largo de las dos guerras mundiales, las Iglesias nacionales llegaron incluso a servir de lacayos complacientes a los Estados, rociando los barcos de guerra con agua bendita y uniéndose a los ejércitos poderosos cantando: «¡Gloria a Dios y vengan las municiones!» Un mundo agotado, que pide desesperadamente la paz, ha descubierto que la Iglesia ha prestado muchas veces su apoyo moral a la guerra.

Los que acudían a la Iglesia en busca del pan de la justicia económica se han visto abandonados en la descorazonadora medianoche de la privación económica. En muchos casos, la Iglesia se ha aliado con las clases privilegiadas de tal manera, y defendido el *statu quo*, que no ha querido ni contestar a la llamada de medianoche. La Iglesia ortodoxa en Rusia se alió con el *statu quo* y se encontró tan inextricablemente comprometida con el despótico régimen zarista que se le hizo imposible liberarse del corrompido sistema político y social sin separarse también de la Iglesia. Esta es la suerte de cualquier organización eclesial que se alía con las cosas-tal-como-son.

La Iglesia ha recordado que no domina ni sirve al Estado, sino que es la conciencia del Estado. Debe ser guía y crítica del Estado, pero nunca su instrumento. Si la Iglesia no recupera su ardor profético, se convertirá en un club sin importancia ni autoridad moral o espiritual. Si la Iglesia no participa activamente en la lucha por la paz y la justicia social y económica, perderá la confianza de todas las personas y hará que todo el mundo en todas partes diga que tiene atrofiada la voluntad. Pero si la Iglesia se libera de las trabas de un *statu quo* fatal, y, recobrando su gran misión histórica, habla y actúa valerosa e insistentemente con palabras de paz y justicia, inflamará la imaginación

de la humanidad y los espíritus de los hombres, imbuyéndoles un amor ardiente por la verdad, la justicia y la paz. Próximos o lejanos, los hombres conocerán a la Iglesia como una gran colectividad de amor que proporcionará luz y pan a los viajeros solitarios en la noche.

Al hablar de la lasitud de la Iglesia, no quisiera olvidarme de que la llamada Iglesia negra también ha dejado a los hombres abandonados a medianoche. Digo Iglesia «llamada» negra, porque no puede haber una Iglesia blanca y otra negra. Sobre los cristianos blancos recae la vergüenza de haber desarrollado un sistema de segregación racial dentro de la Iglesia, y que se hayan infligido tantas injusticias a los fieles negros de manera que éstos han tenido que llegar a organizar sus propias Iglesias.

Dos clases distintas de Iglesias negras no han sabido proporcionar el pan. Una de ellas arde en sentimentalismo; la otra se hiela en el clasismo. La primera, al reducir el culto a una diversión, destaca el volumen sobre el contenido y confunde espiritualidad con musculatura. El peligro de una Iglesia así es que quizá los miembros tienen más religión en las manos y en los pies y menos en el corazón y en el alma. A medianoche, este tipo de Iglesia no tiene vitalidad ni contenido evangélico para alimentar a las almas enfermas.

El otro tipo de Iglesia negra que no alimenta a ningún viajero de medianoche ha desarrollado un sistema clasista y se vanagloria de su dignidad, de su grupo de gente profesional y de su exclusividad. En una Iglesia de esta clase, el servicio del culto es frío e inexpresivo, la música insulsa y sin atractivo, y el sermón poco más que una homilía sobre los asuntos ordinarios. Si el pastor habla demasiado de Jesucristo, los miembros creen que el púlpito pierde dignidad. Si el coro canta un negro espiritual, los miembros lo interpretan como una afrenta a su posición de clase. Este tipo de Iglesia trágicamente deja de reconocer que el culto mejor es una experiencia social en la cual la gente de distintos niveles sociales se reúnen para afirmar su fe y unidad en Dios. A medianoche, los hombres son totalmente ignorantes a causa de su limitada educación, o reciben pan endurecido por el invierno de una perniciosa conciencia de clase.

IV

En la parábola vemos que, después de la primera decepción inicial, el hombre continúa llamado a la puerta de su amigo. Como resultaba tan inoportuno —tan insistente—, consiguió por fin persuadir a su amigo para que le abriera.

Muchos hombres continúan llamando a medianoche a la puerta de la Iglesia, a pesar de que la Iglesia los haya desencantado tan amargamente, porque saben que allí está el pan de la vida. La Iglesia tiene la obligación de proclamar que el Hijo de Dios, Jesucristo, es la esperanza de todos los hombres

en todos sus complejos problemas personales y sociales. Muchos continuarán viniendo en demanda de una solución para sus problemas vitales. Muchos jóvenes que llaman a la puerta están perplejos ante las inseguridades de la vida, confundidos por los desengaños diarios y desilusionados por las ambigüedades de la historia.

Algunos de los que vienen han sido arrancados de las escuelas y universidades y convertidos en soldados. Debemos procurarles el pan fresco de la esperanza e imbuirles la convicción de que Dios tiene el poder de transformar el mal en bien. Algunos de los que vienen se han sentido torturados por un enojoso sentimiento de culpabilidad producto de su vagabundeo por las tinieblas del relativismo ético y de su sumisión a la doctrina de la propia expresión. Tenemos que llevarlos a Cristo, el cual les ofrecerá el pan del perdón. Algunos de los que llaman están atormentados por el miedo a la muerte, porque caminan ya hacia el crepúsculo de la vida. Debemos proporcionarles el pan de la fe en la inmortalidad, para que puedan darse cuenta de que esta vida terrena es solamente un prelude embrionario de un nuevo despertar.

Medianoche es una hora engañosa, en la que es difícil ser fiel. Lo más tranquilizador que puede decir la Iglesia es que la medianoche siempre termina con el alba. El viajero agotado por la noche, que pide pan, busca en realidad la aurora. Nuestro mensaje eterno de esperanza anuncia que vendrá el alba. Nuestros antepasados se dieron cuenta de ello. No olvidaban nunca la realidad de la medianoche, porque para recordárselo estaba siempre el látigo del capataz y el estrado de la subasta, donde se desmembraban las familias. Cuando pensaban en las tinieblas de la noche, cantaban:

Nadie sabe la angustia que tengo.
'Gloria! 'Aleluya!
Muchas veces contento, otras triste,
¡Oh Dios mío!
Y también muchas veces caído,
¡Oh Dios mío!
Nadie sabe la angustia que tengo.
¡Gloria! ¡Aleluya!²

Envueltos por una noche negra, pero creyendo firmemente que llegaría la mañana, cantaban:

¡Estoy tan contento de que no dure siempre la intranquilidad!
¡Oh Señor, oh Señor, ¿qué haré?!³

2 Citado en *Río profundo*, de Howard Thurman (1955).

3 *Ibid.*

Su positiva fe en la aurora era el hilo de esperanza que mantenía fieles a los esclavos en las circunstancias desoladoras y trágicas.

La fe en el alba proviene de la fe en la bondad y en la justicia de Dios. Al creerlo, sabemos que las contradicciones de la vida no son últimas ni definitivas. Podemos caminar por la negra noche con la convicción de que todas las cosas trabajan para el bien de los que aman a Dios. Además, la noche más negra puede preceder a la aurora de una gran plenitud.

Al principio del boicot a los autobuses de Montgomery, Alabama, montamos un servicio voluntario de automóviles para llevar a la gente a trabajar y recogerla después. Durante once largos meses, nuestro servicio de coches funcionó admirablemente bien. Entonces, el alcalde Gayle dictó una sentencia ordenando al organismo legal de la ciudad que tomara las medidas conducentes a detener la operación del transporte voluntario de coches, y cualquier sistema de transporte derivado del boicot a los autobuses. Se fijó el juicio para el martes 13 de noviembre de 1956.

En nuestra reunión general ordinaria de cada semana, celebrada la noche anterior, tuve la precaución de advertir a la gente que el sistema de transportes por medio de turismos seguramente sería prohibido. Sabía que durante casi doce meses lo habían soportado de buen grado; pero ¿podía pedirles que fueran y volvieran a pie de sus trabajos? Y si no, ¿nos veríamos obligados a admitir que la protesta había fallado? Por primera vez, casi me vuelvo atrás antes de aparecer ante ellos.

Al llegar la noche reuní el valor suficiente para decirles la verdad. A pesar de todo, intenté terminar con una nota de esperanza. «Todos estos meses nos hemos movido —dije— convencidos de que Dios está con nosotros en esta lucha. Las abundantes experiencias de los días pasados han justificado esta fe de una forma maravillosa. Esta noche tenemos que creer que se abrirá un camino donde aún no hay ninguno». Pero hasta mi llegada la helada brisa del pesimismo que se extendía entre el público. La noche era más oscura que mil medianoches. La luz de la esperanza estaba a punto de morir y la llama de la fe se extinguía.

Pocas horas después, ante el juez Carter, la ciudad argüía que nosotros habíamos fundado «una empresa particular» sin haber solicitado el permiso correspondiente. Nuestros abogados replicaron brillantemente que el transporte en automóviles particulares era voluntario, y gratuita la recogida de pasajeros, a cargo de las Iglesias negras. Era obvio, sin embargo, que el juez Carter fallaría a favor de la ciudad.

A mediodía, durante un breve descanso, pude comprobar una conmoción desacostumbrada en la sala de visitas. El alcalde Gayle fue llamado a la sala posterior. Varios periodistas entraban y salían agitadamente de esta sala. De pronto se acercó uno de ellos hasta la mesa donde yo me encontraba, en

calidad de acusado principal, junto a mis abogados: «Aquí tenéis la resolución que esperabais —dijo—. Leed este boletín».

Con angustia y esperanza, leí estas palabras: «El Tribunal Supremo de los Estados Unidos en el día de hoy ha decretado unánimemente que la segregación en los autobuses de Montgomery, Alabama, es anticonstitucional». El corazón me latía con una alegría imposible de explicar. La hora más tenebrosa de nuestra lucha se convertía en hora de victoria. Alguien gritó desde el fondo de la sala: «¡Dios todopoderoso ha hablado desde Washington!»

Sí, vendrá la aurora. Desengaño, aflicción y desesperanza nacen a medianoche, pero después amanece. «Alberga la tarde llantos —dice el salmista—; mas por la mañana está la exultación»⁴. Esta fe suspende las asambleas de los desesperados y lanza nueva luz en las oscuras estancias del pesimismo.

4 Sal 30, 6.

7 El hombre necio

¡Necio!, esta misma noche te pedirán el alma.

Lc 12,20.

Dejad que comparta con vosotros una sencilla pero dramática historia, muy relevante por sus implicaciones y profundamente significativa en sus conclusiones. Es la historia de un hombre al que, según las normas modernas, consideraríamos un triunfador. Y, a pesar de todo, Jesús le llamó necio.

El personaje central del drama es «un hombre rico», cuya tierra producía tanto, que decidió construir unos graneros más grandes, diciendo: «Reuniré allí toda mi cosecha y mis bienes y diré a mi alma: “Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, diviértate”. Pero Jesús le dijo: “Necio, esta misma noche te pedirán el alma”». Y así sucedió. En medio de la mayor prosperidad, murió aquel hombre.

Pensamos en este hombre. Si viviera en nuestra comunidad y en nuestros días, lo consideraríamos un «pez gordo». Le sobraría prestigio social y respetabilidad. Sería uno de los pocos privilegiados en la estructura del poder económico. Y, ya veis, un hombre de Galilea tuvo la osadía de llamarle necio.

Jesús no lo trató de necio por tener riquezas. Jesús nunca hizo una acusación concluyente contra la riqueza. Condenó el mal uso de la riqueza. El dinero, como cualquier otra fuerza, como lo es ahora la electricidad, no tiene valor en sí mismo y puede ser utilizado para bien o para mal. Es cierto que Jesús mandó al rico que «lo vendiese todo», pero en este caso, como el doctor George A. Buttrick ha dicho, Jesús prescribía cirugía individual, no hacía un diagnóstico general. En la riqueza no hay nada que esté viciado inherentemente, ni tampoco hay nada en la pobreza virtuoso por sí mismo.

Jesús no condenó a este hombre porque hubiera conseguido el dinero en forma deshonesta. Aparentemente adquirió la fortuna trabajando duramente y con el conocimiento táctico y la visión de un buen hombre de negocios. ¿Por qué, entonces, era un necio?

I

El rico era un necio porque permitía que los objetivos para los que vivía se confundiesen con los medios gracias a los cuales vivía. La estructura económica de su vida absorbía su destino. Todos nosotros vivimos en dos niveles

distintos, el interno y el externo. El interno es el nivel de los objetivos espirituales expresados en el arte, la literatura, la moral y la religión. El externo es el complejo de tácticas, técnicas, mecanismos y procedimientos por medio de los cuales vivimos. Éstos comprenden la casa donde vivimos, el coche, las ropas que vestimos, las cosas materiales que debemos tener para existir. Siempre existe el peligro de que permitamos que los medios gracias a los que vivimos sustituyan a los objetivos para los cuales vivimos, que lo interno se pierda en lo externo. El hombre rico era un necio porque no supo mantener una distinción clara entre medios y objetivos, entre estructuras y destino. Su vida estaba sumergida en las aguas enfurecidas de su ciclo vital.

Esto no quiere decir que la parte externa de nuestras vidas no tenga importancia. Tenemos a la vez el privilegio y el deber de buscar las satisfacciones materiales básicas para la vida. Solamente una religión desprovista de sentido puede despreocuparse del bienestar económico del hombre. La religión verdadera advierte que el alma estará aplastada mientras el cuerpo esté torturado por las punzadas del hambre y acosado por la necesidad de cobijo. Jesús sabía muy bien que necesitamos comida, vestidos, techo y seguridad económica. En términos claros y concisos, dijo: «Vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad»¹. Pero Jesús sabía que necesitamos alimento, vestidos, techo y seguridad económica. Se daba cuenta de que el interior de la vida de un hombre es tan importante como el exterior. De manera que añadió: «Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»². La tragedia del hombre rico fue buscar primero los medios, y, mientras tanto, los objetivos quedaban absorbidos por aquéllos.

Cuanto más rico materialmente se iba haciendo aquel hombre, más pobre se volvía intelectual y espiritualmente. Quizás estuviese casado, pero probablemente no debía amar a su mujer. Es posible que la colmara de innumerables presentes materiales, pero no podía darle lo que más necesitaba: amor y afecto. Quizá tuviese hijos, pero probablemente no los apreciaba. Quizá tuviere libros antiguos e importantes en los estantes de su biblioteca, pero no los leía nunca. Quizá tuviera acceso a la buena música, pero no la escuchaba. Sus ojos no contemplaban el solemne esplendor del firmamento. Su oído no captaba la dulzura melodiosa de la música celestial. Su espíritu estaba cerrado a los pensamientos de los poetas, profetas y filósofos. Tenía muy merecido el apelativo: «¡Necio!».

1 Mt 6, 8

2 Mt 6, 33.

II

El hombre rico era un necio porque no podía darse cuenta de su dependencia respecto a los demás. Su soliloquio contiene aproximadamente unas sesenta palabras, donde «yo» y «mío» aparecen dos veces. Tan a menudo llegó a decir «yo» y «mío», que había perdido la capacidad para decir «nosotros» y «nuestro». Víctima de la enfermedad cancerosa del egoísmo, no se daba cuenta de que la riqueza privada siempre es el resultado de la riqueza común. Hablaba como si pudiese construir los graneros y labrar las parcelas él solo. No se daba cuenta de que era el heredero de un gran tesoro de ideas y esfuerzos al que contribuyeron en su momento tanto los presentes como los antepasados. Cuando un individuo o una nación pasa por alto esta interdependencia, el resultado se traduce en una trágica necesidad.

Podemos constatar claramente el significado de esta parábola en relación con la crisis mundial de hoy. La capacidad productiva de nuestra nación engendra una abundancia de alimentos tan grande que debemos edificar nuestros graneros y gastar más de un millón de dólares diarios para almacenar los excedentes. Y, a pesar de todo, año tras año, decimos: «¿Qué haré, si no tengo donde recoger mis frutos?» He visto una respuesta en los rostros de hombres y mujeres chupados por la miseria en Asia, África y Sudamérica. He encontrado una respuesta en la aplastante miseria del delta del Mississippi y en la trágica inseguridad de los parados en las grandes ciudades del Norte. ¿Qué podemos hacer? La respuesta es simple: alimentar a los pobres, vestir a los desnudos y cuidar a los enfermos. ¿Dónde podemos almacenar nuestros alimentos? Otra vez la respuesta es muy sencilla: podemos almacenar nuestros excedentes alimenticios sin ningún gasto en los encogidos estómagos de millares de hijos de Dios que cada día se van a dormir hambrientos. Podemos utilizar nuestros vastos recursos para borrar la pobreza de la tierra.

Todo esto nos revela algo fundamental sobre la interdependencia del hombre y de las naciones. Tanto si nos damos cuenta como si no, cada uno de nosotros estamos eternamente «en deuda». Continuamente somos deudores de hombres y mujeres conocidos y desconocidos. Aún no hemos terminado de desayunar y ya dependemos de media humanidad. Así que nos levantamos por la mañana y entramos en el cuarto de baño, hacemos uso de una esponja que nos proporciona un hombre de las islas del Pacífico. El jabón lo hace un francés. La toalla nos la proporciona un turco. Ya en la mesa, tomamos café que nos viene de un sudamericano, o té, proporcionado por un africano occidental. Antes de que hayamos salido para ir al trabajo, ya hemos contraído obligaciones con media humanidad.

En un sentido real, toda la vida está interrelacionada. Todos los hombres están atrapados en una red implacable de reciprocidad, sujetos a un destino común. Todo lo que afecta a uno directamente, afecta a los demás indirectamente. Nunca puedo ser lo que debiera ser a menos que tú seas lo que ten-

drías que ser, y tú no podrás ser nunca lo que habrías de ser hasta que yo sea lo que debiera ser. Esta es la estructura interrelacionada de la realidad.

El hombre rico, desgraciadamente, dejó de darse cuenta de esto. Pensaba que podría vivir y prosperar en su mundo, centrado en sí mismo. Era un individualista empedernido. ¡Realmente, era un necio eterno!

III

Jesús le llamó necio porque no se daba cuenta de su dependencia respecto a Dios. Hablaba como si fuera él quien dispusiera la sucesión de las estaciones y asegura la fertilidad a la tierra, controlara la salida y la puesta del sol y regulase la lluvia y el rocío. Tenía la inconsciente sensación de que era el Creador y no una criatura.

Esta necedad centrada en el hombre ha gozado de un largo reinado. Y a menudo desastroso para la historia de la humanidad. A veces se ha expresado técnicamente en la doctrina del materialismo, que sostiene que la realidad puede explicarse como la materia en movimiento, que la vida es «un proceso filosófico con un significado psicológico», que el hombre es un accidente transitorio de protones y electrones que giran al azar, que el pensamiento es un producto temporal de la materia gris y que los acontecimientos históricos son una interacción de materia y movimiento accionados en virtud del principio de necesidad. Como no deja lugar para Dios o para las ideas eternas, el materialismo es opuesto tanto al teísmo como al idealismo.

Esta filosofía materialista conduce inevitablemente a un callejón sin salida en un mundo intelectualmente insensible. Creer que la personalidad humana es el resultado de la acción mutua de átomos y electrones es tan absurdo como creer que un simio, golpeando al azar las teclas de una máquina de escribir, produzca acaso una obra shakespeariana. ¡Magia pura! Es mucho más razonable decir, con el físico Sir James Jeans, que «el universo se parece más a un gran pensamiento que a una máquina», o con Arthur Balfour, el filósofo, que «ahora sabemos demasiadas cosas de la materia para ser materialistas». El materialismo es una llamada tímida que no resiste el sople del pensamiento maduro.

Otro intento para quitar importancia a Dios lo encontramos en el humanismo no teístico, filosofía que deifica al hombre al afirmar que es la medida de todas las cosas. Muchos hombres modernos que han abrazado esta filosofía sostienen, como hiciera Rousseau, que la naturaleza humana es esencialmente buena. El mal se encuentra únicamente en las instituciones y, si la pobreza y la ignorancia pudieran ser eliminadas, todo iría de primera. El siglo XX empezó con un optimismo desbordante de este tipo. Los hombres creían que la civilización evolucionaba hacia un paraíso sobre la tierra. Herbert Spen-

cer encajó hábilmente la teoría darwiniana de la evolución en la idea temeraria de un progreso automático. Los hombres acabaron convencidos de que existe una ley sociológica del progreso tan válida como la ley física de la gravitación.

Animado por este espíritu optimista, el hombre moderno forzó la entrada a las reservas de la naturaleza y extrajo muchos descubrimientos científicos y desarrollos tecnológicos que revolucionaron la tierra por completo. Las conquistas de la ciencia han sido maravillosas, tangibles y concretas.

Viendo los sorprendentes avances de la ciencia, el hombre moderno exclamó:

La Ciencia es mi pastor; nada me faltará.
Me llevará a descansar en buenos pastos.
Me dirige hacia las aguas tranquilas.
Allí renovará mi alma.
No temo ningún mal, porque la Ciencia está conmigo.
Su bastón y su vara son mi apoyo.

Las aspiraciones de los hombres se desviaron de Dios y del cielo. Antes bien, los pensamientos del hombre se limitaron al hombre y a la tierra. Y el hombre ofreció una extraña parodia del padrenuestro: «Hermanos nuestros que estáis en la tierra, santificado sea vuestro nombre. Venga a nosotros vuestro reino. Hágase vuestra voluntad en la tierra, porque no hay cielo». Los que antes se volvía hacia Dios para encontrar soluciones a sus problemas se volvieron hacia la ciencia y hacia la técnica, convencidos de que ahora poseían los instrumentos necesarios para instaurar la nueva sociedad.

Más tarde llegó la explosión de este mito. Culminó con los horrores de Nagasaki e Hiroshima y la tremenda furia de las bombas de cincuenta megatonnes. Ahora vemos que la ciencia puede darnos poder físico, que, cuando no está controlado por el espíritu, conducirá inevitablemente a la condenación cósmica. Las palabras de Alfredo el Grande tienen vigencia todavía: «El poder no siempre es un bien, a menos que sea bueno el que lo detenta». Necesitamos algo más espiritualmente sostenedor y moralmente controlador que la ciencia. Ésta es un instrumento que, bajo el poder del espíritu de Dios, puede llevar al hombre a las más altas cimas de la seguridad física; pero, separada del espíritu de Dios, la ciencia es un arma terrible que sólo puede conducir a un caos mayor. ¿Por qué engañarnos a nosotros mismos con el progreso automático y la capacidad del hombre para salvarse? Nosotros debemos levantar nuestro espíritu y nuestros ojos hacia las alturas de donde debe llegar la verdadera ayuda. Entonces, y sólo entonces, los avances de la ciencia moderna serán una bendición en lugar de una maldición.

Sin la sumisión a Dios, nuestros esfuerzos se convertirían en cenizas y nuestros amaneceres en noches negras. Si su espíritu no vivifica nuestras vidas, sólo encontramos lo que G. K. Chesterton denominó «cuidados que no cuidan, bendiciones que no bendicen y soluciones que no resuelven». «Dios es para nosotros un refugio y un castillo, en la adversidad encontramos una gran ayuda»³.

Desgraciadamente, el hombre rico no se dio cuenta. Él, como muchos hombres del siglo XX, se sumergió en grandes negocios y pequeñas trivialidades, de tal manera que le hicieron olvidar a Dios. Dio una significación infinita a las cosas finitas y elevó a una categoría fundamental una cuestión secundaria.

Cuando el hombre rico hubo acumulado grandes riquezas —en el momento en que sus riquezas despertaban mayor interés y su palacio era el comentario de toda la ciudad— le llegó el turno a una experiencia que es común denominador irreductible de todos los hombres: la muerte. El hecho de morir en aquel preciso momento añade dramatismo al relato, pero la verdad esencial de la parábola hubiera sido la misma aunque hubiese vivido tantos años como Matusalén. Aunque no hubiera muerto físicamente, estaba ya muerto espiritualmente. El que dejara de respirar fue un anuncio retrasado de una muerte que ya se había producido. Murió en el momento en que dejó de mantener una línea de distinción entre los medios gracias a los que vivía y los fines para los que vivía, y cuando dejó de reconocer su dependencia de los demás y de Dios.

¿Acaso no representa el «rico» a la civilización occidental? Rica en bienes y recursos materiales, nuestras normas de progreso están inextricablemente ligadas a la codicia de la adquisición. Nuestros medios de vida son ciertamente maravillosos. Y, sin embargo, falta algo. Hemos aprendido a volar por los aires como los pájaros y surcamos los mares como si fuésemos peces, pero no hemos aprendido el simple arte de vivir unidos como hermanos. La abundancia no nos ha ayudado a conseguir paz espiritual ni serenidad. Un escritor oriental expresa nuestro dilema con un lenguaje de extraordinaria y contundente claridad:

Llamáis a vuestros ingenios materiales «máquinas que ahorran esfuerzos humanos», pero siempre estáis ocupados. Al irse multiplicando vuestra maquinaria os vais sintiendo cada vez más cansados, angustiados, nerviosos e insatisfechos. Tengáis lo que tengáis, siempre queréis más; y dondequiera que estéis siempre querréis ir a otro sitio. Tenéis una máquina para extraer materias primas, una máquina para fabricarlas, una máquina para transformarlas, una máquina para barrer y quitar el polvo, una para enviar mensajes, otra para escri-

3 Sal 46, 2.

bir, otra para hablar, una para cantar, una para representar obras, una para votar, una para coser... y centenares más para hacer otros tantos centenares de cosas, y, con todo, sois los hombres más nerviosamente ocupados del mundo. Vuestros artefactos no ahorran tiempo ni salvan al espíritu. Son agujijones que os empujan a inventar más maquinaria y a hacer más negocios todavía⁴.

Esta descripción es cruelmente cierta y nos dice cosas de la civilización occidental que no deben considerarse como una acusación llena de prejuicios por parte de un pensador oriental celoso de la prosperidad occidental. No podemos eludir la acusación. Los medios por los cuales vivimos han superado a los fines para los cuales vivimos. Nuestro poder científico ha superado al poder espiritual. Hemos dirigido proyectiles y descarriado hombres. Como el hombre rico de la parábola hemos minimizado ciegamente la parte interna de nuestras vidas y hemos ensalzado la externa. Hemos consumido la vida en sostener la vida. Nuestra generación no encontrará la paz hasta que no volvamos a aprender que «aunque se tenga mucho, no está la vida en la hacienda»⁵, sino en aquellos tesoros internos del espíritu «adonde ni el ladrón llega ni la polilla roe»⁶.

Nuestra esperanza de conseguir una vida creadora descansa en nuestra capacidad para restablecer los fines espirituales de nuestras vidas en el carácter personal y la justicia social. Sin este despertar espiritual y moral nos destruiremos a nosotros mismos en el mal uso de nuestros propios instrumentos. Nuestra generación no puede eludir la pregunta del Señor. ¿De qué le valdrá a un hombre ganar todo el mundo de las cosas externas —aviones, aparatos eléctricos, automóviles y televisores en color— si pierde las internas: su alma?

4 Abraham Mitrie Rihbany, *Sabios de Oriente y de Occidente* (1922), página 137.

5 Lc 12, 15.

6 Lc 12, 33.

8 La muerte del mal a la orilla del mar

E Israel vio los cadáveres egipcios en las playas del mar.

Ex 14,30.

¿Hay algo más evidente que la presencia del mal en el universo? Sus tentáculos insistentes, prensiles, se adhieren a todos los niveles de la existencia humana. Podemos discutir el origen del mal, pero sólo alguien víctima de un optimismo superficial discutiría su realidad. El mal es duro, horroroso y colosalmente real.

Afirmando la realidad del mal con términos inequívocos, la Biblia pinta simbólicamente la obra secreta de una serpiente que infiltra la discordia en la armoniosa sinfonía de un jardín, denuncia proféticamente la descarada injusticia y la repugnante hipocresía, y retrata dramáticamente a una multitud descarriada que cuelga en una cruz, y entre dos ladrones, a la Persona más valiosa del mundo. La percepción del mal por parte de la Biblia es clara como el cristal. Jesús tenía siempre presente la realidad del mal. Aunque nunca ofreció una explicación teológica del origen del mal, tampoco dejaba de aludirlo. En la parábola de la cizaña, Jesús dice que la cizaña es la cizaña, no una ilusión o error de la mente humana. Las malas hierbas reales estorban el crecimiento ordenado del trigo. Las malas hierbas siempre son venenosas o mortales, tanto si son sembradas por Satanás como por el hombre al hacer mal uso de su libertad. Sobre las malas hierbas que ahogan el trigo, dice Jesús: «No intento explicar su origen, pero son obra de un enemigo». Reconocía que la fuerza del mal era tan real como la del bien.

En el gran anfiteatro de la vida diaria, aparece el mal en toda su repelente dimensión. Lo vemos expresado en la trágica concupiscencia y en el egoísmo desordenado. Lo vemos en lugares predominantes, donde los hombres están dispuestos a sacrificar la verdad en los altares de su interés egoísta. Lo vemos en las naciones imperialistas que aplastan a otros pueblos con los arietes de la injusticia social. Lo vemos cubierto con el ropaje de las guerras calamitosas que dejan a los hombres y naciones moral y físicamente arruinados.

En un determinado aspecto, la historia del hombre es el relato de la lucha entre el bien y el mal. Todas las grandes religiones han reconocido una tensión en el corazón mismo del universo. El hinduismo, por ejemplo, dice que esta tensión es un conflicto entre la ilusión y la realidad; el zoroastrismo, un conflicto entre el dios y las tinieblas, y el judaísmo tradicional y el cristianismo, un conflicto entre Dios y Satanás. Cada una de ellas se da cuenta de que en el núcleo del movimiento ascendente de la bondad existe una tendencia opues-

ta al mal. El cristianismo afirma claramente que, en la larga lucha entre el bien y el mal, saldrá vencedor el bien. El mal, en último término, está condenado por las poderosas e inexorables fuerzas del bien. El Viernes Santo debe ceder el paso a la música triunfal de Pascua. Las malas hierbas ahogan a las espigas durante cierto tiempo; pero, al recoger la cosecha, la cizaña será separada del grano. César ocupaba un palacio y Cristo una cruz, pero Cristo mismo dividió la historia en «antes» y «después de Cristo», de tal manera que hasta el mismo reinado de César ha sido fechado con su nombre. Hace mucho tiempo que la religión bíblica reconoció lo que afirmó Willian Cullen Bryant: «La verdad aplastada contra la tierra volverá a levantarse»¹, y lo que escribiera Thomas Carlyle: «No podrás decir ni cometer falsedad alguna que, después de circular poco o mucho, no te sea devuelta como una letra girada a cargo de la realidad de la naturaleza y que es presentada al pago con la indicación: “sin fondos”»².

I

Un ejemplo gráfico de esta verdad lo encontramos en la primitiva historia del pueblo hebreo. Cuando los hijos de Israel estaban sujetos al yugo de la esclavitud egipcia, Egipto simbolizaba el mal en forma de opresión humillante, explotación impía y dominación abusiva, y los israelitas simbolizaban la bondad en forma de devoción y dedicación al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Egipto luchaba por mantener su yugo opresivo, e Israel luchaba por conseguir la libertad. El faraón se negaba obstinadamente a responder a la súplica de Moisés, incluso después de sufrir en sus dominios una plaga tras otra. Esto nos explica algo sobre el mal que no debemos olvidar, es decir, que el mal es recalcitrante y decidido, y que nunca suelta voluntariamente lo que ha atrapado sino después de una pertinaz y casi fanática resistencia. Pero también vemos que, en el universo, el mal no se puede organizar a sí mismo permanentemente. De forma que, después de una larga y enconada lucha, los israelitas, por la providencia de Dios atravesaron el Mar Rojo. Pero, como la vieja guardia que jamás se rinde, los egipcios, en su intento por impedir que los israelitas escapasen, se lanzaron en su persecución Mar Rojo adentro. En el momento en que los egipcios acababan de entrar en el mar temporalmente desecado, las aguas divididas se volvieron a cerrar sobre ellos, muriendo todos ahogados en la turbulencia y confusión de la marejada. Cuando los israelitas volvieron los ojos hacia atrás, todo lo que pudieron ver fue algún que otro pobre cuer-

1 *El campo de batalla.*

2 *La Revolución Francesa*, vol. I; lib. III.

po ahogado, lanzado a la orilla por las olas. Éste fue un gran momento para los israelitas. Era el fin de un período terrible de su historia. Era un amanecer que venía a terminar con la interminable noche del cautiverio. El significado de esta historia no se basa en la muerte de los soldados egipcios, pues nadie se alegrará de la muerte o destrucción de un ser humano. Antes bien, me inclino a creer que esta extraordinaria historia simboliza la muerte del mal, de la opresión humana y de la explotación injusta.

La muerte de los egipcios en la costa es un recordatorio vivo de que algo existe en la misma naturaleza del universo que ayuda a la bondad en su perenne batalla contra el mal. El Nuevo Testamento declara con toda razón: «Ninguna parece por el momento agradable, sino dolorosa; *pero al fin* ofrece sus frutos apacibles de justicia a los ejercitados por ella»³. El Faraón explota a los hijos de Israel..., *¡pero al fin!* Pilato cede a la idea de la crucifixión de Cristo..., *¡pero al fin!* Los primitivos cristianos son arrojados a los leones y llevados a la mesa de torturas..., *¡pero al fin!* Hay algo en el universo que justifica lo dicho por Shakespeare:

Un Dios modela nuestros fines,
tallándolos como es nuestro deseo⁴.

y Lowell, que decía:

Aunque prospere la causa del mal,
sólo la Verdad es fuerte⁵.

y también Tennyson:

Debo creer que llegará el bien,
por fin —todavía lejano—, por fin, para todos,
y el invierno será primavera⁶.

3 Heb 12, 11.

4 *Hamlet*, acto V, escena 2.

5 *La crisis actual*.

6 *In Memoriam*.

II

La verdad de este texto se nos revela en la lucha contemporánea entre la bondad, en forma de libertad y de justicia, y el mal, en forma de opresión y colonialismo. De los 3.000.000.000 de habitantes que hay en el mundo aproximadamente, más de 1.900.000.000 —una gran mayoría— viven en los continentes de Asia y África. Aún no hace veinte años que la mayoría de los pueblos de Asia y África eran súbditos coloniales, dominados políticamente, explotados económicamente y segregados y humillados por los poderes extranjeros. Durante años protestaron contra estas graves injusticias. En casi todos los territorios de Asia y África, un Moisés vehemente abogaba apasionadamente por la libertad de su pueblo. Durante más de veinte años, el Mahatma Gandhi insistentemente instaba a los virreyes británicos, gobernadores generales, primeros ministros y reyes que diesen la libertad a su pueblo. Como los faraones de la antigüedad, los gobernantes británicos no prestaron atención a estas dolorosas instancias. Incluso el gran Winston Churchill contestó al grito de Gandhi por la independencia: «No he sido nombrado Primer ministro de Su Majestad para presidir la liquidación del Imperio británico»⁷. El conflicto entre dos fuerzas decididas, los poderes coloniales y los pueblos africanos y asiáticos, ha sido una de las batallas más duras y críticas del siglo XX.

Pero, a pesar de la resistencia recalcitrante de los poderes coloniales, la victoria de las fuerzas de la justicia y la dignidad humana se consigue gradualmente. Hace veinticinco años sólo existían tres países independientes en todo el continente africano, pero hoy treinta y dos naciones han conseguido la independencia. Sólo quince años atrás, el Imperio británico dominaba políticamente a más de seiscientos cincuenta millones de personas en Asia y África, pero ese número ha descendido en la actualidad a menos de 60.000.000. Se ha abierto el Mar Rojo. Las masas oprimidas de Asia y África han conseguido liberarse del Egipto del colonialismo y avanzan hacia la tierra prometida de la estabilidad económica y cultural. Estos pueblos ven los males del colonialismo y del imperialismo muertos sobre la costa.

Incluso en la lucha americana por la libertad y la justicia vemos la muerte del mal. En 1619, los negros fueron llevados a América desde las tierras de África. Durante más de doscientos años, el continente africano fue violado y arrasado, desorganizados sus Estados, sus pueblos y gobernantes desmoralizados. En América, el negro esclavo era sólo un diente de un engranaje despersonalizado en una inmensa máquina de plantaciones.

Pero algunos de ellos tenían una conciencia inquieta y sabían que un sistema tan injusto representaba una extraña paradoja en una nación fundada en

7 Discurso en la Mansión House, 10-XI-1942.

el principio de que todos los hombres son iguales. Seis años antes de morir, en 1820, Thomas Jefferson escribía estas dolorosas palabras:

Esta dramática cuestión [la esclavitud] me despierta, como un cohete en la noche, y me llena de terror. Lo consideré como el fin de la Unión... Temo que moriré en la creencia de que el inútil sacrificio de los hombres de la generación de 1776 por conseguir el autogobierno y la felicidad de su país será borrado..., y mi única esperanza es morir antes de llorar por esta desgracia ⁸.

Muchos abolicionistas, como Jefferson, fueron torturados interiormente por la cuestión de la esclavitud. Percibían claramente que la inmoralidad de la esclavitud degradaba tanto al blanco como al negro.

Llegó el día en que Abraham Lincoln tuvo que enfrentarse con la cuestión de la esclavitud. Sus tormentos y vacilaciones son de sobra conocidos, pero el resultado se encuentra en estas palabras: «Al dar la libertad al esclavo, aseguramos la libertad a los libres, tan honorables en lo que damos como en lo que preservamos»⁹. Sobre este fundamento moral, Lincoln redactó la Declaración de Emancipación, una ley ejecutiva que puso fin a la esclavitud inamovible. El significado de la Declaración de Emancipación fue vivamente descrito por un gran americano, Frederick Douglass, con estas palabras:

Reconoce y declara la naturaleza real del conflicto y coloca el Norte al lado de la justicia y de la civilización... El primero de enero de 1863 debe ser, indiscutiblemente, el día más memorable en los anales de América. El 4 de julio fue un gran día, pero, si lo comparamos con sus implicaciones y consecuencias, el primero de enero fue incomparablemente más grande. El primero hacía referencia al mero nacimiento político de una nación; el segundo concierne a la vida y al carácter de esta nación, y ha de determinar si esta vida y este carácter brillarán gloriosamente, con todas las nobles y altas virtudes, o se oscurecerán vergonzosamente para siempre ¹⁰.

Sin embargo, la Declaración de Emancipación no significó libertad total para los negros, pues, a pesar de que los negros habían gozado de ciertas oportunidades políticas y sociales durante la Reconstrucción, pronto descubrieron que los faraones del Sur estaban completamente decididos a mantenerlos en la esclavitud. La Declaración de Emancipación los llevó más cerca del Mar Rojo, pero no garantizó su paso por las aguas divididas. La segregación racial, sostenida por una decisión del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en 1896, era una nueva forma de esclavitud disfrazada con algunas

8 Carta a John Holmes, 22-IV-1820.

9 Mensaje anual al Congreso, 1-XII-1820.

10 *Douglass's Monthly*, 1-I-1863, p. 1.

sutilezas de procedimiento. En la gran lucha de los últimos 50 años entre las fuerzas de la justicia que proponían terminar con el maligno sistema de la segregación y las fuerzas de la injusticia que intentaban mantenerlo, los faraones han ensayado maniobras legales, represalias económicas, e incluso la violencia física para conservar a los negros en el Egipto de la segregación. A despecho del paciente grito de muchos Moisés, se negaron a permitir que el pueblo negro siguiera su propio camino.

Hoy asistimos a un cambio radical. Un decreto que impresiona al mundo, redactado por nueve magistrados del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, abrió el Mar Rojo, y las fuerzas de la justicia avanzan hacia la otra orilla. El Tribunal decretó el fin de la antigua decisión Plessy de 1896 y afirmó que los servicios públicos separados son inherentemente desiguales y que segregar a un niño con la excusa de la raza negra es negar al niño una protección legal. Esta decisión es un gran rayo de esperanza para muchos desheredados. Mirando hacia atrás, vemos cómo van muriendo, poco a poco, junto al mar, las fuerzas de la segregación. El problema dista mucho de haber sido resuelto y nos esperan gigantescas montañas de oposición, pero por lo menos hemos dejado Egipto, y con determinación paciente pero firme, llegaremos a la Tierra Prometida. El mal en forma de injusticia y segregación no sobrevivirá por siempre. En la historia, el paso del Mar Rojo acaba llevando las fuerzas de la bondad a la victoria, y el cierre de estas aguas marca la condenación y la destrucción de las fuerzas del mal.

Todo esto nos recuerda que el mal lleva consigo el fermento de su propia destrucción. En último término, el derecho derrotado es más fuerte que el mal que triunfa. El historiador Charles A. Beard, al preguntarle cuáles eran las enseñanzas más importantes que le había proporcionado la historia, contestó:

Primero, que los dioses vuelven locos por el poder a los que quieren destruir. Segundo, que los molinos de Dios muelen lentamente, pero lo reducen todo a polvo. Tercero, la abeja fertiliza la flor que chupa. Cuarto, cuando está completamente oscuro, entonces es cuando pueden verse las estrellas.

Estas palabras no son de un predicador, sino de un perspicaz historiador, cuyo estudio prolongado e infatigable de la historia le reveló que el mal tiene una cualidad autodestructora. Quizás alcance a ir muy lejos, pero llega un momento que tiene un límite. Hay algo en este mundo que la mitología griega denominaba diosa Némesis.

III

Al llegar a este punto debemos tener cuidado en no demostrar un optimismo superficial o llegar a la conclusión de que la muerte de un mal particular quiere decir que todo el mal yace muerto a la orilla del mar. Todo progreso es precario, y la solución de un problema nos enfrenta siempre a otro nuevo. El Reino de Dios como realidad universal «no existe todavía». Como quiera que el pecado se da en todos los niveles de la existencia del hombre, la muerte de una tiranía es seguida por la aparición de otra tiranía.

Sin embargo, igual que debemos evitar un optimismo superficial, también debemos evitar un pesimismo paralizador. Aunque todo el progreso sea precario, puede producirse un progreso social real limitado. Aunque el peregrinaje moral del hombre no llegue quizá nunca a su punto de destino aquí en la tierra, sus esfuerzos nunca abandonados pueden llevarle cada vez más cerca de la ciudad de la justicia. Y aunque el Reino de Dios *todavía no* puede traducirse históricamente en una realidad universal, existe en el presente bajo formas aisladas tales como en el juicio, en la devoción personal y en algunas formas de vida en grupo. «El Reino de Dios está dentro de vosotros»¹¹.

Sobre todo, debemos recordar que Dios sigue trabajando en el universo. No está fuera del mundo, mirando con una especie de fría indiferencia. Aquí, en todos los caminos de la vida, se juega el tipo como nos lo jugamos nosotros. Como un Padre siempre cariñoso, trabaja a través de la historia para la salvación de sus hijos. Mientras luchemos para derrotar las fuerzas del mal, el Dios del universo luchará a nuestro lado. El mal muere junto al mar, y no sólo porque el hombre luche incesantemente, sino porque Dios tiene poder para aniquilarlo.

Ahora bien: ¿por qué Dios va tan despacio para vencer a las fuerzas del mal? ¿Por qué permitió que Hitler matase a seis millones de judíos? ¿Por qué permitió que la esclavitud durase doscientos cuarenta y cuatro años en América? ¿Por qué permite que unas bandas de asesinos linchen a hombres y mujeres negros cuando se les ocurre, y que, por diversión, arrojen al río a niños y niñas negros? ¿Por qué no rompe y aplasta los malignos propósitos de los hombres perversos?

No pretendo comprender los caminos de Dios ni su horario particular para combatir el mal. Quizá, si Dios tratase al mal de la forma dominante que deseamos, anularía su designio fundamental. Somos seres humanos responsables, no ciegos autómatas; personas, y no robots. Al darnos la libertad, Dios se desprendía de una parte de su propia soberanía e imponía ciertos límites. Si sus hijos son libres, han de hacer su voluntad eligiendo libremente. En consecuencia, Dios no puede al mismo tiempo imponer su voluntad sobre la de

11 Lc 17, 21.

sus hijos y mantener su designio frente al hombre. Si por estricta omnipotencia, Dios tuviera que anular su designio, expresaría debilidad y no poder. El poder es la posibilidad de realizar un designio; la acción que no cumple su designio es debilidad.

La negativa de Dios a tratar la maldad con una eficacia inmediata no significa que no haga nada. Nosotros, seres humanos finitos y débiles, no estamos solos en nuestra búsqueda del triunfo de la justicia. Existe, como decía Mattheew Arnold, un «poder permanente, no nosotros mismos, que conquista la justicia»¹².

También debemos tener presente que Dios no olvida a sus hijos que son víctimas de las fuerzas del mal. Nos da recursos internos para soportar las amarguras y tribulaciones de la vida. Cuando nos encontramos en las tinieblas de algún Egipto opresor nos imprime la fortaleza necesaria para soportar las pruebas de Egipto y nos da el valor y el poder de emprender el camino que se abre ante nosotros. Cuando la luz de la esperanza palidece y la llama de la fe se extingue, levanta nuestras almas, dándonos nuevas fuerzas para seguir adelante. Está con nosotros no solamente al mediodía de la plenitud, sino también en la medianoche de la indefensión.

Mi mujer y yo pasamos un espléndido final de semana en el Estado de Kerala, en la India, el lugar más meridional de aquel extenso país. Mientras estábamos allí, fuimos a visitar la preciosa playa de Cap Comorin, llamada «El fin del mundo», porque realmente es allí donde acaba la India. Ante nosotros teníamos únicamente la inmensidad de las inquietas olas. En este bellissimo lugar confluyen tres grandes masas de agua: el Océano Índico, el Mar de Arabia y la Bahía de Bengala. Sentados en una roca que se adentraba ligeramente en el mar, nos quedamos extasiados ante la inmensidad del océano y sus aterradoras dimensiones. Todas las olas se desplegaban en una sucesión casi rítmica contra la base de la roca sobre la que nos encontrábamos sentados: una música oceánica resonaba dulcemente en nuestros oídos. Al oeste veíamos el sol, magnífico, una gran bola cósmica de fuego, que daba la sensación de hundirse en el océano. Precisamente en el momento en que lo perdíamos de vista, mi mujer me tocó y dijo: «Mira, Martin, ¡qué bonito!» Girando la vista a mi alrededor, vi alborear la luna, otra bola de centelleante belleza. Mientras el sol se hundía en el océano, la luna aparecía sobre sus aguas. Cuando por fin el sol se perdió totalmente de vista, la oscuridad cubrió la tierra, pero, al este, la luz radiante de la luna elevándose brillaba, mayestática.

Le dije a mi mujer: «Esto es una imagen de lo que sucede en la vida». Tenemos experiencias de cuando desaparece la luz del día y nos sumerge en una noche tétrica y desolada..., momentos en que nuestras más altas espe-

12 *Literatura y Dogma* (1883).

ranzas se convierten en sombras de desesperación, o cuando somos víctimas de alguna trágica injusticia y terrible explotación. En momentos así, nuestros espíritus están dominados por la melancolía y la desesperanza, y nos parece que en ningún lugar hay luz. Pero de pronto miramos hacia el este y descubrimos que hay otra luz que brilla incluso en la oscuridad, y la «lanza de la frustración» se transforma en «saeta de luz».

Este mundo sería insoportable si Dios solamente tuviera una luz, pero debemos consolarnos pensando que Dios tiene dos luces: una para guiarnos durante el día, cuando se cumplen las esperanzas y las circunstancias son favorables, y otra para guiarnos en la oscuridad de la noche, cuando estamos lacerados y los gigantes adormecidos de la melancolía y el pesimismo se levantan en nuestra alma. Según testimonio del Salmista, no es necesario caminar por la oscuridad:

¿Dónde podría alejarme de tu espíritu?

¿Adónde huir de tu faz?

Si subiere a los cielos, allí estás tú;
si bajare al «seol», allí estás presente.

Si tomara las alas de la aurora
y quisiera habitar al extremo del mar,
también allí me tomaría tu mano
y me tendría tu diestra.

Si dijere: «Ciertamente las tinieblas
me envuelven y sea la noche luz en torno mío»,
tampoco las tinieblas son oscuras para ti;
y la noche luciría como el día:
pues las tinieblas son como la luz para ti¹³.

Esta fe es la que nos sostendrá en nuestra lucha por huir de los lazos de cualquier Egipto del mal. Esta fe será una lámpara que iluminará nuestros pies fatigados y una luz sobre nuestro sendero tortuoso. Sin esta fe, los sueños más altos de los hombres caerán en el polvo del olvido.

13 Sal 139, 7-12.

9 Las tres dimensiones de una vida completa

Siendo iguales su longitud, su latitud y su altura.

Ap 21,16.

Juan el Apocalíptico, prisionero en una isla solitaria y desconocida, Patmos, carecía de toda libertad excepto la de pensamiento, y por tanto pensaba en muchas cosas. Pensaba en el antiguo orden político, y en su trágica insuficiencia y horrible injusticia. Pensaba en la antigua Jerusalén, en su piedad superficial y ritualismo formal. Pero, en medio de esta dolorosa visión de cosas pasadas, Juan tuvo también una esplendorosa visión de algo grande y nuevo. Vio bajar del cielo una nueva Jerusalén Santa que procedía de Dios. La cosa más noble de esta nueva ciudad celestial era su perfección, radiante como el alba que pone fin a la larga noche de estancada imperfección. No era parcial o lineal, sino completa en sus tres dimensiones. Al describir la ciudad, dice Juan: «Siendo iguales su longitud, su latitud y su altura». Esta nueva ciudad de Dios no sería una entidad desequilibrada con virtudes preciosas a un lado y al otro vicios abyectos; sería completa en todas sus dimensiones.

El Apocalipsis, para muchos, es un libro extraño y difícil de descifrar. A menudo se deja a un lado como un enigma misterioso. Pero, bajo el peculiar lenguaje de Juan y su simbolismo apocalíptico prevalente, encontramos muchas verdades incitantes y profundas. En nuestro texto presentamos una de estas verdades. Cuando Juan describe la ciudad de Dios, describe en realidad la humanidad ideal. Dice, en sustancia, que la vida perfecta es completa en todas sus dimensiones.

En nuestras vidas individuales y colectivas existen una escasez y una parcialidad deprimentes. Pocas veces podemos afirmar la grandeza en sentido absoluto. Detrás de cualquier afirmación de grandeza aparece la conjunción «pero». Namán «era un gran hombre», dice el Antiguo Testamento¹, «pero...» Este «pero» revela algo trágico y turbador: «pero era leproso». ¡Cuántas vidas humanas pueden ser descritas con esta sencillez!

Grecia era una gran nación, que dejó a las generaciones sucesivas un tesoro inagotable de sabiduría. Dio al mundo la penetrante poesía de Esquilo, Sófocles y Eurípides, la filosofía de Sócrates, Platón y Aristóteles. Gracias a estos espíritus grandes, cada uno de nosotros hemos heredado un legado de

1 2 Re 5, 1.

ideas creadoras. Grecia fue una gran nación, pero... Este «pero» subraya la trágica realidad de que Grecia era una aristocracia para «algunas» personas y no una democracia para «todo» el pueblo. Este «pero» denuncia el hecho negativo de que las ciudades-Estado griegas se basaban en la esclavitud.

La civilización occidental es una gran civilización, que ha ofrecido al mundo las magníficas conquistas del Renacimiento, los alegres compases y los dulces suspiros de Haendel, la suave majestuosidad de Beethoven y las impresionantes sinfonías de Bach; la revolución industrial y el inicio de la marcha del hombre hacia la ciudad de la abundancia material. La civilización occidental es grande, pero... Este «pero» nos recuerda las injusticias y males del colonialismo y de una civilización que ha permitido que sus medios materiales superasen en mucho a sus objetivos espirituales.

América es una gran nación que, por medio de la Declaración de Independencia, ofrece al mundo la expresión más elocuente e inequívoca de la dignidad del hombre impresa en un documento socio-político. Desde el punto de vista técnico, América ha producido puentes inmensos para cruzar los mares, y rascacielos para llegar al firmamento. Gracias a los hermanos Wright, pudo ofrecer al mundo el aeroplano, e hizo posible que el hombre suprimiera la distancia y acortara el tiempo. Sus maravillosos descubrimientos en el campo de la medicina han curado enfermedades espantosas y han prolongado la vida del hombre. América es una gran nación, pero... Este «pero» es un comentario a doscientos años y pico de vergonzosa esclavitud y a veinte millones de hombres y mujeres negros privados de vida, libertad y esperanza de felicidad. Este «pero» es consecuencia del materialismo práctico, que suele estar más interesado en las cosas que en los valores.

De forma que casi cualquier afirmación de grandeza va seguida, no por una frase que indique totalidad, sino por una coma que indica su parcialidad entorpecedora. Muchas de nuestras más grandes civilizaciones son grandes sólo en algunos aspectos. Muchos de nuestros más grandes hombres lo son sólo en algún aspecto, mientras que en otros se muestran débiles y ruines.

Sin embargo, la vida debería ser fuerte y completa en todos sus aspectos. Toda vida completa tiene las tres dimensiones sugeridas en el texto: longitud, latitud y altura. La longitud de la vida es el impulso interior para alcanzar los fines y ambiciones personales de cada uno, una preocupación interior por el bienestar de los demás. La latitud de la vida es la preocupación exterior por el bienestar de los demás. La altura de la vida es la aspiración ascendente hacia Dios. La vida, en su mejor momento forma un triángulo equilátero. En un ángulo se sitúa la persona individual. En el otro ángulo están las demás personas. En el vértice se encuentra la Persona Infinita, Dios. Sin el desarrollo necesario de cada una de las partes del triángulo, ninguna vida puede considerarse completa.

I

Fijémonos, primero, en la longitud de la vida, es decir, en la preocupación individual por desarrollar las potencias internas. En cierto modo es la dimensión egoísta de la vida. Existe, evidentemente, el propio interés racional y saludable. El fallecido rabino Joshua Liebman señalaba, en un interesante capítulo de su libro *Paz espiritual*, que debemos amarnos a nosotros mismos antes de poder amar adecuadamente a los demás. Muchas personas caen en el fatalismo emocional porque no se aman a sí mismos como es debido, de una forma total.

Cualquier persona debe preocuparse por ella misma y sentir la responsabilidad de descubrir su misión en la vida. Dios ha dado a todas las personas normales la capacidad de llegar a una meta. Ciertamente es que algunos tienen más talento que otros, pero Dios no ha dejado a nadie sin talento. En nuestro interior existen poderes creativos en potencia, y tenemos el deber de trabajar asiduamente para descubrir estos poderes.

Una vez una persona ha descubierto para qué ha nacido, tendría que aplicar todo el poder de que dispone a su realización. Debería intentar hacerlo mejor que nadie. Tendría que hacerlo como si Dios todopoderoso le convocara precisamente a él, por esta razón, y en este momento particular de la historia. Nadie hace una gran aportación a la humanidad sin este amplio sentido de finalidad y esta terca determinación. Nadie aporta nunca una gran contribución a la humanidad sin este poderoso impulso interno. Longfellow escribió:

Las alturas conquistadas por los grandes hombres
no fueron alcanzadas de golpe,
sino que, mientras sus compañeros dormían,
trepanaban penosamente en la noche².

Permitidme que dedique unas palabras a nuestra gente joven. La longitud se apoya en la provocación. Muchos de vosotros estudiáis en la Facultad. No es necesario que insista sobre la importancia de estos años de estudio. Debéis daros cuenta de que se os abren muchas puertas que no se abrieron a vuestros padres. Vuestra gran responsabilidad consiste en estar preparados para entrar por estas puertas. Tenéis que descubrir pronto para qué estáis hechos y trabajar infatigablemente para llevar a cabo con éxito las diversas actividades. Dicen que Ralph Waldo Emerson declaró: «Si un hombre puede escribir un libro, predicar un sermón o fabricarse una ratonera mejor que su vecino, el mundo abrirá un camino hasta su puerta aunque viva en el rincón más escondido del bosque». Esto irá siendo cada vez más evidente. No debéis

esperar el día de la emancipación total sin contribuir antes positivamente a la vida de esta nación. Aunque os sintáis víctimas de un incomprensible dilema, consecuencia del legado de esclavitud y segregación, de escuelas inferiores y ciudadanía de segundo orden, debéis abriros paso resueltamente a pesar de las circunstancias. Tenemos ya ejemplos edificantes de negros que en lóbregas noches de opresión se han convertido en nuevas y brillantes estrellas de mérito. Desde una humilde cabaña de esclavos en las montañas de Virginia, Booker T. Washington llegó a ser uno de los más importantes dirigentes americanos. Desde las obsesivas tierras rojas de Gordon Country, en Georgia, y de la mano de su madre que no sabía leer ni escribir, Roland Hayes se reveló como uno de los cantantes más destacados, y su voz melodiosa se escuchó en los palacios de los reyes y en las mansiones de las reinas. Procedente de un ambiente miserable de Filadelfia, Marian Anderson llegó a ser la mejor contralto del mundo; Toscanini dijo que una voz como la suya sólo aparecía una vez cada cien años, y Sibelius exclamó que su techo era demasiado bajo para aquella voz. Partiendo de circunstancias difíciles, George Washington Carver alcanzó fama eterna en el mundo de la ciencia. Ralph J. Bunche, nieto de un predicador esclavo, ha aportado gran prestigio a la diplomacia. Son sólo algunos de los numerosos ejemplos que nos recuerdan que, a pesar de la falta de libertad, podemos aportar nuestra contribución, aquí y en este momento.

Por todas partes nos incitan a trabajar infatigablemente para triunfar en nuestra profesión. No todos los hombres están llamados a realizar trabajos especializados o profesionales, y pocos se elevan hasta la cima del genio en las artes y ciencias; muchos están llamados a ser trabajadores en las fábricas, campos o calles. Pero ningún trabajo es insignificante. Cualquier esfuerzo que eleve a la humanidad tiene dignidad e importancia, y había que emprenderlo con un gran afán de perfección. Si un hombre es barrendero, tendría que barrer las calles como pintaba Miguel Ángel, como componía Beethoven sus partituras, o como escribía Shakespeare. Tendría que barrer tan bien las calles que todos los habitantes del cielo y de la tierra se detuviesen a decir: «Aquí vivió un barrendero que hacía el trabajo perfecto». Es lo que quería decir Douglas Mallock al escribir:

Si no puedes ser un pino en la cima de una colina,
sé maleza en el valle..., pero sé
la maleza mejor junto al torrente;
sé arbusto, si no puedes ser un árbol.
Si no puedes ser camino real, sé atajo.
Si no puedes ser el sol, sé estrella.
No vencerás por el volumen,
sino por ser el mejor de lo que seas.

Lanzaos afanosamente a descubrir para qué habéis nacido, y entonces aplicaos con pasión a realizarlo. Esta acción encaminada a la plena realización de uno mismo es la longitud de la vida del hombre.

II

Algunas personas no llegan a superar nunca esta primera dimensión. Quizá sean personas brillantes que desarrollen sus potencias internas de forma soberbia, pero están sujetas con las cadenas de una limitación paralizadora. Viven encerrados en los límites estrechos de sus ambiciones y deseos personales. ¿Hay algo más trágico que encontrar a un individuo hundido en la longitud de una vida sin latitud?

Si la vida ha de ser completa, debe incluir, además de la dimensión de la longitud, la de la latitud, por la cual el individuo se interesa por el bienestar de los demás. Nadie habrá aprendido a vivir mientras no pueda erigirse por encima de los estrechos límites de sus intereses individuales, hacia los intereses más amplios de toda la humanidad. La longitud sin la latitud es como un río tributario de sí mismo, que no tiene salida hacia el mar. Estancado, fijo y maloliente, le falta vida y no tiene frescor. Para vivir creativa y significadamente, nuestro interés personal debe hermanarse con el interés de los demás.

Jesús, al describir la imagen simbólica del Gran Juicio, dejó bien sentado que la norma para determinar la división entre ovejas y carneros serían las cosas que se hubiesen hecho en pro de los demás. No nos preguntarán cuántas distinciones académicas hemos conseguido o cuánto dinero hemos ganado, sino lo que hemos hecho por los demás ¿Diste de comer al hambriento? ¿Diste de beber al sediento? ¿Vestiste al desnudo? ¿Visitaste al enfermo y consolaste a los presos? Éstas son las preguntas que hace el Señor de la vida. En cierto modo, el juicio tiene lugar cada día, y, nosotros, por nuestras obras y palabras, por nuestro silencio y discurso, escribimos continuamente en el Libro de la Vida.

La luz vino al mundo y todos los hombres deben decidir si caminarán en la luz del altruismo creador o en la oscuridad del egoísmo destructor. Éste es el juicio. La pregunta más urgente e insistente de la vida es: ¿Qué haces por los demás?

Dios ha estructurado este universo de forma que las cosas no vayan bien del todo cuando los hombres no son diligentes en el cultivo de su latitud. «Yo» no puedo ser completo sin «vosotros». El propio ser no puede ser tal sin ser los demás «propios» seres. Los psicólogos sociales nos dicen que no podemos ser personas del todo si no interactuamos con las demás personas. Toda la vida está interrelacionada y todos los hombres son interdependientes. Y, a pesar de todo, continuamos recorriendo un camino de egoísmo desordenado.

La mayoría de los trágicos problemas que nos plantea el mundo de hoy reflejan la incapacidad voluntaria del hombre para añadir la latitud a la longitud.

Se descubre claramente en la crisis racial planteada en nuestra nación. La tensión en las relaciones raciales es consecuencia del hecho de que muchos de nuestros hermanos blancos están demasiado interesados en la longitud de la vida: su posición económica privilegiada, poder político, consideración social, la llamada «forma de vida». Si se pusieran de acuerdo para añadir la latitud a la longitud —la dimensión que incluye a los demás añadida a la dimensión que incluye a uno mismo—, las discordias de nuestra nación se transformarían en una bella sinfonía de hermandad.

Esta necesidad de añadir la latitud a la longitud aparece también en las relaciones internacionales. Ninguna nación puede vivir aislada. Mi mujer y yo tuvimos el privilegio de realizar una memorable visita a la India. A pesar de haber momentos sublimes y valiosos, también hubo en nuestro viaje momentos depresivos. ¿Cómo podemos dejar de sentirnos deprimidos cuando vemos con nuestros propios ojos a millones de personas que se van a dormir hambrientos? ¿Cómo podemos no sentirnos deprimidos al ver con nuestros propios ojos que millones de personas duermen en las cunetas? ¿Cómo no hemos de sentirnos oprimidos sabiendo que, de los 435.000.000 de habitantes de la India, 350.000.000 ganan menos de 70 dólares al año, y la mayoría de ellos no han visto en su vida a un médico o a un dentista?

¿Podemos, aquí en América, seguir despreocupándonos ante esta situación? La respuesta es un no rotundo. Nuestro destino como nación está vinculado al destino de la India. Mientras la India, o cualquier otra nación, esté insegura, nosotros no estaremos seguros. Tenemos que utilizar nuestros amplios recursos para ayudar a los países subdesarrollados del mundo. ¿Hemos gastado demasiado dinero de nuestro presupuesto nacional estableciendo bases militares por todo el mundo y muy poco estableciendo bases de auténtico interés y comprensión...? En última instancia, todos los hombres son interdependientes y, por tanto, están involucrados en un proceso singular, único. Somos inevitablemente guardianes de nuestros hermanos a causa de la interrelacionada estructura de la realidad. Ninguna nación ni ningún individuo pueden vivir aislados. John Donne interpretó esta verdad en términos gráficos de absoluta claridad cuando afirmó:

Ningún hombre es una isla, que se baste a sí mismo; cualquier hombre es un pedazo de continente, una parte del todo; si el mar se lleva un trozo de tierra, todo eso pierde Europa, tanto si se trata de un promontorio como de la casa de uno de tus amigos o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque pertenezco a la Humanidad, y por eso no es preciso que preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti ³.

Este reconocimiento de la unicidad de la humanidad y de la necesidad de un interés activo es la latitud de la vida del hombre.

III

Todavía nos queda una tercera dimensión de la vida completa, la altitud o tendencia ascendente hacia algo diferencialmente mayor por encima de la humanidad. Debemos elevarnos por encima de la tierra y prestar nuestro primordial juramento de fidelidad al ser eterno que es la fuente fundamental de toda realidad. Cuando añadimos la altura a la latitud y a la longitud, hemos completado la vida.

De la misma forma que algunas personas no llegan a superar la longitud, hay otras que nunca llegan a superar la combinación de la longitud y latitud. Desarrollan brillantemente sus potencias internas y tienen un poder genuinamente humanitario. Pero se quedan cortos. Están tan ligados a la tierra, que llegan a la conclusión de que la humanidad es Dios. Pretenden vivir sin cielo.

Probablemente hay muchas razones por las que el hombre moderno olvida negligentemente esta tercera dimensión. Algunos hombres tienen dudas intelectuales honestas. Viendo los horrores del mal moral y natural, preguntan: «Si existe un Dios todopoderoso y bueno, ¿por qué permite el dolor y el mal gratuitamente?» Su incapacidad para contestar adecuadamente a esta pregunta les lleva al agnosticismo. También hay quien considera difícil encajar sus descubrimientos científicos y racionales con los dogmas no científicos de la religión y las primitivas concepciones de Dios.

Sin embargo, sospecho que la mayoría de la gente pertenece a otra categoría. No son ateos teóricos, sino ateos prácticos. No niegan la existencia de Dios con los labios, pero la niegan continuamente con sus vidas. Viven como si no hubiera Dios. Esta forma de borrar a Dios de la agenda de la vida puede haber sido muy bien un proceso inconsciente. Muchos hombres no dicen: «Me voy, Dios, ahora te dejo». Pero se hunden en las cosas de este mundo, son arrastrados inconscientemente por el oleaje creciente del materialismo y se quedan chapoteando en las confusas aguas del laicismo. El hombre moderno, viviendo en lo que ha sido llamado por el profesor Sorokin «una cultura sensitiva», sólo cree las cosas que pueden ser conocidas por medio de los cinco sentidos.

Pero este esfuerzo por subsistir en un universo centrado en el hombre conduce solamente a frustraciones más hondas. Reinhold Niebuhr dijo: «Desde 1914 se suceden los acontecimientos trágicos, como si la historia estuviera destinada a refutar las vanas ilusiones del hombre moderno». Surcamos los mares de la historia moderna como navíos sin brújula. No tenemos guía, ni sentido de la dirección. Dudamos de nuestras propias dudas y nos pregunta-

mos perplejos si, en realidad, y a pesar de todo, no hay alguna fuerza espiritual que sostenga disimuladamente la realidad.

A pesar de nuestras negaciones teóricas, tenemos experiencias espirituales que no pueden ser explicadas en términos materialistas. A pesar del culto al orden natural, sentimos una y otra vez la llamada de algo que nos maravilla de que el orden magnífico del universo sea el resultado de una acción combinada de protones y electrones. A pesar de nuestra desordenada reverencia por las cosas materiales, algo nos recuerda constantemente la realidad de lo invisible. Por la noche, contemplaremos las estrellas que iluminan el cielo como linternas oscilantes de eternidad. Quizás en algún momento creamos que lo vemos todo, pero algo nos recuerda que no vemos la ley de la gravitación que las mantiene allí arriba. Fascinados, contemplamos la belleza arquitectónica de alguna casa de Dios, pero algo nos recuerda pronto que nuestros ojos no pueden ver aquella catedral en su realidad total. No hemos podido ver dentro del espíritu del arquitecto que trazó los planos. Nunca podremos ver el amor y la fe de los individuos cuyos sacrificios hicieron posible la erección del edificio. Mirándonos unos a otros, pronto llegaremos a la conclusión de que nuestra percepción del cuerpo físico es una visión de todo lo que somos. Ahora que estáis mirando hacia el púlpito y observáis como predico este sermón, podéis concluir inmediatamente que veis a Martin Luther King. Pero entonces os dais cuenta de que sólo veis mi cuerpo, que por sí mismo no puede razonar ni pensar. No podréis ver nunca el «yo» que hace que sea yo, como yo no puedo ver el «vosotros» que hace que seáis vosotros. Este algo invisible, que llamamos personalidad, está más allá de nuestra visión física. Platón tenía razón al decir que lo visible es una sombra lanzada por lo invisible.

Dios aún se encuentra en su universo. Los avances tecnológicos y científicos no pueden borrarlo de la microscópica esfera del átomo ni de las dimensiones insondables del espacio interestelar. viviendo en un universo en el cual las distancias de algunos cuerpos celestes deben ser dadas en términos de algunos millones de años-luz, el hombre moderno exclama con el Salmista antiguo: «Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos; la luna y las estrellas, que tú has establecido... ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que de él te cuides?»⁴.

Quisiera instaros para que concedieseis prioridad a la búsqueda de Dios. Haced que su espíritu penetre en vuestro ser. Lo necesitaréis para responder a las dificultades y provocaciones de la vida. Antes de que la nave de vuestra vida ataque en el último puerto, habrán largas, arrolladoras tempestades, vientos rugientes y arrasadores, y mares tempestuosos que helarán el corazón. Si no tenéis una fe profunda y paciente en Dios, seréis impotentes para enfrentaros con los retrasos, engaños y vicisitudes que inevitablemente se

4 Sal 8, 4-5.

producen. Sin Dios, todos nuestros esfuerzos se vuelven ceniza, y nuestros amaneceres noches oscuras. Sin Él, la vida es un drama absurdo en el que faltan las escenas decisivas. Pero, con Él, podemos levantarnos por encima de valles agitados hacia alturas sublimes de paz interior y encontrar radiantes estrellas de esperanza en las profundidades de las noches más deprimentes de la vida. Como muy bien dice San Agustín: «Nos habéis creado para Vos, y nuestro corazón no descansará hasta que repose en Vos»⁵.

Un predicador muy experimentado fue a una facultad a hacer un sermón para graduados. Al terminar, paseó por el jardín hablando con unos asistentes al curso que se habían graduado. Habló con un joven brillante llamado Robert. La primera pregunta que dirigió a Robert fue: «¿Cuáles son tus planes para el futuro?» «De momento entrar en la Facultad de Derecho», dijo Robert. «¿Y después, Robert?», inquirió el predicador. «Bien —respondió Robert—; ne propongo casarme y fundar una familia, y después establecerme sólidamente en mi profesión de abogado». «¿Y qué más, Robert?», insistió el predicador. Robert replicó: «Debo declarar francamente que pienso ganar mucho dinero con el ejercicio de mi profesión legal para no tenerme que retirar demasiado tarde, y poder viajar por diversos países del mundo... Es una cosa que siempre he deseado hacer». «¿Y qué más, Robert?», añadió el predicador con una insistencia casi molesta. «Bien —acabó Robert—; pues estos son todos mis planes». Observando a Robert con una actitud que expresaba compasión y paternal interés, el predicador dijo: «Joven, tus planes son muy cortos. Todo lo más, pueden durar setenta o cien años. Debes hacer planes lo bastante dilatados para que comprendan a Dios y lo bastante amplios como para que abarquen la eternidad».

Es un consejo muy sensato. Sospecho que todavía muchos de nosotros estamos metidos en planes grandes en cantidad, pero pequeños en calidad, planes que se mueven en el sentido horizontal del tiempo y no en el vértice de la eternidad. También querría instaros para que vuestros planes fuesen tan amplios y extensos que las cadenas del tiempo no pudiesen inmovilizarlos. Dad vuestra vida —todo lo que tenéis y lo que sois— al Dios del universo, que no altera nunca sus designios.

¿Dónde se encuentra este Dios? ¿En un tubo de ensayo? No. ¿Dónde, si no en Jesucristo, Señor de nuestras vidas? Conociéndole a él, conocemos a Dios. No solamente Cristo es igual a Dios, sino que Dios es como Cristo. Cristo es el verbo hecho carne. Es el lenguaje de la eternidad traducido al lenguaje temporal. Si debemos saber cómo es Dios y entender sus designios respecto a la humanidad, debemos volvernos hacia Cristo. Abandonándonos totalmente a Cristo y a su hacer, participaremos en un maravilloso acto de fe que nos conducirá al verdadero conocimiento de Dios.

¿Qué consecuencia extraeremos de todo esto? Ámate a ti mismo, si esto significa interés racional y saludable hacia ti mismo. Ésta es la longitud de la vida. Ama al prójimo como a ti mismo. Esto te han mandado y esto es la latitud de la vida. Pero no olvides nunca que existe un primer mandamiento todavía más importante: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente»⁶. Ésta es la altura de la vida. Sólo mediante un desarrollo esforzado de todas las dimensiones podréis vivir una vida completa.

Gracias sean dadas a Dios porque Juan, hace ya muchos siglos, levantó los ojos al cielo y vio la nueva Jerusalén en toda su magnificencia. Quiera Dios que nosotros también tengamos esta visión y nos encaminemos con pasión inalterable hacia aquella ciudad de vida completa en la que la longitud, la latitud y la altura son iguales. Solamente llegando a esta ciudad podremos realizar nuestra auténtica esencia. Sólo alcanzando esta totalidad podremos ser verdaderos hijos de Dios.

6 Mt 22, 37.

10 Sueños destrozados

Espero veros al pasar, cuando vaya a España.

Rom 15,24.

Uno de los problemas más difíciles de nuestra experiencia humana es que pocos, o acaso ninguno de nosotros, vivimos para ver cómo se realizan nuestras más caras esperanzas: las esperanzas de nuestra infancia y las promesas de nuestros años adultos son sinfonías inacabadas. En una famosa pintura, George Frederic Watts retrata la esperanza en forma de una figura tranquila que, sentada en la cima de nuestro planeta, con la cabeza tristemente inclinada, pulsa la única cuerda intacta de su arpa. ¿Quién de nosotros no ha conocido la angustia de las esperanzas defraudadas y de los sueños frustrados?

En la carta de Pablo a los cristianos de Roma encontramos una vigorosa ilustración de este problema de las esperanzas frustradas: «Espero veros al pasar, cuando vaya a España». Una de las esperanzas más ardientes del Apóstol era llegar a España, el punto más extremo del mundo conocido hasta entonces, y desde donde podría predicar mejor el Evangelio cristiano. A su vuelta, pensaba mantener contacto personal con aquel animoso grupo de cristianos romanos. Cuanto más pensaba en esta feliz perspectiva, con más celeridad latía su corazón. Los preparativos se centraban en llevar el Evangelio a la capital de Roma y a España, el límite más alejado de todo el Imperio.

¡Qué esperanza tan luminosa se encendía en el corazón de Pablo! Pero nunca llegó a ir a Roma de la forma que imaginara. A causa de su intrépida fe en Cristo, fue llevado, eso sí, a Roma, pero en calidad de prisionero, y mantenido en cautiverio en una celda de la cárcel. Tampoco pisó nunca los polvorientos caminos de España, ni contempló sus montañas, ni pudo admirar la bulliciosa vida de sus costas. Murió, imaginamos, como un mártir de Cristo, en Roma. La vida de Pablo es el relato trágico de un sueño frustrado.

La vida nos muestra muchas experiencias similares. ¿Quién no ha emprendido el camino hacia alguna España distante, una meta magnífica o alguna realización espléndida, para acabar dándose cuenta de que el viaje o la empresa se acabarían mucho antes? No marchamos nunca como hombres libres por las calles de Roma; al contrario, las circunstancias decretan que vivamos confinados en pequeñas celdas. Una pequeña grieta se extiende a través de nuestra vida y una fisura irracional e imprevisible atraviesa la historia. Como Abraham, también nosotros vivimos en tierra de promisión, pero a

menudo no llegamos a convertirnos en «coherederos de la misma promesa»¹. El objeto siempre queda fuera de nuestro alcance.

Después de luchar año tras año por conseguir la independencia, Gandhi tuvo que presenciar una sangrienta guerra religiosa entre los hindúes y los musulmanes, y la subsiguiente división de la India y el Pakistán destruyó el deseo cordial que tenía de una nación unida. Woodrow Wilson murió antes de alcanzar su anhelo ideal de una Sociedad de Naciones. Muchos negros esclavos en América, después de haber suspirado apasionadamente por la libertad, han muerto antes de la emancipación. A pesar de rezar en el huerto de Getsemaní suplicando que pasara aquel cáliz, Jesús tuvo que beberlo hasta la más amarga última gota. Y el apóstol Pablo repetida y fervientemente rogaba que le fuera arrancada la espina de la carne, pero el dolor y el tormento continuaron hasta el fin de sus días. Los sueños frustrados son la característica de nuestra vida mortal.

I

Antes de determinar cómo debemos vivir en un mundo en el que nuestras mayores esperanzas no se satisfacen, debemos preguntar: «¿Qué debemos hacer en estas circunstancias?»

Una reacción posible consiste en concentrar todas nuestras frustraciones en un núcleo de amargura y resentimiento. La persona que sigue este camino, probablemente demostrará actitud perversa, un corazón frío y un odio concentrado hacia Dios, hacia los que conviven con él y hacia sí mismo. Como no puede huir de Dios ni de su vida, transforma su rencor ahogado en hostilidad contra los demás. Puede ser extremadamente cruel con su cónyuge e inhumano con sus hijos. En resumen, su característica más dominante es la perversidad. No quiere a nadie ni a nadie pide amor. No confía en nadie, no espera que los demás tengan confianza en él. Encuentra defectos en todo y en todos y se queja continuamente.

Una reacción de este tipo envenena el alma, arruina la personalidad y daña siempre a la persona que acoge este sentimiento con preferencia a los demás. La ciencia médica revela que enfermedades físicas como la artritis, la úlcera de estómago y el asma, a veces son estimuladas por resentimientos muy hondos. La medicina psicosomática, que trata de las enfermedades corporales que provienen de enfermedades mentales, demuestra que un profundo resentimiento puede desembocar en una dolencia física.

1 Hch 11, 9.

Otra reacción corriente por parte de personas que experimentan el marchitamiento de sus esperanzas es encerrarse completamente dentro de sí mismos y convertirse en introvertidos totales. No permiten que nadie entre en sus vidas y se niegan a entrar en las vidas de los demás. Estas personas abandonan la lucha por la existencia, pierden el gusto por la vida e intentan escapar levantando el espíritu hacia un reino trascendente de fría indiferencia. «Desapego» es el término que lo describe mejor. Demasiado interesados en el amor y desapasionados para odiar, demasiado deprimidos para ser egoístas e inanimados para ser generosos, demasiado apáticos para experimentar alegría y fríos para sentir dolor, no están ni vivos ni muertos. Simplemente, existen. Sin ojos no pueden ver las bellezas de la naturaleza; sin oídos son insensibles a la majestuosa melodía de la gran música, y sus manos no reaccionan ni al contacto de un niño pequeño. No les queda vivacidad; sólo el discurrir indiferente de la existencia vacía. Las esperanzas frustradas los conducen a un cinismo impotente, tal como nos lo describe Omar Khayyam:

La esperanza terrena en la que el hombre pone el corazón
se convierte en ceniza... o prospera; y, a veces,
como la nieve sobre la faz polvorienta del desierto,
suspira una o dos horas... y se funde².

Esta reacción se basa en una tentativa para escapar de la vida. Los psiquiatras sostienen que los individuos que intentan escapar de la realidad de sus personalidades se debilitan cada vez más hasta que se rompen. Ésta es una de las primeras causas de la personalidad esquizofrénica.

Una tercera forma de reaccionar ante las decepciones de la vida consiste en adoptar una filosofía fatalista, que proclama que todo lo que sucede tiene que suceder, y que los acontecimientos vienen determinados por la necesidad. El fatalismo implica que todo está ordenado de antemano y que es inevitable. Las personas que se adhieren a esta filosofía caen en una absoluta resignación ante lo que consideran su destino, y se tienen poco menos que por huérfanos desamparados lanzados a las terroríficas inmensidades del espacio. Como creen que el hombre no tiene libertad, no intentan deliberar ni tomar decisiones, sino que esperan pacientemente que las fuerzas externas decidan por ellos; nunca intentan modificar las circunstancias; como en las tragedias griegas, están controladas por fuerzas irresistibles y remotas. Algunos fatalistas son gente muy religiosa que imaginan a Dios como determinador y regulador del destino. Esta opinión está expresada en uno de nuestros himnos de Navidad:

2 *Rubáiyát of Omar Khayyám*, Estancia XVI.

Aunque sea oscuro mi camino y triste mi suerte,
seguiré en silencio y no murmuraré,
sino que musitaré la plegaria divina:
Hágase vuestra voluntad.

Los fatalistas, creyendo que la libertad es un mito, se abandonan en brazos de un determinismo paralizante que llega a la conclusión de que somos:

Peces inertes del juego que Él juega
sobre el tablero de los días y de las noches³.

y que no debemos preocuparnos por el futuro, porque:

El Dedo moviéndose escribe; y, una vez ha escrito,
pasa más allá; ni vuestra piedad ni vuestro ingenio
lo convencerán para suprimir media línea,
ni todas vuestras lágrimas borrarán una sola palabra⁴.

Hundirse en las arenas movedizas del fatalismo es paralizador tanto intelectual como psicológicamente. Puesto que la libertad forma parte de la esencia del hombre, negado la libertad, el fatalista se convierte en una marioneta y no en una persona. Tiene razón, evidentemente, en su convicción de que no existe la libertad absoluta y que ésta actúa siempre en el contexto de una estructura predestinada. La experiencia diaria enseña que el hombre es libre para ir hacia el norte, de Atlanta a Washington, o hacia el sur, de Atlanta a Miami, pero no hacia el norte de Miami o hacia el sur de Washington. La libertad se da siempre dentro del marco del destino. *Pero la libertad existe*. Somos al mismo tiempo libres y predestinados. La libertad es el acto de deliberar, decidir y responder dentro de nuestra naturaleza predestinada. Aunque el destino nos impida llegar a alguna España que nos atrae, tenemos capacidad para aceptar este desengaño. Pero el fatalismo bloquea al individuo y lo deja indefenso e inadaptado ante la vida.

Además, el fatalismo se basa en un concepto de Dios descorazonador, pero cualquier cosa, buena o mala, es considerada como representación de la voluntad de Dios. Una religión sana está por encima de la idea de que Dios quiere el mal. Incluso aunque Dios permita el mal para dejar a salvo la libertad del hombre, no es causa del mal. Lo que quiere es intencionado, y la idea de que Dios pueda tener la intención de que un niño nazca ciego o que un hombre sufra los efectos demoledores de la locura es una verdadera herejía

3 Id. LXIX.

4 Id. LXXI.

que nos presenta a Dios como un demonio, en lugar de como un Padre amoroso. Adoptar el fatalismo es un camino tan trágico y peligroso para resolver el problema de los sueños frustrados como lo son la amargura y el encerrarse en uno mismo.

II

Entonces, ¿cuál es la respuesta? La respuesta está en la aceptación voluntaria de las circunstancias no deseadas y desafortunadas aunque nos aferremos a una esperanza radiante, en la aceptación de una decepción limitada aunque nos aferremos a una esperanza infinita. No se trata de la aceptación lóbrega y amargada del fatalista, sino de la actitud positiva que se expresa en las palabras de Jeremías: «Ciertamente, es mi dolencia, debo soportarlo»⁵.

Debéis enfrentaros honradamente con vuestros sueños frustrados. Cualquier intento de eludir el problema procurando expulsar de vuestra mente el desengaño os llevaría a una represión peligrosa psicológicamente. Colocad vuestro fracaso en un lugar bien visible de vuestra mente y miradlo cara a cara. Y preguntaos: ¿Cómo puedo convertir en beneficio este valor negativo? ¿Cómo puedo, confinado en una lóbrega celda romana, imposibilitado para alcanzar la España de la vida, transformar esta prisión de ignominia en un puerto de sufrimiento redentor? Casi todo lo que nos sucede puede formar parte de los propósitos de Dios. Puede desarrollar nuestra simpatía, o romper nuestro orgullo egoísta. La cruz, querida por la maldad de los hombres, había sido tejida por Dios en el tapiz de la redención del mundo.

La mayoría de las personalidades influyentes del mundo han convertido las espinas en una corona de gloria. Charles Darwin, que padecía una enfermedad física crónica; Robert Louis Stevenson, atacado de tuberculosis, y Hellen Keller, sorda y ciega, no respondieron con acritud ni fatalismo, y por una voluntad dinámica han transformado las circunstancias negativas en bases positivas. El biógrafo de Georg Friedrich Haendel escribe:

Su salud y su fortuna habían llegado al punto más bajo. Parálítico del lado derecho y sin dinero. Los acreedores le acorralaban y amenazaban con la cárcel. Durante una temporada estuvo tentado a abandonar la lucha..., pero se recobró nuevamente para componer la más grande de todas sus obras, el épico Mesías.

5 Jr 10, 19.

El «Aleluya» nació, no en un bello paraje español, sino en una fea y angosta celda.

¡Cuántas veces hemos de ver cómo el deseo de ir a España termina en una cárcel romana, y qué pocas veces sucede que las cenizas de una esperanza frustrada se conviertan en oportunidades de servir a los propósitos de Dios! Y, sin embargo, el vivir con dinamismo comporta siempre victorias sobre uno mismo y sobre la propia situación.

Nosotros, los negros, hemos soñado durante mucho tiempo en la libertad, pero todavía seguimos confinados en una prisión ignominiosa de segregación y discriminación.

¿Debemos responder con acritud y cinismo? Evidentemente, no, porque esto destruiría y envenenaría nuestras personalidades. Llegados a la conclusión de que la segregación es voluntad de Dios, ¿debemos resignarnos a la opresión? Claro que no, porque es atribuir de forma blasfema a Dios lo que pertenece al diablo. Cooperar pasivamente con un sistema injusto convierte al oprimido en un ser tan malvado como el opresor. La conducta más provechosa es mantenernos firmes con determinación y valentía, avanzar sin violencia entre obstáculos e inconvenientes, aceptar los desengaños y aferrarnos a la esperanza. Nuestra decidida negativa a ser detenidos nos abrirá un día las puertas del éxito. Pero aun en la cárcel de la segregación debemos preguntar: «¿Cómo puedo transformar este valor negativo en valor positivo?» Reconociendo la necesidad de sufrir por una causa justa, conseguiremos posiblemente nuestra máxima talla humana. Para preservarnos de la amargura, debemos ver en las pruebas de esta generación la oportunidad de transformarnos a nosotros mismos y a la sociedad americana. Nuestro sufrimiento actual y nuestra lucha pacífica por ser libres pueden ofrecer a la civilización occidental el dinamismo espiritual que tan desesperadamente necesita para sobrevivir.

Naturalmente, algunos moriremos sin ver realizada la esperanza de la libertad, pero tenemos que seguir navegando por la ruta prevista. Debemos aceptar el desengaño finito, pero sin perder nunca la esperanza infinita. Sólo así viviremos plenamente, sin acritud ni rencor.

Éste fue el secreto de la supervivencia de nuestros antepasados esclavos. La esclavitud es un asunto bajo, duro e inhumano. Los esclavos traídos de África fueron separados de sus familias y encadenados en los barcos como si fueran bestias. No hay nada más trágico que verse separado brutalmente de la familia, de la lengua y de las propias tradiciones. En muchísimos casos, los maridos fueron separados de sus mujeres, y los hijos de los padres. Cuando las mujeres se veían obligadas a satisfacer los instintos biológicos de los amos blancos, los maridos esclavos estaban imposibilitados para intervenir. Pero a pesar de crueldades indecibles, nuestros antepasados sobrevivieron. Cuando un nuevo amanecer sólo ofrecía las balas de algodón alineadas, el calor agobiante, el látigo del capataz de cada día, aquellos hombres y aquellas mujeres

valientes soñaban en días mejores. No les quedaba otro remedio que aceptar el hecho de la esclavitud, pero se aferraban tenazmente a la esperanza de la libertad. En una situación tan desesperada, formaban en su alma un optimismo creador que los fortalecía. Su impenetrable vitalidad transformaba la oscuridad de la frustración en el fulgor de la esperanza.

III

La primera vez que volé de Nueva York a Londres lo hice en un avión a hélice que tardaba nueve horas y media en recorrer un trayecto que, hoy, un «jet» cubre en seis horas. Al volver de Londres a Estados Unidos me dijeron que la duración del vuelo sería de doce horas y media. La distancia era la misma. ¿Por qué tres horas más? Cuando el piloto entró en el compartimiento de pasajeros para saludarnos, le rogué que me explicase en qué consistía la diferencia de tiempo. «Debe usted saber algo sobre los vientos. Cuando dejamos Nueva York, teníamos el viento a favor, pero al volver tenemos el mismo viento en contra». Después añadió: «No se preocupe. Estos cuatro motores se ríen del viento». En la vida, a veces, nos alcanzan los vientos a favor de la alegría, el triunfo y las realizaciones, y otras veces son los vientos en contra del fracaso, la aflicción y la tragedia los que nos sacuden furiosamente. ¿Dejaremos que nos derriben los vientos adversos mientras atravesamos el enorme Atlántico de la vida, o se sostendrán los motores internos espirituales a pesar del viento en contra? Nuestra negativa a ser detenidos, la «valentía de ser», la determinación de continuar «a pesar de», revelan la imagen divina que hay en nosotros. El hombre que ha hecho este descubrimiento sabe que no puede dominarle ninguna carga, ni ningún viento en contra podrá ahuyentar su esperanza. Es capaz de resistir todo lo que se presente.

Evidentemente, el apóstol Pablo poseía esta «valentía de ser». Su vida fue una sucesión de contrariedades. A su alrededor sólo había planes fracasados y sueños destruidos. A pesar de planear el viaje a España, fue encarcelado en un calabozo romano. Aunque esperaba ir a Bitinia, fue desviado hacia Troas. Su combativa misión por Cristo se midió «muchas veces en viaje, me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos»⁶. ¿Acaso permitió que le pudiesen estas contrariedades? «Pues aprendí», dice, «a bastarme con lo que tengo»⁷. Esto no quiere decir que Pablo tuviese que ser complaciente, pues no hay nada en su vida que lo caracterice como un tipo complaciente. En su *Decadencia y Caída*

6 2 Cor 11, 26.

7 Flp 4, 11.

del Imperio romano, Edward Gibbon hace constar: «Pablo ha hecho más que cualquier otro hombre por promover la idea de la libertad y decisión en la civilización occidental». ¿Quiere esto significar complacencia? Tampoco aprendió a resignarse ante el destino inescrutable. Al descubrir la diferencia entre tranquilidad espiritual y accidentes externos de la circunstancia, Pablo aprendió a mantenerse firme, sin desesperar, en medio de las adversidades de la vida.

Al hacer este descubrimiento, también nosotros podemos ser, como Pablo, destinatarios de aquella verdadera paz «que sobrepuja todo entendimiento»⁸. La paz, tal como el mundo la entiende comúnmente, llega cuando el cielo de verano se aclara y el sol brilla con todo su esplendor, cuando la cartera está llena, cuando el espíritu y el cuerpo están libres de dolor y malestar, y cuando se han alcanzado las costas de España. Sin embargo, ésta no es la verdadera paz. La paz de la que hablaba Pablo se refiere a la calma del espíritu en medio de los terrores de la angustia, tranquilidad interna entre los rugidos y el furor de las tempestades externas, quietud serena en medio de un huracán desencadenado. Entendemos el significado de la paz cuando todo marcha bien y todo «nos cuadra», pero nos sentimos desconcertados cuando Pablo habla de la paz verdadera que llega cuando «el hombre las pasa moradas», cuando los fardos pesan sobre sus espaldas, cuando el dolor punzante atraviesa su cuerpo, cuando está confinado entre las paredes de piedra de un calabozo y cuando el desengaño se convierte fatalmente en realidad. La verdadera paz, una calma superior a cualquier descripción y explicación, es la paz en medio de la tempestad y la tranquilidad en medio del desastre.

Por la paz podemos heredar el legado de Jesús. «Mi paz os dejo, mi paz os doy»⁹. Pablo, en Filipo, encarcelado en un calabozo oscuro y desolado, con el cuerpo ensangrentado y apaleado, encadenados sus pies y cansado de espíritu, cantaba alegremente a medianoche los cantos de Sión.

Los primitivos cristianos se sentían alegres ante los hambrientos leones del anfiteatro y en el dolor agonizante de la mesa de tortura se alegraban de haber podido sufrir por Cristo. Los esclavos negros, doloridos hasta los huesos por el calor agobiante y con los cortes de los recientes latigazos en la espalda, cantaban triunfalmente: «Poco a poco iré deshaciéndome de este pesado fardo». Son ejemplos vivos de la paz que supera toda comprensión.

La posibilidad de tratar en forma constructiva los sueños frustrados viene determinada en último término por nuestra fe en Dios. La fe germina, nos imprime la convicción de que más allá de la vida existe otra vida. Por descorazonadoras y catastróficas que sean las circunstancias presentes, sabemos que no estamos solos, pues Dios habita con nosotros en los calabozos más

8 Flp 4,7.

9 Jn 14, 27.

opresivos y angostos. Y, aunque algunos muramos sin haber recibido la promesa terrena, nos llevará por aquellos misteriosos caminos que llamamos muerte hasta llegar a la ciudad imponderable que nos tiene preparada. Su poder creador no se acaba en esta vida terrena, ni su amor majestuoso se incluye en las murallas limitadas del tiempo y del espacio. ¿Sería racional este universo si Dios no reuniera en sí mismo la virtud y la plenitud? ¿No diríamos acaso que es un universo absurdamente incomprensible si la muerte fuera ciega avenida que condujese a la raza humana a la nada? Dios, por medio de Cristo, ha quitado su aguijón a la muerte, liberándonos de su dominación. La vida terrena es un prelude a aquel glorioso nuevo despertar, y la muerte es una puerta abierta que nos permite el paso a la vida eterna.

La fe cristiana nos posibilita para aceptar noblemente lo que no se puede cambiar, para recibir los desengaños y aflicciones con equilibrio interior y resistir los dolores más intensos sin abandonar nuestro sentimiento de esperanza, pues sabemos, como Pablo testimoniaba, en la vida o en la muerte, en España o en Roma, «Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son llamados»¹⁰.

10 Rm 8, 28.

11 ¿Qué es el hombre?

¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que de él te cuides?

*Y lo has hecho poco menor que Dios¹;
le has coronado de gloria y honor*

Sal 8,5-6.

Cualquier estructura política, social y económica de una sociedad está en gran manera determinada por la respuesta que da a esta cuestión vital. De hecho, el conflicto que presenciamos entre totalitarismo y democracia se centra fundamentalmente en estas cuestiones: el hombre, ¿es una persona o es un muñeco? ¿Es un diente de una rueda estatal o un ser libre, creador, capaz de aceptar responsabilidades? Esta cuestión es tan antigua como el hombre primitivo y tan nueva como el periódico de esta mañana. Incluso aunque en la formulación de la pregunta hay una gran unanimidad, a la hora de contestarla surge el más agudo desacuerdo.

Los que creen en el hombre en términos puramente matemáticos argumentan que es simplemente un animal, un mínimo objeto en el organismo enorme y siempre mutable que llaman naturaleza, que es totalmente inconsciente e impersonal. Toda la vida de un hombre puede explicarse por la materia en movimiento. Un sistema de pensamiento como éste afirma que la conducta del hombre está físicamente determinada y que la inteligencia sólo es un producto del cerebro.

Los que adoptan la explicación materialista del hombre son arrastrados a menudo a las cámaras oscuras del pesimismo. Muchas veces estamos de acuerdo con un escritor moderno que escribe: «El hombre es un accidente cósmico, una enfermedad de este planeta, que tardará en desaparecer», o con Jonathan Swift, que escribía: «El hombre es la variedad de gusano más dañina que la naturaleza haya tenido que soportar sobre la faz de la tierra»².

El humanismo es otra de las respuestas frecuentes que se da a la pregunta «¿Qué es el hombre?»³. Al no creer en Dios ni en la existencia de ningún poder sobrenatural, el humanista afirma que el hombre es la forma más

1 Literalmente, los dioses. Se refiere a seres celestiales, llamados ángeles por la tradición (N. del T.)

2 *Viajes de Gulliver: Viaje a Brobdingnag*, cap. VI.

3 Ese punto se desarrolla en el cap. VII, «El hombre necio».

alta de ser que haya evolucionado en el universo natural. Frente al materialismo pesimista, el humanista adopta un optimismo alegre, exclamando con Hamlet:

¡Qué gran obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble es su razón! ¡Sus facultades son infinitas! ¡En forma, en movimiento, qué expresivo y admirable! ¡En acción, qué parecido a los ángeles! ¡En comprensión es un dios! ¡La belleza del mundo! ¡El modelo de los animales! ⁴.

Intentando mostrarse algo más realista respecto al hombre, otros intentan reconciliar las verdades de los dos extremos evitando los excesos de ambos. Sostienen que la verdad sobre el hombre no se encuentra en la tesis del materialismo pesimista ni en la antítesis del humanismo optimista, sino en una síntesis superior. El hombre no es un malvado ni un héroe; podríamos decir que es ambas cosas a la vez. El realista está de acuerdo con Carlyle en que «existen abismos en el hombre que superan a lo más profundo del infierno, y alturas que igualan al mismo cielo, ¿no están hechos precisamente el cielo y la tierra de este misterio y milagro eternos que es el hombre?»

Hace muchos siglos que el Salmista captó la inmensidad del sistema solar. Se extasió ante la belleza radiante de la luna y de las estrellas, colgadas como faroles de la eternidad. Mientras contemplaba el enorme despliegue del orden cósmico, recordó la antigua y familiar pregunta: «¿Qué es el hombre?» La respuesta surgió en toda su verdad creadora: «Lo has hecho poco menor que Dios, le has coronado de gloria y honor».

Estas palabras nos servirán de base para descubrir una realista y cristiana visión del hombre.

I

En primer lugar, el punto de vista cristiano reconoce que el hombre es un ser biológico con un cuerpo físico. En este sentido es un animal. Así lo dice el Salmista: «Lo has hecho poco menor que Dios». No imaginamos a Dios como un ser en posesión de un cuerpo. Dios es un ser de espíritu puro, por encima de las categorías del tiempo y del espacio; pero el hombre, siendo menor que Dios, está involucrado en las limitaciones del tiempo y del espacio. Está en la naturaleza y nunca puede desmentir su relación con ella.

El Salmista continúa diciendo que Dios hizo al hombre de esta manera. Al ser esto cierto, nada existe en la naturaleza creada del hombre esencial-

4 *Hamlet*, acto II, escena 2.

mente erróneo, pues leemos en el libro del Génesis que todo lo que hizo Dios estaba bien hecho. Nada de infamante hay en la realidad de poseer un cuerpo. Esta aseveración es uno de los puntos que permiten distinguir la doctrina cristiana del hombre de la doctrina griega. Siguiendo la influencia de Platón, los griegos creían que el cuerpo es malo intrínsecamente y que el alma no alcanzará nunca la plenitud hasta que no se libere de la prisión corporal. Por otra parte, el cristianismo sostiene que en la voluntad, y no en el cuerpo, está el principio del mal. Para el pensamiento cristiano, el cuerpo es tan sagrado como significativo.

En cualquier doctrina realista del hombre debemos sentir un interés constante por su bienestar material y físico. Cuando Jesús dijo que no sólo de pan vive el hombre, no decía que el hombre pudiera vivir sin pan. Como cristianos, no debemos pensar en «mansiones celestiales», sino también en las barracas y *ghettos* que esclavizan el alma humana; no sólo en avenidas celestiales «por donde corren la leche y la miel», sino también en los millones de personas de este mundo que cada noche se van a dormir hambrientos. Cualquier religión que se preocupe por los hombres y deje de preocuparse por las condiciones sociales que corrompen y las condiciones económicas que paralizan el alma, es una religión inactiva, falta de sangre. Una religión como ésta no se da cuenta de que el hombre es un animal que tiene necesidades físicas y materiales.

II

Pero no debemos detenernos en esto. Algunos pensadores no superan nunca el límite que considera que el hombre es un animal. Por ejemplo, los marxistas, siguiendo una teoría del materialismo dialéctico, sostienen que el hombre es meramente un animal que produce, que se procura la subsistencia, y cuya vida está determinada en gran medida por fuerzas económicas. Otros pretenden que toda la vida del hombre no es sino un proceso material con un significado materialista.

¿Es posible definir al hombre en términos tan superficiales? ¿Podemos explicar el genio literario de Shakespeare, el genio musical de Beethoven y el genio artístico de Miguel Ángel en términos materialistas? ¿Podemos explicar el genio espiritual de Jesús de Nazaret en términos materialistas? ¿Podemos explicar el misterio y la magia del alma humana en términos materialistas? ¡Ah, no! Dentro del hombre hay algo que no puede explicarse en términos químicos y biológicos, pues el hombre es algo más que una minúscula fantasía de electrones en movimiento.

Esto nos lleva a un segundo punto, que debemos incluir en la doctrina cristiana del hombre. El hombre es un ser espiritual. Eleva «la escala de sus

conceptos» al mundo maravilloso del pensamiento. La conciencia habla en él y le recuerda cosas divinas. Esto es lo que quiere significar el Salmista cuando dice que el hombre está coronado de gloria y honor.

Esta cualidad espiritual le otorga la capacidad única de vivir en dos niveles. Está en la naturaleza, pero por encima de ella; está en el espacio y en el tiempo, pero por encima del espacio y del tiempo. El hombre puede hacer cosas que los animales inferiores no podrían. Puede pensar un poema y escribirlo; puede imaginar una sinfonía y componerla; puede pensar en una gran civilización y realizarla. Debido a esta capacidad, no está totalmente sometido al espacio ni al tiempo. Puede ser un John Bunyan, encarcelado en la prisión de Bedford, cuyo espíritu trasciende más allá de las rejas y produce *La marcha del peregrino*. Puede ser un Haendel, próximo al crepúsculo de la vida, casi ciego, pero levantando la mente hacia los imperios celestes y transcribiendo los cantos jubilosos y los suspiros suavísimos del gran *Mesías*. Por su capacidad para razonar, su memoria y el don de la imaginación, el hombre trasciende al tiempo y al espacio. Tan maravillosa como las estrellas es la mente del hombre que las estudia.

Esto es lo que quiere decir la Biblia al afirmar que el hombre está hecho a semejanza de Dios. La *imago dei* ha sido interpretada por diversos pensadores en términos de analogía, correspondencia, razón y conciencia. Una expresión convincente de la superior naturaleza espiritual del hombre es su libertad. El hombre es hombre porque tiene libertad para obrar dentro del marco del destino. Es libre para deliberar, para tomar decisiones y escoger entre varias alternativas. Se distingue de los animales por su libertad de hacer el bien o el mal y emprender al alto camino de la belleza o arrastrarse por el camino de la degeneración.

III

Para no ser víctima de una ilusión nacida de la superficialidad, tendríamos que decir que nos equivocamos al suponer que el hombre, por estar hecho a imagen de Dios, es básicamente bueno. Siguiendo su excesiva inclinación al mal, el hombre ha desfigurado terriblemente la imagen de Dios.

No nos gusta que digan que el hombre es un pecador. Nada hay que hiera más el orgullo del hombre moderno. Hemos intentado desesperadamente encontrar otras palabras —error de la naturaleza, ausencia de bien, falso concepto de espíritu— para explicar el pecado del hombre. Recurriendo a la psicología del subconsciente, para quitarle importancia al pecado, decimos que es el resultado de conflictos e inhibiciones interiores, o una batalla entre los impulsos instintivos y el *super-ego*. Estos conceptos sólo sirven para recordarnos que dentro de la naturaleza humana existe una trágica y triple enaje-

nación por la que el hombre se separa de sí mismo, de sus convecinos y de Dios. En la voluntad del hombre existe una corrupción.

Cuando dejamos nuestras vidas desnudas a la indagación de Dios, admitimos que mentimos, incluso cuando conocemos la verdad; sabemos cómo ser justos, pero somos injustos; sabemos que tendríamos que amar, pero odiamos; nos encontramos en una encrucijada de la ruta y, sin embargo, escogemos deliberadamente el camino indigno. «Todos nosotros, como ovejas, andábamos errantes»⁵.

El pecado del hombre lleva a tan profundas negaciones en su vida colectiva, que Reinhold Niebuhr pudo escribir un libro titulado *Hombre moral y sociedad inmoral*. El hombre colectivizado en el grupo, la tribu, la raza y la nación se hunde muchas veces en una barbarie inconcebible incluso en animales inferiores. Vemos la trágica expresión de la sociedad inmoral en la doctrina de la supremacía blanca, que lanza millones de hombres negros al abismo de la explotación, y en los horrores de dos guerras mundiales que han dejado los campos de batalla inundados de sangre, deudas nacionales que equivalen a montañas de oro, hombres sociológicamente descentrados e incapacitados físicamente, y naciones llenas de viudas y huérfanos. El hombre es un pecador que necesita la gracia del perdón de Dios. Esto no es pesimismo negativo; es auténtico realismo cristiano.

A pesar de la tendencia del hombre a vivir en niveles bajos y degradantes, hay algo que le recuerda que no puede estar hecho para esto. Mientras se arrastra por el polvo, hay algo que le recuerda que está hecho para las estrellas. Cuando se une a la locura, una voz interior le recuerda que ha nacido para la eternidad. La mano de Dios, que no nos deja, es la que no permitirá que nos sintamos bien haciendo el mal, ni que nos sintamos naturales perpetrando actos innaturales. Jesús hablaba de un muchacho que dejó su casa y llegó hasta un país lejano donde, de aventura en aventura y de sensación en sensación, buscó la vida. Pero no llegó nunca a encontrarla; sólo encontró decepción y soledad. Cuanto más se alejaba de la casa de su padre, más cerca estaba de la casa de la desesperación. Cuando más hacía lo que quería, menos le gustaba lo que hacía. En lugar de llevarlo a una tierra inundada con la leche de la felicidad, el viaje del hijo pródigo acabó junto a una pira de cerdos. Esta parábola nos recordará eternamente que el hombre ha sido creado para la casa del Padre y que cualquier huida a un país lejano sólo produce desengaño y añoranza.

Gracias a Dios, la parábola dice más. El hijo pródigo no era el mismo cuando dejó la casa del padre o cuando soñaba que el placer era la finalidad de la vida. Sólo cuando se decidió a volver a casa y ser otra vez un hijo, recobró su sentido. Encontró a un padre amoroso que extendía los brazos, con un

5 Is 53, 6.

corazón desbordante de alegría. Cuando el alma retorna a su casa verdadera, siempre hay alegría.

El hombre se ha desviado hacia lejanos países de laicismo, materialismo, sexualismo e injusticia racial. Su viaje ha originado una hambre moral y espiritual en la civilización occidental. *Pero todavía no es demasiado tarde para volver a casa.*

El Padre del cielo habla hoy a la civilización occidental: «En el lejano país del colonialismo, más de mil seiscientos millones de hermanos de color han sido dominados políticamente, explotados económicamente y desprovistos de su sentimiento de dignidad personal. Replegaos en vosotros mismos y volved a vuestra auténtica casa de justicia, libertad y fraternidad, y os acogeré con los brazos abiertos». Con la misma urgencia habla Dios a América: «En el lejano país de la segregación y de la discriminación, habéis oprimido a diecinueve millones de hermanos negros, ligándolos económicamente y encerrándolos en el *ghetto*, los habéis privado de su respeto y de su propia dignidad, haciéndoles tener la sensación de que no son nadie. Volved a vuestra verdadera casa de democracia, fraternidad y paternidad en Dios, y yo os dejaré entrar y os daré una nueva oportunidad de ser realmente una gran nación».

Como individuos y como humanidad, nos damos cuenta de que estamos hechos para algo alto, noble y bueno, y que nuestra auténtica misión está en la voluntad del Padre. Escojamos, pues, el camino que conduce a la vida abundante.

A todos los hombres se les abre
un camino, y caminos y un camino,
y el alma elevada se dirige por el camino alto,
y el alma baja escoge el camino bajo,
y, en medio, en las nubladas planicies,
caminan los demás sin rumbo fijo.
Pero a todos los hombres se les abren
un camino alto y otro bajo,
y cada hombre decide
el camino que emprenderá su alma⁶.

Dios quiera que escojamos el camino alto, y que, en cualquier momento y en cualquier lugar nos conozcamos como hombres coronados de gloria y majestad.

6 «Los caminos», de *Selected Poems of John Oxenham*.

12 El Cristiano y el Comunismo

Como agua impetuosa se precipitará el juicio; como torrente que no se seca, la justicia

Am 5,24.

Pocas cuestiones exigen una discusión más completa y serena que la planteada por el comunismo. Cualquier ministro cristiano debería sentirse obligado a hablar a su pueblo sobre tema tan discutido, por lo menos por tres razones.

La primera razón reconoce que la influencia enorme del comunismo, como una corriente poderosa, se ha extendido por Rusia, China y Europa Oriental, y, ahora, incluso por nuestro hemisferio. Casi mil millones de personas creen en su doctrina, y un gran número lo reciben como una nueva religión a la que se abandonan por completo. Una fuerza como ésta no puede ser ignorada.

La segunda razón es que el comunismo es el único rival serio del cristianismo. Religiones tan extendidas como el judaísmo, el budismo, el hinduismo y la mahometana son posibles alternativas del cristianismo, pero cualquiera que vea con claridad los terribles hechos del mundo moderno no negará que el comunismo es el más directo rival del cristianismo. La tercera razón es que es innoble y evidentemente acientífico condenar un sistema antes de conocer lo que enseña y porqué está equivocado. Permitidme que os exponga claramente la premisa básica de este sermón: el comunismo y el cristianismo son fundamentalmente incompatibles. Un verdadero cristiano no puede ser un auténtico comunista, pues ambas doctrinas son antitéticas y ninguna lógica dialéctica puede reconciliarlas. ¿Por qué?

I

En primer lugar, el comunismo se basa en una visión materialista y humanista de la vida y de la historia. Según la teoría comunista, es la materia y no el espíritu o el intelecto lo que dice la última palabra en el universo. Una filosofía así se declara laica y atea. Según ella, Dios es una ficción imaginaria, la religión es producto del miedo y de la ignorancia, y la Iglesia es una invención de los gobernantes para controlar a las masas. Además, el comunismo, como el humanismo, se nutre de la gran ilusión de que el hombre, sin ayuda de ningún poder divino, puede salvarse y dar paso a la nueva sociedad:

Lucho completamente solo, y, gane o pierda,
no necesito a nadie para ser libre;
no necesito a Jesucristo para pensar,
ni tampoco para que muera por mí.

Ateísmo frío, disfrazado de materialismo, el comunismo no deja lugar a Dios o a Cristo.

El núcleo de la fe cristiana contiene la afirmación de que existe un Dios en el universo que es el fundamento y esencia de toda la realidad. Ser de amor infinito y poder ilimitado, Dios es el Creador, sustentador y conservador de valores. En oposición al materialismo ateo del comunismo, el cristianismo plantea un idealismo teístico. La realidad no puede explicarse por la materia en movimiento o por la acción y reacción de las fuerzas económicas. El cristianismo afirma que en el núcleo de la realidad existe un Corazón, un Padre amoroso que trabaja a lo largo de la historia para la salvación de sus hijos. El hombre no puede salvarse a sí mismo; pues el hombre no es la medida de todas las cosas, y la humanidad no es Dios. Encadenado por su propio pecado y finitud, el hombre necesita un Salvador.

En segundo lugar, el comunismo está basado en un relativismo ético y no acepta los valores morales absolutos y estables. Bueno y malo son entendidos en relación con los métodos más convenientes para conducir a la lucha de clases. El comunismo explota la espantosa filosofía de que el fin justifica los medios. Enuncia románticamente la teoría de una sociedad sin clases, pero los métodos para llegar a conseguir este noble objetivo son muy a menudo innoles. Mentira, violencia, asesinato y tortura son considerados medios adecuados para alcanzar la meta dorada. ¿Es una acusación injusta? Escuchemos las palabras de Lenin, el táctico real de la teoría comunista: «Debemos estar decididos a utilizar la traición, el engaño, la ilegalidad, la ocultación y el enmascaramiento de la verdad». La historia moderna ha conocido muchas noches de pesadilla y días de horror porque los discípulos de Lenin tomaron en serio esta declaración.

En contraste con el relativismo ético del comunismo, el cristianismo presenta un sistema de valores morales absolutos y afirma que Dios ha puesto dentro de la misma estructura de este universo ciertos principios morales fijos e inmutables. El imperativo de la ley del amor es la norma de todas las acciones del hombre. Y aún más, el cristianismo auténtico se niega a vivir de acuerdo con una filosofía de «el fin justifica los medios». Los medios destructivos no pueden conducir a un fin constructivo, porque los medios representan el ideal de la acción y ya llevan el fin en embrión. Los medios inmorales no pueden producir fines morales, pues los fines preexisten en los medios.

En tercer lugar, el comunismo atribuye un valor fundamental al Estado. El hombre está hecho para el Estado y no el Estado para el hombre. Se nos

podrá objetar que, en la teoría comunista, el Estado es una «realidad provisional» que desaparecerá en cuanto se produzca la sociedad sin clases. Así..., en teoría; pero también es verdad que mientras exista, el Estado es el fin. El hombre es un medio para aquel fin. El hombre no tiene derechos inalienables. Sus únicos derechos se derivan del Estado y le vienen conferidos por él. Bajo este sistema, las fuentes de la libertad se secan. Se restringen las libertades de prensa y reunión, la libertad de votar, leer y escuchar. Arte, religión, educación, música y ciencia caen bajo el inutilizador juego del control gubernamental. Es necesario que el hombre sea un servidor pasivo del Estado omnipotente.

Todo esto va en contra, no solamente de la doctrina cristiana de Dios, sino también de la valoración cristiana del hombre. El cristianismo insiste en que el hombre es un fin, porque es hijo de Dios, hecho a imagen de Dios. El hombre es algo más que un animal productor guiado por fuerzas económicas; es un ser espiritual, coronado de gloria y majestad, provisto del don de la libertad. La debilidad esencial del comunismo es desconocer en el hombre aquella cualidad por la que es hombre. El hombre, dice Paul Tillich, es hombre porque es libre. Esta libertad se expresa en la capacidad del hombre para deliberar, para decidir y actuar. Bajo el comunismo, el alma individual está encadenada al conformismo, su espíritu es prisionero de la fidelidad al partido. El hombre es despojado de la conciencia y de la razón. El problema del comunismo consiste en no tener teología ni cristología; en consecuencia, aparece con una antropología muy confusa. Confuso respecto a Dios, es confuso también respecto al hombre. A pesar de sus doradas palabras sobre el bienestar de las masas, los métodos comunistas y la filosofía del comunismo arrancan al hombre su dignidad y su valía y le dejan casi como si fuera una rueda despersonalizada del engranaje siempre activo y poderoso del Estado.

Es evidente que todo esto no armoniza en absoluto con el punto de vista cristiano de las cosas. No debemos engañarnos. Estos sistemas de pensamiento son demasiado contradictorios para reconciliarse; representan visiones del mundo e ideas sobre su transformación totalmente opuestas. Como cristianos, debemos rogar constantemente por los comunistas, pero como verdaderos cristianos, no podemos tolerar la filosofía del comunismo. Ahora bien, hay algo en el espíritu y en la amenaza del comunismo que nos desafía. El difunto arzobispo de Canterbury, William Temple, se refería al comunismo como si fuera una herejía cristiana. Quería decir que el comunismo se había amparado en algunas verdades esenciales de la visión cristiana de las cosas, a pesar de haber teorías y prácticas, en conexión con éstas, que ningún cristiano podría aceptar nunca.

II

La teoría del comunismo —pero no la práctica, evidentemente— nos desafía a preocuparnos más de la justicia social. A pesar de sus falsos presupuestos y métodos malévolos, el comunismo surgió como una protesta contra la injusticia e indignidades infligidas a los desposeídos. El *Manifiesto Comunista* fue redactado por hombres apasionados por la justicia social. Karl Marx, nacido de padres judíos provenientes de raíz rabínica, y educado en las Sagradas Escrituras, como era lógico, no pudo olvidar nunca las palabras de Amós: «Como agua impetuosa se precipitará el juicio; como torrente que no se seca, la justicia». Los padres de Marx adoptaron el cristianismo cuando él tenía seis años, y así añadieron a la herencia del Antiguo Testamento la del Nuevo. A pesar de su ulterior ateísmo y anticlericalismo, Marx no pudo olvidar del todo el interés de Jesús por «los más pequeños de éstos». En sus escritos se convierte en paladín de la causa de los pobres, los explotados y los desheredados.

En teoría, el comunismo insiste en una sociedad sin clases. A pesar de que el mundo conoce la triste experiencia de que el comunismo ha creado nuevas clases y un nuevo léxico de injusticia, en su formulación teórica prevee una sociedad mundial que trasciende las superficialidades de la raza y color, clase y casta. La afiliación al partido comunista no viene, en teoría, determinada por el color de la piel, ni por la calidad de la sangre de las venas.

Los cristianos están obligados a admitir cualquier preocupación apasionada por la justicia social. Esta preocupación se basa en la doctrina cristiana de la paternidad de Dios y la humanidad del hombre. Los Evangelios abundan en expresiones de preocupación por el bienestar de los pobres. Escuchemos las palabras del Magnificat: «Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos»¹. Ningún comunista doctrinario expresó nunca una pasión por los pobres y oprimidos como la que encontramos en el Manifiesto de Jesús, cuando afirma: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor»².

Los cristianos tienen también obligación de admitir el ideal de una unidad mundial en la que todas las barreras de casta y color sean abolidas. El cristianismo repudia el racismo. El universalismo de gran alcance que hay en el Evangelio hace formalmente injustificables tanto la teoría como la práctica de la injusticia racial. El prejuicio racial es una negación fragante de la unidad que

1 Lc 1, 52-53.

2 Lc 4, 18-19.

tenemos en Cristo, porque en Cristo no hay judíos o gentiles, libres o esclavos, negros o blancos.

A pesar de las nobles afirmaciones del cristianismo, la Iglesia ha permitido que su interés por la justicia social fuera debilitándose, e incluso, demasiado, se han contentado con poner en los labios piadosas excusas y trivialidades devotas. Se ha dejado absorber por un bien futuro «allí arriba» hasta olvidar los males presentes de «aquí abajo». Con todo, la Iglesia está obligada a dar testimonio del Evangelio de Jesucristo en la situación social dada. Tenemos que llegar a comprender que el Evangelio cristiano es un camino de doble dirección. Por una parte, intenta cambiar las almas de los hombres y, de este modo, unirlos a Dios; por otra, intenta cambiar las condiciones ambientales del hombre, de forma que el alma tenga una oportunidad después del cambio. Cualquier religión que declara estar interesada en las almas de los hombres y no se preocupa de las condiciones económicas y sociales que los esclavizan y de las condiciones sociales que los inmovilizan es del tipo de lo que Marx denomina «opio del pueblo».

La honradez también nos empuja a admitir que la Iglesia no ha estado a la altura de su misión social en la cuestión de la injusticia racial. En este terreno ha abandonado a Cristo de forma lamentable. Este abandono se debe no sólo al hecho de que la Iglesia se haya quedado dolorosamente silenciosa y desastrosamente indiferente en el caso de las relaciones raciales, sino todavía más al hecho de que a menudo ha participado de forma activa para elaborar y cristalizar los patrones del sistema de raza y de casta. El colonialismo no se hubiera perpetuado si la Iglesia cristiana se hubiera enfrentado directamente con él. Uno de los defensores del vicioso sistema del *apartheid* de África del Sur es actualmente la Iglesia Reformada Protestante Holandesa. En América, la esclavitud no hubiera subsistido casi doscientos cincuenta años si la Iglesia no lo hubiera apoyado moralmente, ni podría haber segregación y discriminación si la Iglesia cristiana no se hubiera asociado pasivamente, y a menudo también activamente, a ello. Debemos enfrentarnos con el vergonzoso hecho de que la Iglesia es la institución importante más segregada de la sociedad americana, y la hora más segregada de la semana es, como ha señalado el profesor Liston Pope, las once de la mañana del domingo. La Iglesia ha sido con mayor frecuencia un eco que una voz, una luz roja detrás del Tribunal Supremo y otros órganos seculares, en lugar de guiar a los hombres progresiva y decididamente hacia más altos niveles de comprensión.

Sobre la Iglesia está el juicio de Dios. La Iglesia padece un estigma en su alma que debe ser sanado. Para la historia cristiana será una gran tragedia que los futuros historiadores registren que, en pleno apogeo del siglo XX, la Iglesia era uno de los baluartes de la supremacía blanca.

III

Ante el desafío comunista debemos examinar honestamente la debilidad del capitalismo tradicional. Debemos admitir con toda sinceridad que el capitalismo ha abierto con frecuencia un abismo entre la riqueza superflua y la más abyecta pobreza; ha creado condiciones que han permitido desposeer de lo más elemental a la mayoría para dar lujos a unos cuantos, y ha animado a los hombres de espíritu estrecho a convertirse en seres fríos y sin conciencia, de forma que, como el rico ante Lázaro, no se conmueven a la vista de la humanidad doliente y depauperada. A pesar de que el capitalismo americano, por medio de la reforma social, ha hecho bastante por reducir estas tendencias, queda aún mucho por realizar, Dios quiere que todos sus hijos tengan cubiertas las necesidades básicas para una vida sana y significativa. Evidentemente, es anticristiano e inmoral el que algunos se revuelquen en el lujo mientras otros se hundan en la miseria.

El aliciente del lucro, cuando es la única base de un sistema económico, alimenta la competencia feroz y la ambición egoísta que obliga a los hombres a preocuparse más por ganarse la vida que por hacerse una vida. Puede hacer a los hombres tan centrados en sí mismos que ya no les sea centrarse en los demás. ¿No tendemos demasiado a medir el éxito por la cuantía de los salarios y el tamaño de los neumáticos de los coches, y no por la calidad de nuestro servicio y nuestra relación con la humanidad? El capitalismo puede conducir al materialismo práctico, que es tan pernicioso como el materialismo teórico que enseña el comunismo. Honestamente debemos reconocer que no encontraremos la verdad ni en el capitalismo tradicional ni en el marxismo. Cada uno de ellos representa una verdad parcial. Históricamente, el capitalismo no sabe discernir la verdad en la empresa colectiva, y el marxismo no sabe ver la verdad en la empresa individual. El capitalismo del siglo XX ignora que la vida es social, y el marxismo no supo ver, y aún no lo ha aprendido, que la vida es individual y social. El Reino de Dios no es ni la tesis de la empresa individual ni la antítesis de la empresa colectiva, sino una síntesis que reconcilia la verdad de ambas.

IV

Finalmente, nos induce a dedicar nuestras vidas a la causa de Cristo, del mismo modo que los comunistas dedican la suya al comunismo. Nosotros, que no podemos aceptar el credo del comunismo, reconocemos su celo y dedicación a una causa que ellos creen que conducirá a un mundo mejor. Tienen el sentido de un objetivo a alcanzar y ponen todo su entusiasmo y dedicación en hacer más prosélitos del comunismo. ¿Cuántos cristianos sienten esta preocupación por conseguir seguidores para Cristo? La mayoría de las veces no tie-

nen entusiasmo por Cristo, ni celo por su reinado. Para muchísimos cristianos, el cristianismo es una actividad dominguera que pierde su significado el lunes, y la Iglesia no es otra cosa que un club social con una ligera capa de religiosidad. Jesús es un símbolo antiguo al cual le hacemos el favor de llamar Cristo, pero que, a pesar de todo, su Señorío no es conocido ni afirmado por nuestras vidas inconsistentes. ¡Ojalá el fuego cristiano ardiese en todos los corazones de todos los cristianos con la misma intensidad con que arde el fuego comunista en el corazón de sus adeptos! Quizás el comunismo tiene tanta vitalidad actualmente porque no hemos sabido ser buenos cristianos...

Debemos renovar nuestra adhesión a la causa de Cristo. Debemos recobrar el espíritu de la Iglesia primitiva. Adondequiera que fueran los primitivos cristianos, daban testimonio triunfante de Cristo; ya fuera en las calles de los pueblos o en las cárceles de las ciudades, proclamaban con firmeza la buena nueva del Evangelio. El premio de este audaz testimonio era, la mayoría de las veces, el suplicio atroz de una jaula de leones o el dolor punzante de la marcha de esclavos, pero perseveraban, convencidos de haber descubierto una causa tan noble y de haber sido convertidos por un Salvador tan divino que ni siquiera la muerte era un sacrificio desmesurado. Cuando entraban en una ciudad, la estructura del poder temblaba. El nuevo evangelio llevaba el suave calor de la primavera a los hombres cuyas vidas se habían endurecido por el largo invierno de tradicionalismo. Instaba a los hombres a revolverse contra los antiguos sistemas de injusticia y decrépitas estructuras de inmoralidad. Cuando los gobernantes se oponían, aquella extraña gente, ebrios por el vino de la gracia de Dios, continuaba proclamando el Evangelio hasta que los hombres y mujeres del palacio del César se convirtieron, hasta que los carceleros lanzaron sus llaves y los reyes temblaban en sus tronos. T. R. Glover ha escrito que los antiguos cristianos «superaron en pensamiento, vida y muerte»³ a todas las demás personas.

¿Dónde se encuentra hoy un fervor así? ¿Dónde se encuentra aquella especie de compromiso en Cristo, intrépido y revolucionario? ¿Acaso se esconde detrás de los altares y el humo del incienso? ¿Está enterrado en un ataúd llamado respetabilidad? ¿Está inextricablemente vinculado a un anónimo *statu quo* y prisionero en la celda de las costumbres podridas? Esta devoción debe ponerse en marcha nuevamente. Cristo debe volver a quedar entronizado en nuestras vidas.

Ésta es la mejor defensa contra el comunismo. La guerra no es una respuesta. El comunismo no será derrotado nunca con bombas atómicas ni con armas nucleares. No comulgamos con los que ensalzan la guerra y que, llevados por sus extraviadas pasiones, presionan a los Estados Unidos a retirarse de las Naciones Unidas. Hay momentos en que los cristianos debemos evi-

3 El Jesús de la Historia (1917).

denciar un prudente dominio y un razonamiento pausado. No podemos calificar de comunistas o pacifistas a todos los que reconozcan que el odio o la histeria no son la respuesta adecuada a los problemas de otros días aciagos. No debemos lanzarnos a un anticomunismo negativo, sino más bien a una empresa en pro de la democracia, dándonos cuenta de que la mayor defensa que tenemos contra el comunismo es emprender una acción ofensiva por la justicia y el derecho. Una vez hayamos expresado con la suficiente elocuencia nuestra condena de la filosofía del comunismo, debemos procurar eliminar con acciones positivas las condiciones de pobreza, inseguridad, injusticia y discriminación racial que son la tierra fértil donde la semilla del comunismo crece y se multiplica. El comunismo sólo prospera cuando las puertas de la oportunidad permanecen cerradas y las aspiraciones humanas ahogadas. Como los antiguos cristianos, debemos penetrar en un mundo a veces hostil armados con el Evangelio revolucionario de Jesucristo. Con este poderoso Evangelio nos enfrentaremos decididamente al *statu quo* y a las costumbres injustas, y haciéndolo así precipitaremos el día en que se rellenen «todos los valles y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuevas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria de Yavé»⁴.

Tenemos la misión y la oportunidad de poder dar testimonio del espíritu de Jesús para conseguir un mundo verdaderamente cristiano. Si aceptamos el desafío con devoción y valor, la campana de la historia tocará a muerto por el comunismo y conseguiremos un mundo seguro para la democracia y lo salvaremos para el pueblo de Cristo.

4 Is 40, 4-5.

13 Nuestro Dios es poderoso

Aquel que puede guardaros sin pecado.

Jds 24.

La esencia de la fe cristiana consiste en la convicción de que en el universo existe un Dios poderosísimo que puede actuar de una manera superabundante en la naturaleza y en la historia. Esta convicción viene subrayada una y mil veces en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Teológicamente, esta afirmación se expresa en la doctrina de la omnipotencia de Dios. El Dios que adoramos no es un Dios débil e incompetente. Puede hacer retroceder las gigantes oleadas de la oposición y hundir enormes montañas de maldad. La fe cristiana es un testimonio fehaciente del poder de Dios.

Existen los que intentan convencernos de que solamente el hombre tiene poder. Su intento de sustituir el universo centrado en Dios por un universo centrado en el hombre no es nuevo. Tuvo sus primicias en el Renacimiento y a continuación en el Racionalismo, cuando algunos hombres comenzaron a creer que Dios era un apartado innecesario en la agenda de la vida. En estos períodos y más tarde, durante la revolución industrial en Inglaterra, otros se preguntaron si Dios tenía todavía alguna importancia. El laboratorio comenzó a sustituir a la Iglesia, y el científico se convirtió en el sustituto del profeta. Bastantes se unieron a Swinburne cantando el nuevo himno: «¡Gloria al Hombre en las alturas, pues el Hombre es el dueño de todas las cosas!»¹.

Los devotos de la nueva religión centrada en el hombre subrayan el espectacular progreso de la ciencia moderna como justificación de su fe. La ciencia y la tecnología han ampliado el cuerpo del hombre. El telescopio y la televisión le han ensanchado la vista. El teléfono, la radio y el micrófono le han ampliado la voz y el oído. El automóvil y el avión le han alargado las piernas. Las medicinas maravillosas le han prolongado la vida. ¿No nos demuestran todos estos éxitos maravillosos que el hombre tiene poder?

Pero, ¡ay!, alguien ha quebrantado la fe de los que habían hecho del laboratorio «la nueva catedral de las esperanzas del hombre». Los instrumentos que ayer eran venerados, hoy contienen la muerte cósmica y amenazan precipitarnos a todos en el abismo de la aniquilación. El hombre no puede salvarse a sí mismo ni puede salvar al mundo. Si no le guía el espíritu de Dios, su poder científico se convertirá en un devastador monstruo a lo Frankenstein que reducirá a cenizas su vida terrena.

1 *Himno del Hombre.*

A veces, otras fuerzas nos hacen dudar de la potencia de Dios. La dura y colosal realidad del mal en el mundo —que Keats denominaba «la gigantesca agonía del mundo»; implacables inundaciones y tornados que barren a la gente como si fueran hojas; enfermedades como la locura, que afligen a los individuos desde el nacimiento y reducen sus días a ciclos trágicos desprovistos de sentido, la locura de la guerra y la barbarie de la humanidad del hombre contra el hombre—: ¿por qué, preguntamos, pasan estas cosas si Dios tiene poder para impedir las? Este problema, es decir, el problema del mal, siempre ha obsesionado al hombre. Yo limitaría mi respuestas a una afirmación: muchos de los males que experimentamos son causados por la estupidez y la ignorancia del hombre, y también por el mal uso de su libertad. Aparte de esto, sólo puedo decir que existe y existirá siempre una penumbra de misterio que rodea a Dios. Lo que de momento parece un mal puede tener un final que nuestras inteligencias finitas son incapaces de comprender. Por eso, a pesar de la presencia del mal y a pesar de la duda que se esconde en nuestros espíritus, nos negamos a abandonar la convicción de que Dios es todopoderoso.

I

Notamos, en primer lugar, que Dios tiene poder para sostener el espacio inmenso del universo físico. También aquí nos sentimos tentados a creer que el hombre es el verdadero amo del universo físico. Los aviones a reacción que construye el hombre reducen a minutos las distancias que antes requerían semanas de penosos esfuerzos. Las naves del espacio hechas por el hombre transportan cosmonautas a través del espacio exterior a velocidades fantásticas. ¿No será que Dios está siendo reemplazado en el dominio del orden cósmico?

Pero antes de que sucumbamos por completo a nuestra humana arrogancia, contemplemos el universo con mayor atención. ¿No descubriremos muy pronto que los instrumentos que hemos fabricado parecen inmóviles en comparación con el sistema solar creado por Dios? Pensad, por ejemplo, en el hecho de que la tierra da vueltas alrededor del sol tan de prisa que el «jet» más rápido después de una hora de carrera llevaría 106.000 kilómetros de desventaja. En los últimos siete minutos hemos sido catapultados a más de 12.000 kilómetros en el espacio. O también considerad el sol, que los científicos dicen que es el centro del sistema solar. La tierra da una vuelta a esta bola cósmica de fuego una vez al año, recorriendo 940.000.000 de kilómetros a razón de 107.000 kilómetros por hora, o sea a 2.570.000 kilómetros de donde estamos ahora, en esta centésima de segundo. El sol, que parece tan próximo, está a 150.000.000 de kilómetros de la tierra. Dentro de seis meses estaremos al otro lado del sol —150.000.000 de kilómetros más lejos—, y dentro de un año habremos dado la vuelta completa al contorno y volveremos

a estar donde estamos ahora. Así pues, cuando contemplamos la extensión ilimitada del espacio, en el cual nos vemos obligados a medir distancias estelares por años-luz, y en el cual los cuerpos celestes viajan a velocidades increíbles, nos vemos forzados a mirar más allá del hombre y a afirmar otra vez que Dios tiene poder.

II

Observemos también que Dios tiene poder para someter todas las potestades del mal. Al afirmar que Dios es capaz de dominar el mal, admitimos la realidad del mal. El cristianismo no ha considerado nunca el mal como una ilusión o como un error del espíritu mortal. Considera que el mal es una fuerza que tiene una realidad objetiva. Pero también afirma que el mal contiene el germen de su propia destrucción. La historia es la descripción de las fuerzas del mal que avanza con poder aparentemente irresistible sólo para ser aplastadas por las fuerzas de la justicia. Existe una ley en el mundo moral —un imperativo silencioso, invisible, parecido a las leyes del mundo físico— que nos recuerda que la vida sólo funcionará en un sentido determinado. Los Hitler y Mussolini tuvieron su momento, y durante un período concreto pudieron acumular gran poder y extenderse como la hierba, pero como hierba son segados y como hierba se marchitan. En la gráfica descripción de la batalla de Waterloo, en *Los miserables*, Víctor Hugo escribía:

¿Era posible que Napoleón ganase aquella batalla? Contestamos: No. ¿Por qué? ¿A causa de Wellington? ¿Por culpa de Blücher? No. A causa de Dios... Napoleón había sido acusado ante el Infinito, y su caída estaba prevista. Enojó a Dios. Waterloo no es una batalla; es el cambio de dirección del universo.

En realidad, Waterloo simboliza la condenación de cualquier Napoleón, y es un recordatorio eterno para una generación embriagada de poder militar que, a largo plazo, dentro de la historia, el poder de la fuerza no crea el Derecho y que el poder de la espada no puede conquistar el poder del espíritu.

Un sistema maligno, conocido con el nombre de colonialismo, se extendió por África y Asia. Pero entonces la ley silenciosa, invisible, empezó a actuar. El Primer ministro Macmillan dijo: «El viento del cambio empieza a soplar». Los poderosos imperios coloniales comenzaron a hundirse como castillos de naipes, las naciones independientes comenzaron a emerger como oasis refrescantes en desiertos que se perdía bajo el calor de la injusticia. En menos de quince años, la independencia se ha extendido a través de Asia y África como una oleada irresistible, liberando a más de mil quinientos millones de personas de las garras entumecedoras del colonialismo.

En nuestra propia nación, otro sistema injusto y malo, conocido por el nombre de segregación, impuso a los negros, durante casi cien años, un sentimiento de inferioridad, les desposeyó de su personalidad y les negó el derecho natural a vivir, a ser libres y a procurarse la felicidad. La segregación ha sido una carga para los negros y una vergüenza para Norteamérica. Pero, al igual que sucedió en el plano mundial, también en nuestra nación empezó a soplar el viento del cambio. Se sucedieron los acontecimientos hasta poner fin gradualmente al sistema de segregación. Hoy sabemos con certeza que la segregación ha muerto. La única cuestión que aún queda en pie es el precio de los funerales.

Estos grandes cambios no son solamente cambios de dirección política y sociológica. Representan la liquidación de sistemas que nacieron en la injusticia, se alimentaron de la desigualdad y crecieron con la explotación. Representan la inevitable decadencia de cualquier sistema basado en principios que no están en armonía con las leyes morales del universo. Cuando los hombres de las generaciones futuras vuelvan la vista hacia estos días turbulentos y tensos por los que estamos pasando, verán cómo trabaja Dios por la salvación de los hombres. Sabrán que Dios trabaja por mediación de aquellos hombres que tuvieron suficiente visión para darse cuenta de que ninguna nación puede sobrevivir semiesclava, semilibre.

Dios puede vencer los males de la historia. Su control no le ha sido nunca usurpado. Si algunas veces nos desesperamos porque se avanza relativamente despacio hacia el final de la discriminación racial y nos sentimos defraudados por la excesiva cautela del Gobierno federal, adquirimos un valor nuevo por el hecho de que Dios es poderoso. En nuestra marcha, a veces difícil, y a menudo desamparada, por el camino de la libertad, no caminamos solos. Dios marcha junto a nosotros. Ha depositado en la misma estructura de este universo ciertas leyes morales de carácter absoluto. No podemos desafiarlas. Si las desobedecemos, serán ellas las que nos destruirán. Las fuerzas del mal pueden dominar a la verdad temporalmente, pero al final la verdad prevalecerá por encima de su vencedor. Nuestro Dios es poderoso. James Russell Lowell tenía razón:

La Verdad siempre al patíbulo, el Error
siempre en el trono,
pero aquel patíbulo regula el futuro, y,
detrás del desconocido misterioso,
Dios se erige en la sombra, velando
aquello que le pertenece².

III

Observemos, finalmente, que Dios nos puede conceder recursos internos para enfrentarnos a las pruebas y dificultades de la vida. Cada uno de nosotros se enfrenta con circunstancias de la vida que le obligan a soportar los grandes pesos de la aflicción. La adversidad nos arrasa con la fuerza de un huracán. Las mañanas soleadas se convierten en noches negrísimas. Nuestras esperanzas mayores se desbaratan como castillos de naipes, y nuestros sueños más nobles se disipan.

El cristianismo no ha pasado nunca por alto estas experiencias. Son inevitables. Como la alternancia rítmica en el orden natural, la vida tiene la luz brillante del sol del verano y el frío penetrante del invierno. A los días de alegría inexpresable suceden días de aturdidora aflicción. La vida comporta períodos de inundación y períodos de sequía. Cuando aparecen las horas oscuras de la vida, muchos exclaman con Paul Laurence Dunbar:

Una corteza de pan y un rincón para dormir,
un minuto para sonreír, y una hora para llorar,
una gota de alegría por un torrente de lágrimas,
y nunca la risa, pero sí los gemidos, vienen de dos en dos;
¡y esto es la vida!³.

Admitiendo los gravísimos problemas y las decepciones aplastantes, el cristianismo afirma que Dios nos puede dar el equilibrio interior para erigirnos airoso ante las pruebas y tribulaciones de la vida. Puede proporcionarnos la paz interior en las tempestades exteriores. La firmeza interior del hombre de fe es el legado más importante de Dios a sus discípulos. No ofrece recursos materiales ni fórmulas mágicas que nos libren del sufrimiento y de la persecución, pero nos proporciona un don imperecedero: «La paz os dejo»⁴. Esta es la paz que supera cualquier inteligencia.

Hay veces que creemos que nos es posible prescindir de Dios, pero el día que rugen las tempestades de las adversidades, soplan los vientos del desastre y los oleajes de la tristeza vienen a azotar nuestras vidas. Si entonces no tenemos una fe profunda y paciente, nuestras vidas, si entonces no tenemos una fe profunda y paciente, nuestras vidas emocionales se deshacen en pedazos. Hay tanta frustración en el mundo porque hemos confiado en dioses y no en Dios. Hemos doblado la rodilla ante el dios de la ciencia solamente para descubrir que nos ha dado la bomba atómica, y ha producido temores y angustias que la ciencia no puede mitigar. Hemos venerado al dios del placer solamen-

3 *Vida.*

4 Jn 14, 27.

te para descubrir que las excitaciones se funden y las sensaciones tienen una duración muy corta. Hemos bajado la cabeza ante el dios del dinero sólo para experimentar que hay cosas como el amor y la amistad que no se pueden comprar con dinero, y que en un mundo de posibles depresiones, bajas en la Bolsa y malas inversiones industriales y comerciales, el dinero es un dios inestable. Estos dioses transitorios no pueden salvarnos ni aportar la felicidad al corazón humano. Sólo Dios es poderoso. Debemos redescubrir la fe en Él. Con ella podremos transformar valles inhóspitos y desolados en senderos iluminados de alegría y llevar una luz nueva a las oscuras cavernas del pesimismo. ¿Hay alguien aquí que vaya hacia el crepúsculo de la vida y tenga miedo de lo que llamamos muerte? ¿Por qué temer? Dios puede, Dios es capaz. ¿Hay alguien aquí a punto de caer en la desesperación a causa de la muerte de un ser querido, la ruptura de un matrimonio o la equivocación de un hijo? ¿Por qué desesperarse? Dios puede darnos fuerzas para soportar lo que no es posible cambiar. ¿Hay alguien aquí angustiado porque ha perdido la salud? ¿Por qué angustiarse? Suceda lo que suceda, Dios tiene poder.

Ahora, que voy llegando al final de mi mensaje, desearía me permitieseis explicaros una experiencia personal. Los primeros veinticuatro años de mi vida transcurrieron sin contratiempos. No tuve problemas fundamentales, ni dificultades. Gracias a unos padres previsores y amantes que velaban por mis necesidades, los años de escuela, facultad, los estudios teológicos y el doctorado transcurrieron sin interrupción. Hasta que tomé parte en el boicot de los autobuses en Montgomery no me había enfrentado con las pruebas de la vida. Casi inmediatamente después de emprendida la protesta, empezamos a recibir llamadas telefónicas y cartas amenazadoras. Esporádicas al principio, fueron aumentando de día en día. Al principio no hice caso, pensando que se trataba de la obra de unos cuantos exaltados que desistirían al darse cuenta de que no les hacíamos caso. Pero, a medida que iban transcurriendo las semanas, me di cuenta de que muchas amenazas iban en serio. Me sentí vacilante y mi temor fue en aumento.

Después de un día particularmente fatigoso, me fui a acostar muy tarde. Mi mujer ya se había dormido y yo empezaba a hacerlo cuando sonó el teléfono. Una voz irritada dijo: «Escucha, negro, hemos tomado medidas contra ti. Antes de la semana próxima maldecirás el día en que llegaste a Montgomery». Colgué, pero ya no pude dormir. Parecía como si todos los temores me hubiesen caído encima a la vez. Había alcanzado el punto de saturación.

Salté de la cama y empecé a ir y venir por la habitación. Finalmente entré en la cocina para calentar un poco de café. Ya estaba dispuesto a abandonarlo todo. Intenté pensar en la forma de esfumarme de todo aquel tinglado sin parecer un cobarde. En este estado de abatimiento, cuando mi valor ya casi había muerto, determiné presentar mi problema a Dios. Con la cabeza entre las manos, me incliné sobre la mesa de la cocina rezando en voz alta. Las palabras que dije a Dios aquella noche están aún vivas en mi memoria:

«Estoy aquí tomando partido por lo que creo es de justicia. Pero ahora tengo miedo. La gente me elige para que los guíe, y si me presento delante suyo falto de fuerza y de valor, también ellos se hundirán. Estoy en el límite de mis fuerzas. No me queda nada. He llegado a un punto en que ya me es totalmente imposible enfrentarme yo solo a todo».

En aquel instante experimenté la presencia de la Divinidad como jamás la había experimentado hasta entonces. Parecía como si pudiese sentir la seguridad tranquilizadora de una voz interior que decía: «Toma partido a favor de la justicia, pronúnciate por la verdad. Dios estará siempre a tu lado». Casi al momento sentí que mis temores desaparecían. Desapareció mi incertidumbre. La situación seguía siendo la misma, pero Dios me había dado la tranquilidad interior.

Tres noches más tarde pusieron una bomba en casa. Por extraño que parezca, acogí con tranquilidad el aviso de la bomba. Mi experiencia con Dios me había dado nuevo vigor y nuevo empuje. Ahora sabía que Dios nos puede dar los recursos interiores necesarios para enfrentarnos con las tempestades y los problemas de la vida.

Que esta afirmación sea un grito clamoroso. Nos dará calor para enfrentarnos con las incertidumbres del futuro. Dará a nuestros pies cansados nueva fuerza para reemprender la marcha hacia la ciudad de la libertad. Cuando las nubes bajas ensombrezcan nuestros días y las noches se hagan más oscuras que mil medias noches, recordemos que existe en el universo un Poder grande y bondadoso, cuyo nombre es Dios, que puede encontrar un camino donde no lo hay y transformar los ayer lóbregos en mañana esplendorosos. Él es nuestra esperanza para convertirnos en hombres mejores. Éste es nuestro mandato para intentar hacer un mundo mejor.

14 Antídotos del miedo

En el amor no hay temor, pues el amor perfecto excluye el temor; porque el temor supone un castigo, y el que teme no es perfecto en el amor.

1 Jn 4, 18.

En estos días de cambios catastróficos y de gran incertidumbre, ¿quién no se siente deprimido y turbado por un miedo paralizante que, como perro rabioso, sigue todos nuestros pasos?

En todos los rincones del mundo, hombres y mujeres se enfrentan con temores que a menudo se presentan bajo extraños y variados disfraces. Alarmados ante la posibilidad de perder la salud, descubrimos en el síntoma más insignificante una prueba de la enfermedad. Perplejos ante el transcurso rapidísimo de los días y de las noches, vamos tomando drogas que prometen la juventud eterna. Aunque somos fuertes físicamente, nos volvemos enfermizos ante la posible perspectiva de un hundimiento de nuestra personalidad, llegando a desarrollar un complejo de inferioridad, y caminamos por la vida con sensación de inseguridad, falta de confianza en nosotros mismos y temor a un repentino fracaso. El temor a lo que nos puede deparar la vida induce a ciertas personas a vagar sin rumbo fijo por el camino escabroso de la bebida y de la promiscuidad sexual. Apenas sin darse cuenta del cambio, muchas personas han dejado que el temor transformase el alba del amor y de la paz en el crepúsculo de la represión interior.

Si no lo combatimos, el temor proliferará en una serie de fobias —temor al agua, a los sitios elevados, a las habitaciones cerradas, a la oscuridad, a la soledad, y otros— cuya acumulación culmina en fobiofobia, o sea, el miedo al miedo.

Lo más normal en nuestra sociedad altamente competitiva son los temores económicos, la mayoría de los cuales, según opina Karem Horney, provienen de los problemas psicológicos de nuestro tiempo. Los dirigentes de la industria se ven atormentados por el posible fracaso de las industrias y la volubilidad de la Bolsa. Los empleados están obsesionados ante la perspectiva de la falta de ocupación y ante las previsibles consecuencias de una automoción en aumento.

Y considerad, también, la multiplicación de los temores religiosos y ontológicos actuales que incluyen el miedo a la muerte y aniquilación racial. El advenimiento de la era atómica que debería habernos introducido en una época de abundancia y prosperidad, ha elevado el temor a la muerte en pro-

porciones morbosas. El terrorífico espectáculo de la guerra nuclear ha puesto las palabras de Hamlet: «Ser o no ser» en millares de labios temblorosos. Mirad vuestros fanáticos esfuerzos para construir refugios contra la lluvia radiactiva. ¡Como si estos refugios pudieran ofrecer seguridad contra la bomba H! Fijaos en la tremenda desesperación de las peticiones del Gobierno para que aumenten sus reservas atómicas. Pero nuestra exigencia fanática para que se mantenga un «equilibrio del miedo» no hace sino incrementar nuestro temor y deja a las naciones con la angustia de ver cómo un paso diplomático en falso puede conducir a un holocausto horripilante.

Comprendiendo que el temor mina las energías del hombre y agota sus recursos, Emerson escribió: «Quien no supera cada día un nuevo temor no ha aprendido aún la lección de la vida»¹.

Sin embargo, no quiero dar a entender que debemos eliminar totalmente el temor de la vida humana. Si esto fuese humanamente posible, sería prácticamente indeseable. El temor es el sistema de alarma elemental del organismo humano que nos advierte de los peligros inmediatos, y sin el cual el hombre no hubiera podido sobrevivir en el mundo primitivo ni en el moderno. Además, el temor es una fuerza creadora considerable. Cualquier gran invento o progreso intelectual representan un deseo de huir de algunas circunstancias o situaciones temidas. El temor a la oscuridad llevó al descubrimiento del secreto de la electricidad. El temor al dolor trajo los maravillosos avances de la ciencia médica. El temor a la ignorancia fue una de las razones que llevaron al hombre a construir grandes centros de enseñanza. El temor a la guerra fue uno de los motivos que impulsaron la creación de las Naciones Unidas. Angelo Patri ha dicho muy razonablemente: «La educación consiste en tener miedo en el momento adecuado». Si el hombre llegara a perder la capacidad para sentir miedo, se vería despojado de su capacidad para crecer, inventar y crear. Por eso, en cierto modo, el miedo es algo normal, necesario y creador.

Sin embargo, debemos tener presente que los temores anormales son emocionalmente ruinosos y psicológicamente destructivos. Para ilustrar la diferencia entre temores normales y temores anormales, Sigmund Freud hablaba de una persona que sentía un miedo justificado por las serpientes en medio de la jungla africana, y de otra persona que temía, neuróticamente, que las serpientes estuvieran bajo la alfombra de su casa de la ciudad. Los psicólogos dicen que los niños normales nacen sólo con dos temores —el de caer y el de los ruidos excesivos—, y que todos los demás se adquieren como consecuencia del medio ambiente. La mayoría de estos temores adquiridos son serpientes bajo la alfombra.

1 «Valor», en *Sociedad y soledad* (1870).

A estos miedos nos referimos comúnmente cuando hablamos de librarnos de un temor. Pero éste es sólo un aspecto de la cuestión. El temor normal nos protege; el temor anormal nos paraliza. El temor normal nos empuja a mejorar nuestra condición individual y colectiva; el temor anormal envenena y trastorna constantemente nuestras vidas interiores. El problema no es tanto el de librarnos del temor como el de reducirlo y dominarlo. ¿Cómo es posible dominarlo?

I

En primer lugar, debemos enfrentarnos directamente con nuestros temores y preguntarnos honradamente por qué tenemos miedo. Esta confrontación, en cierto modo, nos proporcionará fuerzas. Nunca llegaremos a deshacernos del miedo por medio de la huida o de la represión, porque cuanto más intentamos ignorar o reprimir nuestros temores más multiplicaremos nuestros conflictos internos.

Enfrentándonos honradamente a nuestros temores sabremos que la mayoría son residuos de alguna necesidad o aprensión infantiles. Por ejemplo, una persona víctima del temor a la muerte o de la obsesión al castigo del más allá, descubre que ha proyectado inconscientemente sobre la realidad total la experiencia infantil de los castigos que le infligían sus padres cuando lo encerraban en una habitación y lo dejaban abandonado. O alguien víctima de un complejo de inferioridad y de repulsa social, que en su juventud ha sido abandonado por una madre egocéntrica y un padre demasiado ocupado, y cuyo descubrimiento de la realidad le dejó una sensación autodestructora de inadaptación y una hostilidad reprimida hacia la vida.

Situando nuestros temores en el primer plano de la conciencia, podemos comprobar que son más imaginarios que reales; la mayoría de ellos resultarán ser serpientes bajo la alfombra.

Recordemos también que, muchas veces, el temor lleva aparejado un mal uso de la imaginación. Si exponemos nuestros temores a la luz del día, nos reiremos de casi todos, y eso siempre es un bien. Un psiquiatra decía: «El ridículo es el mejor tratamiento del temor y de la angustia».

II

En segundo lugar, podemos dominar el temor con una de las virtudes más excelsas que conoce el hombre: el valor. Platón consideraba que el valor es como un elemento del alma que hace de puente entre la razón y el deseo.

Aristóteles decía que el valor era la afirmación de la naturaleza esencial del hombre. Tomás de Aquino aseguraba que el valor era la fuerza del espíritu capaz de vencer todo lo que amenazaba la consecución de un bien mayor.

Así pues, el valor es la capacidad del espíritu para superar el temor. A diferencia de la angustia, el temor tiene un objeto definido que puede ser afrontado, atacado, analizado y, cuando conviene, soportado. ¡Cuántas veces se repite el objeto de nuestro miedo! Henry David Thoreau escribía en su *Journal*: «No hay nada que deba temerse más que el miedo». Siglos antes, Epicteto escribió: «La muerte y las dificultades no son temibles, pero sí el miedo a la muerte y a las dificultades». El valor separa al temor del objeto definido que lo produce, y de esta forma lo domina. Paul Tillich ha escrito: «El valor es la propia afirmación “a pesar de”... todo lo que tiende a impedir que se afirme la propia personalidad». Es la propia afirmación a pesar de la muerte y del no-ser, y el valeroso absorbe el miedo a la muerte en su propia afirmación y actúa en consecuencia. Esta afirmación audaz de sí mismo, que seguramente es un remedio contra el miedo, no es egoísmo, pues la autoafirmación incluye también un amor adecuado por sí mismo y un amor adecuadamente planteado respecto a los demás. Erich Fromm ha demostrado de manera convincente que la forma correcta de amor a sí mismo y la forma de amor correcta a los demás son interdependientes.

El valor, la determinación a no dejarse someter por nada, por espantoso que sea, nos capacita para enfrentarnos con cualquier miedo. La mayor parte de nuestros temores no son más que serpientes bajo la alfombra. Los problemas son una realidad en esta extraña mezcla que es la vida; los peligros se emboscan alrededor de cada acción; los accidentes se suceden, la pérdida de la salud es una posibilidad siempre amenazante, y la muerte un hecho real, desagradable, inevitable de la experiencia humana. El mal y el dolor, en este enigma que es la vida, están muy cerca de nosotros, y nos hacemos un triste favor, y también a los que nos rodean, cuando intentamos demostrar que en este mundo no hay nada que pueda asustarnos. Estas fuerzas que amenazan con neutralizar la vida deben desafiarse con el valor, que es el poder de la vida para afirmarse por encima de todas las ambigüedades. Esto exige el desarrollo de una voluntad creadora que nos capacite para sacar una piedra de esperanza de una montaña de desesperación.

El valor y la cobardía son antitéticos. El valor es una resolución interna de ir adelante a pesar de los obstáculos y las situaciones que nos asustan; la cobardía es una rendición sumisa a las circunstancias. El valor produce una autoafirmación constructiva; la cobardía crea una autonegación destructiva. El valor desafía al miedo y lo domina. Los hombres valientes no pierden nunca las ganas de vivir, aunque su situación sea desesperada; los hombres cobardes, anonadados por la incertidumbre de la existencia, pierden la voluntad de vivir. Debemos construir sin descanso diques de valor para detener la riada del miedo.

III

En tercer lugar, el temor es dominado por el amor. El Nuevo Testamento afirma: «En el amor no hay temor». La clase de amor que llevó a Cristo a la cruz y mantuvo a Pablo sereno en medio de las desenfundadas persecuciones no es un amor blando, anémico o sentimental. Este amor afronta el mal sin doblegarse ante él, y demuestra una posibilidad infinita de «poderle», como solemos decir vulgarmente. Este amor domina el mundo, incluso desde lo alto de una cruz levantada hacia el cielo.

Sin embargo, ¿tiene el amor alguna relación con el miedo moderno a la guerra, la inestabilidad económica o la injusticia racial? El odio se basa en el temor, y la única medicina que existe contra el temor-odio es el amor. La situación internacional, tan precaria, está herida por los letales dardos del miedo. Rusia teme a América, y América teme a Rusia. Igual sucede con China y la India, y los israelitas y los árabes. Estos temores incluyen la agresión, la supremacía técnica y científica y el poder económico de la otra nación, la pérdida de nuestro propio prestigio y poder. ¿Acaso no es el temor uno de los principales causantes de la guerra? Decimos que la guerra es la consecuencia del odio, pero un examen más minucioso revela esta graduación: primero el temor, después el odio, a continuación la guerra y, finalmente, el miedo a la muerte. Si una guerra nuclear apocalíptica tuviese que extenderse por el mundo, en el fondo la causa no sería que una nación odiase a la otra, sino que se temen la una a la otra.

¿Qué sistema utiliza el sofisticado ingenio del hombre moderno para hacer frente al temor a la guerra? Estamos armados hasta los dientes. Y tanto Oriente como Occidente se han lanzado a una febril carrera de armamentos. Los presupuestos para la defensa han aumentado en forma gigantesca, y las armas destructivas han adquirido prioridad por encima de cualquier otro proyecto humano. Las naciones han creído que los armamentos impresionantes harían desaparecer el temor. Pero, ¡he aquí que han aparecido temores más fuertes! En estos días turbulentos, agitados, nos hemos vuelto a acordar de las antiguas y prudentes palabras: «El amor perfecto ahuyenta el temor». No las armas, sino el amor y la buena voluntad organizada son los que pueden ahuyentar el temor. Solamente el desarme, basado en la buena fe, hará que la confianza mutua sea una realidad viva.

Nuestro propio problema de la injusticia racial debe ser resuelto con la misma fórmula. La segregación racial está sostenida por temores irracionales, tales como la pérdida de los privilegios económicos, la alteración del estatuto social, el matrimonio interracial y la adaptación a las nuevas situaciones. A lo largo de noches de insomnio y días sin descanso, numerosos blancos intentan por diversos métodos combatir los temores corrosivos. Practicando la política del avestruz, mientras unos intentan ignorar la cuestión de las relaciones raciales y cerrar su espíritu a los problemas que plantea, los otros, confiando en

maniobras legales, aconsejan la resistencia pasiva. Aún hay otros que intentan ahogar su miedo lanzándose a actos denigrantes de violencia contra sus hermanos negros. Sin embargo, ¡cuán inútiles son estos remedios! En lugar de eliminar el miedo, inspiran temores mucho más profundos y patológicos, que dejan a sus víctimas afectadas de extrañas psicosis y peculiares casos de paranoia. Ni la represión, ni la resistencia en masa, ni la violencia agresiva conseguirán hacer desaparecer el temor de la integración; sólo el amor y la buena voluntad pueden hacerlo.

Si nuestros hermanos blancos quieren dominar el miedo, depende no sólo de que ellos acepten el amor cristiano, sino también del amor cristiano que los negros sientan por ellos. Únicamente por nuestra adhesión al amor y a la no-violencia será mitigado el temor en la comunidad blanca. Una minoría blanca, consciente de su culpabilidad, teme que si los negros llegan al poder se vengarán sin freno ni piedad de las injusticias y brutalidades acumuladas año tras año. Un padre que maltrata continuamente a su hijo acaba dándose cuenta de que llega un momento que ya es más alto que él. ¿No utilizará ahora su hijo esa nueva fuerza física para vengarse de los golpes recibidos en el pasado?

El negro, antaño niño desamparado, ha crecido actualmente en el aspecto político, cultural y económico. Muchos blancos tienen miedo a la venganza. El negro ha de demostrarles que no deben temer nada, porque perdona y está dispuesto a olvidar el pasado. *El negro debe convencer al hombre blanco de que busca justicia tanto para él como para el hombre blanco.* Un movimiento totalmente consagrado al ejercicio del amor y de la no-violencia y que demuestre potencialidad y disciplina debería convencer a la comunidad blanca de que, si este movimiento llegara al poder, haría uso de él en forma constructiva y no vengativa.

Entonces, ¿cuál es el remedio contra este morboso temor a la integración? Lo conocemos. ¡Que Dios nos ayude a alcanzarlo! El amor ahuyenta el miedo.

Esta verdad tiene relación con nuestras angustias personales. Tememos la superioridad de los demás, la derrota, el escarnio, la desaprobación de aquellos cuyas opiniones valoramos más. Envidia, celos, falta de confianza en uno mismo, sensación de inseguridad, y un molesto sentimiento de inferioridad están enraizados en el miedo. No es que primero envidiemos a la gente y después la temamos; primero la tememos y después nos sentimos celosos. ¿Existe algún remedio para los enojosos temores que pervierten nuestras vidas? Sí, una profunda y constante conservación del camino del amor. «El amor perfecto elimina el miedo».

La amargura y el odio no podrán curar nunca la enfermedad del miedo; sólo el amor puede hacerlo. El odio paraliza la vida; el amor la armoniza. El odio oscurece la vida; el amor la ilumina.

IV

Cuarto, el dolor es dominado por la fe. Una fuente habitual de temor es la conciencia de no disponer de recursos suficientes y, por tanto, estar desarmado ante la vida. Demasiada gente intenta afrontar las tensiones de la vida con recursos espirituales inadecuados. Pasando unas vacaciones en Méjico, mi mujer y yo quisimos ir a pescar a alta mar. Por razones de economía, alquilamos un bote viejo y mal equipado. No le dimos importancia hasta que, ya a diez millas de la costa, las nubes estaban muy bajas y empezaba a soplar un viento huracanado. Entonces nos quedamos paralizados por el miedo, pues sabíamos que nuestro bote era insuficiente. Muchas personas se encuentran en una situación similar. Su temor se debe a los vientos tempestuosos y a las embarcaciones frágiles. La mayoría de los temores anormales pueden ser tratados por medio de técnicas de siquiatría, una disciplina relativamente nueva iniciada por Sigmund Freud, que investiga las tendencias subconscientes del hombre e intenta descubrir cómo y porqué unas energías fundamentadas se desvían hacia canales neuróticos. La siquiatría nos ayuda a contemplar serenamente nuestro ser interno y a descubrir las causas de nuestros fracasos y temores. Pero buena parte de nuestro vivir timorato comprende un reino donde el papel de la siquiatría es insuficiente, a no ser que el siquiatra sea un hombre dotado de fe religiosa. El problema consiste simplemente en intentar combatir el temor sin fe; zarpamos rumbo a los mares tumultuosos de la vida sin botes espirituales adecuados. Uno de los principales médicos siquiatras de América ha dicho: «La única medicina contra el temor es la fe».

Los temores anormales y las fobias que se manifiestan en forma de angustia neurótica pueden ser curados por el siquiatra; pero el miedo a la muerte, al no-ser y a la nada, expresado en angustia existencial, sólo puede ser tratado con una fe religiosa positiva.

Una fe religiosa positiva no ofrece la ilusión de poder eximirnos del dolor y de los sufrimientos, ni nos infunde la idea de que la vida es una sucesión de comodidades y placidez nunca turbadas. Por el contrario, nos proporciona el equilibrio interior necesario para combatir las tensiones, cargas y temores inevitables, y nos asegura que el universo es digno de confianza y que Dios se interesa por nosotros.

Por otra parte, la irreligión querría obligarnos a creer que somos huérfanos lanzados a las vertiginosas inmensidades del espacio, en un universo sin propósito ni inteligencia. Un concepto como éste disminuye el valor y las energías del hombre. En su *Confesión*, Tolstoi escribió, respecto a la soledad y el vacío que sentía antes de su conversión:

Hubo un período en mi vida en el que todo parecía hundirse; empezaban a fallar los cimientos de mis convicciones y me sentía destrozado. En mi vida, falta de Dios, no existían influencias favorables, y cada noche, antes de irme a

dormir, me aseguraba de que no hubiera ninguna cuerda en mi habitación, para no sentir por la noche la tentación de colgarme de una viga; dejé de salir a cazar para no sentir la tentación de poner fin de forma precipitada a mi vida y a mi miseria.

Como tantos otros, Tolstoi, en aquella época de su vida, carecía de la influencia sostenedora que proviene de la convicción de que este universo está dirigido por una Inteligencia bondadosa cuyo amor infinito abarca a toda la humanidad.

La religión nos proporciona la seguridad de que no estamos solos en este vasto e incierto universo. Por encima y por debajo de las arenas movedizas del tiempo, de las incertidumbres que oscurecen nuestros días y las vicisitudes que nublan nuestras noches, hay un Dios sabio y bondadoso, amoroso. Este universo no es la expresión trágica de un caos sin ninguna significación, sino el despliegue prodigioso de un cosmos ordenado. «Dios creó la tierra con la sabiduría, y con la inteligencia consolidó los cielos»². El hombre no es una voluta de humo en una caldera sin límites, sino un hijo de Dios creado «un poco inferior a los ángeles»³. Por encima del tiempo está el único Dios eterno, con sabiduría para guiarnos, fuerza para protegernos y amor para mantenernos. Su amor ilimitado nos sostiene y contiene, como un océano poderoso contiene y sostiene cada una de las diminutas gotas de una ola. Con una plenitud impetuosa, se mueve hacia nosotros, intentando llenar las pequeñas calas y cada bahía de la vida con recursos ilimitados. Éste es el diapasón eterno de la religión, su respuesta eterna al enigma de la existencia. Cualquier hombre que encuentre este apoyo cósmico puede caminar por los caminos de la vida sin sentir la fatiga del pesimismo ni el peso de los temores enfermizos.

He aquí la raíz de la respuesta al temor neurótico de la muerte que aflige tantas vidas. Afrontemos el temor que suscita la bomba atómica creyendo que no podremos viajar nunca más allá de los brazos de Dios. La muerte es inevitable. Es una democracia para todos, y no una aristocracia para algunos: los reyes mueren igual que los mendigos; los jóvenes mueren, y los viejos mueren; los sabios mueren, y los ignorantes también. Nada hemos de temer. El Dios que formó, de una nebulosa, el planeta que da vueltas y ha guiado el peregrinaje humano a través de tantísimos siglos, puede con toda seguridad conducirnos, a través de la negra noche de la muerte, hasta el alba luminosa de la vida eterna. Su voluntad es demasiado perfecta y sus propósitos demasiado amplios para caber en el limitado receptáculo del tiempo y entre los estrechos muros de la tierra. La muerte no es un mal absoluto. El mal absoluto es encontrarse fuera del amor de Dios. No debemos adherirnos a la desenfrenada corriente de los que buscan un refugio terrenal contra la lluvia radiactiva.

2 Prov 3, 19.

3 Sal 8, 5.

Jesús sabía que nada podía separar al hombre del amor de Dios. Escuchad sus palabras majestuosas:

No los temáis, pues, porque nada hay oculto que no llegue a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma en la gehenna. ¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues. Valéis más que muchos pajarillos ⁴.

Para Jesús, el hombre no es algo que se deja arrastrar por el río de la vida, sino que es hijo de Dios. ¿No es un contrasentido suponer que Dios, cuya actividad creadora está expresada en la preocupación que tiene por la caída de un pájaro y el número de cabellos de la cabeza de un hombre, excluya de su amor la vida del hombre? La certeza de que Dios piensa en cada uno personalmente tiene un valor considerable ante la enfermedad del miedo, pues nos da el sentido del valor, de la pertenencia y correspondencia con el universo.

Uno de los más activos participantes en el boicot a los autobuses de Montgomery, en Alabama, fue una anciana negra a quien llamaban afectuosamente Mamá Pollard. A pesar de ser muy pobre y analfabeta, era sorprendentemente inteligente y poseía una clara visión del significado del movimiento. Después de haber permanecido andando durante unas cuantas semanas, le preguntaron si estaba cansada. Con una profundidad muy poco gramatical respondió: «Mis pies, *cansada*; pero mi alma *descansada*».

La tarde de un lunes, después de una semana muy tensa durante la que fui detenido y me hicieron muchas llamadas amenazadoras por teléfono, tuve que dirigir la palabra a la multitud. Intenté causar una impresión externa de fuerza y valor, aunque interiormente estaba deprimido y poseído por el miedo. Al acabar la reunión, Mamá Pollard vino hasta el presbiterio del templo y me llamó: «Ven, hijo». Mi incliné inmediatamente para abrazarla con afecto. «A ti te pasa algo», dijo. «Esta noche no has hablado claro». Esforzándome por disimular mis temores, respondí: «Oh, no, Mamá Pollard, no me pasa nada. Me encuentro como siempre». Pero su don de penetración era implacable. «No intentes engañarme», insistió. «Sé que hay algo que no va bien. ¿Es que no hacemos lo que quieres? ¿O son los blancos los que te molestan?» Sin darme tiempo para contestar, me miró fijamente a los ojos y dijo: «No digo que siempre estemos todos contigo». Después se iluminó su rostro y pronunció unas palabras tranquilas y seguras: «Pero aunque no estemos contigo, Dios se ocu-

4 Mt 10, 26; 28-31.

pará de ti». Mientras decía estas consoladoras palabras me fui animando, y sentí una nueva y vibrante energía.

Desde aquella terrible noche de 1956, Mamá Pollard se ha ido al cielo y yo he conocido muy pocos días de tranquilidad. He sido atormentado por dentro y por fuera por el fuego furioso de las tribulaciones. He tenido que reunir toda mi fuerza y mi valor para resistir los vientos desencadenados del dolor y las tempestades de la adversidad. Pero, a medida que iban pasando los años, las elocuentes palabras de Mamá Pollard han venido una y mil veces a dar luz a mi alma desesperada: «Dios se ocupará de ti».

Esta fe transforma el remolino de la desesperación en una brisa cálida y vivificante de esperanza. Las palabras de un lema que hace una generación se veían en las casas de muchas personas devotas, debemos grabarlas en nuestros corazones:

El miedo llamó a la puerta.
La fe fue abrir.
No había nadie.

15 La Respuesta a una pregunta inquietante

¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle?

Mt 17, 19.

En el transcurso de los siglos, la vida humana se ha caracterizado por los esfuerzos continuados del hombre para eliminar el mal de la tierra. Muy pocas veces el hombre ha conseguido eliminar el mal, pues, a despecho de sus racionalizaciones, compromisos y excusas, sabe que lo que «es» no es lo que «debería ser» y que lo real no es posible. Aunque los males de la sensualidad, el egoísmo y la crueldad se erigen agresivamente en su alma, hay algo dentro que le hace ver que son unos intrusos y le recuerdan su destino y su noble finalidad. El atractivo que siente el hombre por lo demoníaco se ve perturbado siempre por su anhelo de lo divino. Mientras intenta acomodarse a las exigencias del tiempo, sabe que la eternidad es el último refugio. Cuando el hombre vuelve sobre sí mismo, sabe que el mal es un invasor extraño que debe ser expulsado de las tierras de su espíritu si quiere alcanzar la dignidad moral y espiritual que le corresponde.

Pero el problema que ha preocupado siempre al hombre ha sido su incapacidad para vencer el mal con sus propias fuerzas. Con una entonación patética pregunta: «¿Por qué no puedo alcanzarlo? ¿Por qué no puedo expulsar este mal de mi vida?»

Esta cuestión angustiosa y difícil evoca un hecho que se produjo inmediatamente después de la transfiguración de Cristo. Bajando de la montaña, Jesús encontró a un muchachito atacado de violentas convulsiones. Sus discípulos habían intentado desesperadamente curar al desgraciado niño, pero cuanto más hacían más cuenta se daban de su incapacidad y de la patética limitación de sus fuerzas. Cuando, ya desesperados, estaban a punto de abandonar su empeño, apareció en escena el Señor. Una vez que el padre del niño le hubo explicado el fracaso de sus discípulos, Jesús «ordenó al demonio que saliese del muchacho; y el muchacho quedó curado en aquel mismo instante». Cuando, más tarde, los discípulos quedaron solos con el Maestro, le preguntaron: «¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle?» Querían una explicación a su evidente limitación, y Jesús les dijo que el fracaso se debía a su falta de fe: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a ese monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible». Habían intentado hacer lo que sólo podía conseguirse una vez sometidas sus naturalezas a Dios para que su fuerza corriera libremente por sus adentros.

I

¿Cómo podemos expulsar el mal? Generalmente, los hombres siguen dos caminos para eliminar el mal y, por ende, salvar al mundo. El primero se basa en el hombre: se trata de expulsar el mal con el poder y el ingenio de cada uno, convencido de que pensando, inventando, acabará por vencer las perniciosas fuerzas del mal. Dada a la gente una oportunidad clara y una educación suficiente y se salvará. Esta idea que se extiende como una epidemia por el mundo moderno ha ahuyentado a Dios y ha introducido al hombre, sustituyendo el ingenio humano a la guía divina. Algunas personas sugieren que este concepto se introdujo con el Renacimiento, cuando la razón destronó a la religión, o, más tarde, cuando el *Origen de las Especies* de Darwin reemplazó la teoría de la creación por la de la evolución, o cuando la revolución industrial orientó los corazones humanos hacia la comodidad material y física. De todas formas, la idea de la capacidad del hombre para resolver los males de la historia se adueñó de los espíritus humanos y originó el optimismo fácil del siglo XIX, la doctrina del progreso inevitable, la máxima de Rousseau «la bondad original de la naturaleza humana» y la convicción de Condorcet de que, sólo por la razón, el mundo pronto estaría limpio de delitos, pobreza y guerra.

Armado con esta fe creciente en la capacidad de la razón y de la ciencia, el hombre moderno se preparó para cambiar el mundo. Desvió su atención de Dios y del alma humana hacia el mundo exterior y sus posibilidades. Observó, analizó y explotó. El laboratorio se convirtió en el santuario del hombre, y los científicos se transformaron en sus sacerdotes y profetas. Un humanista moderno afirmaba taxativamente:

El porvenir no está en las iglesias, sino en los laboratorios; no es cosa de profetas, sino de científicos; no se basa en la piedad, sino en la eficacia. El hombre, por fin, se ha dado cuenta de que sólo él es responsable de la realización del mundo de sus sueños, y que lleva dentro de sí el poder para conseguirlo.

El hombre ha emplazado a la naturaleza para que comparezca ante el tribunal de la investigación científica. Nadie pone en duda que la tarea del hombre en los laboratorios científicos ha significado avances increíbles en el poder y en la comodidad, creando máquinas que piensan y mecanismos que se elevan por los aires, se deslizan por la tierra o avanzan con soberana dignidad por los mares.

Sin embargo, por encima de estos sorprendentes desarrollos científicos, persisten los males antiguos, y la era de la razón se ha transformado en una era de terror. A pesar del desarrollo de nuestro sistema educativo y el mayor alcance de nuestra política legislativa, ni el odio ni el egoísmo han desaparecido del mundo. Una generación que antaño fuera optimista se pregunta

ahora con preocupación: «¿Cómo es que nosotros no hemos podido desterrar el mal?».

La respuesta es bastante simple: El hombre sólo con su poder no puede ahuyentar el mal del mundo. La esperanza del humanista es una ilusión basada en un optimismo exagerado referido a la bondad inherente a la naturaleza humana.

Yo sería el último en condenar a los miles de personas sinceras y abnegadas que han trabajado generosamente fuera de la Iglesia, a través de diversos movimientos humanitarios, para limpiar el mundo de los males sociales, pues preferiría que el hombre fuese un humanista convencido en lugar de un cristiano por convencer. Pero muchísimas de estas personas generosas, buscando la salvación dentro de un contexto humano, se han convertido incomprensiblemente en pesimistas y desilusionadas, porque sus esfuerzos se han basado en una especie de ilusión que ignora los hechos fundamentales de nuestra naturaleza mortal. Tampoco quisiera minimizar la importancia de la ciencia y de todas las mejoras que hemos obtenido con la llegada del Renacimiento; pues éstas precisamente nos levantarán por encima de las profundidades estancadas de la superstición y de las verdades a medias hasta las montañas soleadas del análisis creador y de la apreciación objetiva. La autoridad indiscutible de la Iglesia en materias científicas debiera desligarse del oscurantismo paralizador, de nociones anticuadas e inquisiciones vergonzosas. Pero, al mismo tiempo que el optimismo exaltado del Renacimiento intentaba liberar el espíritu del hombre, olvidaba la capacidad del hombre para el pecado.

II

La segunda teoría para ahuyentar el mal del mundo declara que, si el hombre espera sumiso la acción del Señor, cuando llegue la hora, Dios redimirá al mundo. Basado en una doctrina pesimista de la naturaleza humana, este concepto, que elimina completamente la posibilidad de que el hombre pecador haga algo, tuvo gran preponderancia durante la Reforma, aquel gran movimiento espiritual que originó el interés protestante por la libertad moral y espiritual y sirvió de correctivo necesario para una Iglesia corrompida, estancada y medieval. Las doctrinas de la justificación por la fe y del sacerdocio de todos los fieles son principios preeminentes que nosotros, como protestantes, debemos mantener siempre, pero la doctrina reformista sobre la naturaleza humana afirmaba excesivamente la corrupción del hombre. El Renacimiento era demasiado optimista, y la Reforma demasiado pesimista. El Renacimiento, tan centrado en la bondad del hombre, pasaba por alto su disposición para el mal; la Reforma, tan centrada en la maldad del hombre, pasaba por alto su capacidad para la bondad.

Afirmando acertadamente la pecaminosidad de la naturaleza humana y la incapacidad del hombre para salvarse por sí mismo, la Reforma afirmaba equivocadamente que la imagen de Dios había sido completamente borrada del hombre.

Esta teoría conduce al concepto calvinista de la total depravación del hombre y a la resurrección de la terrible idea de la condenación de los niños. Tan depravada es la naturaleza humana, afirmaba la doctrina calvinista, que si un niño muere sin el bautismo arderá para siempre en el infierno. Evidentemente, lleva demasiado lejos la idea de la pecaminosidad del hombre.

Esta teología concluyente de la Reforma ha subrayado con frecuencia una religión puramente externa, que insiste sobre la total desesperanza de este mundo e incita al individuo a concentrarse con el fin de preparar su alma para el mundo que ha de venir. Ignorando la necesidad de reformas sociales, la religión se divorcia de la corriente general de la vida humana. Un comité eclesiástico exigía como condición esencial para un nuevo ordenado: «Predicará el Evangelio y no hablará de las cuestiones sociales». Éste es el esquema de una Iglesia peligrosamente insulsa, donde la gente se reúne sólo para escuchar piasdas insignificancias.

Olvidando el hecho de que el Evangelio trata del cuerpo del hombre igual que de su alma, una insistencia tan parcial crea una dicotomía trágica entre lo sagrado y lo profano. Para ser digna de su origen, el Nuevo Testamento, la Iglesia debe procurar transformar tanto las vidas individuales como la situación social que provoca a tantísima gente angustia de espíritu y crueles encadenamientos.

La idea de que el hombre espera que Dios lo haga todo, conduce inevitablemente a un mal uso, perverso, de la plegaria. Porque, si Dios lo hace todo, entonces el hombre lo pide todo, y Dios se convierte en algo parecido a «un servidor cósmico» a quien llamamos por cualquier necesidad, incluso las más triviales. O Dios es considerado tan omnipotente y el hombre tan desheredado, que la plegaria es un sustitutivo para el trabajo y el pensamiento. Un hombre me decía: «Creo en la integración, pero no se producirá mientras Dios no lo quiera. Vosotros, los negros, deberíais dejar de protestar y empezar a rezar». Estoy convencido de que necesitamos rezar para obtener ayuda y guía de Dios en esta lucha por la integración, pero nos equivocamos totalmente si creemos que ganaremos esta lucha solamente con oraciones. Dios, que nos ha dado la inteligencia para pensar y el cuerpo para trabajar, traicionaría su propio propósito si nos permitiese obtener por medio de la plegaria lo que podemos ganar con el trabajo y la inteligencia. La plegaria es un suplemento maravilloso y necesario para nuestros débiles esfuerzos, pero es un sustituto peligroso. Cuando Moisés se esforzaba por guiar a los israelitas hacia la Tierra Prometida. Dios le dijo claramente que no haría por ellos nada de lo que

podrían hacer solos: «Y Dios dijo a Moisés: “¿A qué esos gritos? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha”»:¹

Debemos rezar constantemente por la paz, pero también debemos trabajar con todas nuestras fuerzas por el desarme y la suspensión de las pruebas de armas. Debemos utilizar nuestra inteligencia rigurosamente para planear la paz como la hemos utilizado para planear la guerra. Debemos rogar apasionadamente por la justicia racial, pero también debemos utilizar nuestras inteligencias para desarrollar un programa, organizarnos en acción de masas pacíficas y valernos de todos los recursos corporales y espirituales para poner fin a la injusticia racial. Debemos rezar infatigablemente por la justicia económica, pero también debemos trabajar con diligencia para llevar a término aquellos planes sociales que produzcan una mejor distribución de la riqueza en nuestra nación y en los países subdesarrollados del mundo.

¿No nos revela todo esto la falacia de creer que Dios eliminará el mal de la tierra aunque el hombre no haga otra cosa que sentarse complacido al borde del camino? Ningún rayo del cielo eliminará jamás el mal. Ningún poderoso ejército de ángeles descenderá para obligar a los hombres a hacer lo que no quieren hacer. La Biblia no nos presenta a Dios como un zar omnipotente que toma decisiones por sus súbditos, ni como un tirano cósmico que con parecidos métodos a los de la Gestapo invade la vida interior del hombre, sino como un Padre amoroso que concede a sus hijos todas las abundantes bendiciones que quieran recibir con buena disposición. El hombre tiene que hacer algo siempre. «Ponte en pie, que voy a hablarte»², dice Dios a Ezequiel. El hombre no es un inválido total abandonado en un valle de depravación hasta que Dios le saque. El hombre más bien es un ser humano válido, cuya visión está averiada por los caracteres del pecado, y cuya alma está debilitada por el virus del orgullo, pero le queda suficiente visión para levantar los ojos hacia las montañas y le queda aún el recuerdo de Dios para que oriente su débil y pecadora vida hacia el Gran Médico que cura los estragos del pecado.

La evidente debilidad de la idea de que Dios lo hará todo implica una falsa concepción de Dios y del hombre. Hace a Dios tan absolutamente soberano, que el hombre queda totalmente desamparado. Hace al hombre tan depravado, que no le queda más remedio que esperar en Dios. Considera que el mundo está tan contaminado por el pecado, que Dios le trasciende totalmente, y lo pone a prueba en todo momento y lugar. Este punto de vista concluye en un Dios que es un déspota y no un Padre. Desemboca en un pesimismo tal, por lo que respecta a la naturaleza humana, que deja al hombre como si fuera un gusano desvalido que se arrastra por las aguas cenagosas de un mundo diabólico. Pero ni el hombre es totalmente depravado ni Dios es un

1 Ex 14, 15.

2 Ez 2, 1.

dictador omnímodo. Debemos afirmar solemnemente la majestad y soberanía de Dios, pero esto no nos debe llevar a creer que Dios es un monarca todopoderoso que impondrá su voluntad por encima de nosotros y nos quitará la libertad de escoger lo bueno y lo malo. No se nos impondrá ni nos obligará a quedarnos en casa cuando nuestro espíritu sienta la inclinación a viajar hacia alguna región degradante. Pero nos va siguiendo con amor, y, cuando reflexionamos y volvemos fatigados sobre nuestros pasos hacia la casa del Padre, él está allí, esperándonos con los brazos abiertos en señal de perdón.

Por consiguiente, no debemos tener nunca la sensación de que Dios, valiéndose de cualquier milagro o de un solo movimiento de su mano, eliminará el mal del mundo. Mientras creamos esto rezaremos oraciones que no tendrán respuesta y rogaremos a Dios que haga cosas que no veremos realizar nunca. La creencia de que Dios lo hará todo en lugar del hombre es tan insostenible como lo es creer que el hombre puede hacerlo todo por sí mismo. También es una señal de falta de fe. Debemos saber que esperar que Dios lo haga todo mientras nosotros no hacemos nada no es fe, sino superstición.

III

En consecuencia, debemos encontrar respuesta a la pregunta perturbadora de la vida: «¿Cómo puede eliminarse el mal de nuestras vidas individuales y colectivas?» Si el mundo no puede ser purificado únicamente por Dios, ni el hombre puede serlo por sí mismo, ¿quien lo hará?

Encontramos la solución en una idea muy diferente a las que hemos discutido, pues ni Dios ni el hombre conseguirán por separado la salvación del mundo. Al contrario, tanto Dios como el hombre, unificados en una maravillosa unidad de propósito por medio de un amor desbordante, que es un don gratuito de sí mismo por parte de Dios y una perfecta obediencia y receptividad por parte del hombre, pueden transformar lo viejo en nuevo y extirpar el cáncer del pecado. El principio que abre la puerta a Dios para actuar a través del hombre es la fe, y esto es lo que les falta a los débiles cuando, desesperadamente, intentan eliminar el mal corrosivo en el cuerpo del niño enfermo. Jesús les recordó que habían intentado hacer solos lo que sólo podía hacerse si sus vidas hubiesen sido receptáculos abiertos que pudieran llenarse libremente con la fuerza de Dios.

En las Escrituras se manifiestan dos clases de fe en Dios. A una de ellas la podemos llamar fe del espíritu por la cual la inteligencia acepta la idea de que Dios existe. La otra puede llevar el nombre de la fe del corazón, por la que cualquier hombre se involucra en un acto confiado de abandono de sí mismo. Para conocer a Dios, el hombre debe conocer este último tipo de fe, pues la fe del pensamiento está orientada hacia una teoría, mientras que la fe del corazón está centrada en una Persona. Gabriel Marcel insiste en que la fe

es «creer en», no «creer que». Es «abrir un crédito que me pone a disposición de aquel en quien creo». Cuando yo creo, dice, «me convoco a mí mismo con una especie de recogimiento interior de todo lo que soy que el acto de convocación implica». La fe es la apertura, en todos los sentidos y niveles, de la vida propia a la inundación divina.

Esto es lo que subraya el apóstol Pablo en su doctrina sobre la salvación por la fe. Para él, la fe es la capacidad del hombre para aceptar la voluntad de Dios, a través de Cristo, para rescatarnos de los lazos del pecado. En su amor magnánimo, Dios se ofrece libremente para hacer por nosotros lo que no podemos hacer solos. Nuestra aceptación humilde y cordial es la fe. De manera que por la fe nos salvamos. El hombre colmado de Dios, y Dios actuando por medio del hombre, aportan a nuestras vidas individuales y sociales cambios increíbles.

Los males sociales han atrapado a una multitud de hombres en un pasillo oscuro y triste donde no se ve ningún indicio de salida, y a otros los han precipitado en un abismo negro de fatalismo psicológico. Estos males terribles, paralizadores, pueden ser extirpados por una humanidad perfectamente identificada con Dios por la obediencia. La victoria moral llegará cuando Dios colme al hombre y el hombre abra, por la fe, su vida a Dios, como el golfo se abre a la majestuosas aguas de un río. La justicia racial, una posibilidad real para nuestra salvación y para el mundo, no vendrá por nuestros pequeños y frecuentemente débiles esfuerzos ni por la imposición por parte de Dios de su voluntad sobre unos hombres descarriados, sino que serán muchos los que abrirán sus vidas a Dios y le permitirán verter en sus almas toda su energía divina y triunfante. Nuestro antiguo y noble sueño de un mundo de paz puede ser aún una realidad, pero no vendrá ni con el trabajo del hombre solo ni con la destrucción por Dios de las inicuas estructuras de los hombres, sino cuando los hombres abran sus vidas a Dios para que las pueda llenar de amor, de mutuo respeto, de comprensión y buena voluntad. La salvación social sólo se conseguirá con la aceptación voluntaria por parte del hombre del don poderoso de Dios.

Dejadme que explique lo que he dicho sobre nuestras vidas personales. Muchos de vosotros sabéis lo que quiere decir luchar contra el pecado. Durante años os habéis dado cuenta de que un horrible pecado —la esclavitud de la bebida, quizás, o la falsedad, la impureza, el egoísmo— se iban adueñando de vuestras vidas. A medida que transcurrían los años y el vicio iba extendiendo su dominio sobre vuestra alma, sabíais que era un intruso antinatural. Quizá pensasteis: «Un día eliminaré el mal. Me doy cuenta de que me agría el carácter e inquieta a mi familia». Por fin determinasteis deshaceros del mal con una «resolución de Año Nuevo». Año nuevo, vida nueva. ¿Os acordáis de vuestra sorpresa y decepción al descubrir, trescientos sesenta y cinco días más tarde, que vuestros más sinceros esfuerzos no habían suprimido el antiguo hábito de vuestra vida? Completamente asombrados, os preguntasteis: «¿Por qué no he podido eliminarlo?».

Deprimidos, decidisteis plantear vuestro problema a Dios; pero, en lugar de pedirle que trabajara con vosotros, le dijisteis: «Dios, tú tienes que resolver este problema; yo no puedo. No puedo hacer nada». Pasaron días, e incluso meses, y el mal seguía allí. Dios no había querido suprimirlo porque no elimina nunca el pecado sin la cordial cooperación del pecador. No se resuelve ningún problema si esperamos, ociosamente, a que Dios se encargue por entero de ello.

Nadie puede desligarse por completo de un mal hábito con una simple resolución, ni simplemente invocando a Dios para que sea Él quien trabaje; sólo si nos rendimos y nos convertimos en instrumento de Dios nos libraremos del peso acumulado del mal, cuando permitamos que la energía de Dios penetre en nuestras almas.

Dios ha prometido cooperar con nosotros cuando intentemos eliminar el mal de nuestras vidas y convertirnos en verdaderos hijos de su divina voluntad. «De suerte que el que es de Cristo se ha hecho criatura nueva», dice Pablo, «y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo»³. Si un hombre está en Cristo, es una persona nueva, su «yo» viejo ha desaparecido y se convierte en hijo de Dios, transformado por la mano divina.

Una de las mayores glorias del Evangelio es que Cristo haya transformado a muchos pródigos desconocidos. Transformó a un Simón de arena en un Pedro de roca. Convirtió a un Saulo perseguidor en un apóstol Pablo. Convirtió al lujurioso Agustín en un San Agustín. Las palabras de León Tolstoi en *Mi religión* reflejan una experiencia compartida por muchos:

Hace cinco años empecé a creer; creí en la doctrina de Jesucristo, y toda mi vida se vio súbitamente transformada. Lo que antes deseaba, ya no lo deseé más, y empecé a desear lo que nunca había deseado. Lo que había creído acertado resultaba ahora erróneo, y consideraba que eran verdades lo que antes creía que era falso... Mi vida y mis aspiraciones se habían transformado completamente; el bien y el mal habían cambiado de sentido.

Encontramos aquí la solución a una pregunta perturbadora. El mal puede ser eliminado, no por el hombre solo ni por un Dios dictatorial que invada nuestras vidas, sino abriendo la puerta e invitando a Dios a entrar a través de Cristo. «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo»⁴. Dios está demasiado bien educado para forzar una puerta; pero, si somos nosotros los que abrimos con una fe total, una confrontación divina y humana transformará nuestras vidas, devastadas por el pecado, en personalidades brillantes.

3 2 Cor 5, 17

4 Ap 3, 20.

16 Carta de Pablo a los cristianos mericanos

Quería informaros a todos vosotros acerca de una carta imaginaria debida a la pluma del apóstol Pablo. El matasello revela que procede la ciudad portuaria de Troas. Al abrir la carta descubrí que estaba escrita en griego y no en inglés. Después de pasarme algunas semanas traduciéndola, creo que he conseguido descifrar su verdadero significado. Si su contenido resulta ser extrañamente kingiano y no paulino, atribuidlo a mi falta de objetividad, pero no a falta de claridad de Pablo. He aquí la carta tal como la tengo ante mi.

Pablo, llamado apóstol de Jesús, el Cristo, por voluntad de Dios, a vosotros, que estáis en América, gracia y paz de Dios, nuestro Padre, por nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Hace años que deseo veros. He oído hablar muchas veces de vosotros y de lo que hacéis. Me han llegado noticias respecto a los fascinantes y sorprendentes avances que habéis conseguido en el campo científico. Me han hablado de vuestros rapidísimos metros y veloces aeroplanos. Con vuestro genio científico habéis empequeñecido las distancias y encadenado el tiempo. Habéis hecho que fuera posible desayunar en París de la Galia y cenar en la ciudad de Nueva York. También he oído hablar de vuestros rascacielos, con sus prodigiosas torres elevándose audazmente en dirección a las estrellas. Me han informado de vuestros avances científicos en la curación de numerosos y terribles azotes y enfermedades: habéis conseguido prolongar vuestra vida y obtenido más seguridad y bienestar físico. Todo esto es maravilloso. ¡En vuestra época se pueden hacer tantísimas cosas que no podían hacerse en mi mundo greco-romano...! Recorréis grandes distancias en un solo día, que en mi generación requerían tres meses. Es magnífico. ¡Habéis hecho un avance impresionante en el desarrollo científico y técnico!

Sin embargo, me pregunto, América, si tu progreso moral y espiritual ha marchado al compás de tu progreso científico. Me parece que tu progreso moral ha quedado rezagado respecto del científico, tu mentalidad va más de prisa que tu moralidad, y tu civilización brilla más que tu cultura. Buena parte de tu vida moderna puede resumirse en las palabras del poeta Thoreau: «Medios mejorados para un objetivo no mejorado». Con tu genio científico has convertido el mundo en un barrio, pero no has sabido utilizar tu genio moral

y espiritual para convertirlo en una hermandad. Así pues, América, la bomba atómica que hoy te asusta no es solamente esa arma mortífera que puede ser arrojada desde un avión sobre millares de personas, sino la bomba atómica escondida en el corazón de los hombres, capaz de explotar en forma del odio más horrible y del egoísmo más devastador. Por eso quiero insistir en que sitúes tus avances morales al nivel de los científicos.

Creo necesario recordarte que recae sobre ti la responsabilidad de representar los principios éticos del cristianismo en una época en que son frecuentemente menospreciados. Esta es una tarea que me ha sido encomendada. Entiendo que en América hay muchos cristianos que creen que se debe rendir culto a los sistemas y costumbres implantados por el hombre. Temen que, de no hacerlo, se les considere diferentes. Su gran afán es poder ser aceptados socialmente. Viven según principios como éste: «Todo el mundo lo hace, señal de que debe ser bueno». ¡Entre vosotros hay muchos que piensan que la moralidad consiste en el asentimiento de todo el grupo! En vuestra lengua sociológica moderna, lo que es costumbre es aceptado como justo. Habéis llegado a creer, inconscientemente, que lo justo viene determinado por las encuestas Gallup.

Cristianos americanos, debo deciros que hace ya muchos años escribí a los cristianos de Roma: «Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta»¹. Tenéis una doble ciudadanía. Vivís simultáneamente en el tiempo y en la eternidad. Vuestra más alta lealtad se la debéis a Dios, y no a las costumbres de la gente, el Estado, la nación, o cualquier otra institución humana. Si una institución terrena o una costumbre no están de acuerdo con la voluntad de Dios, vuestro deber de cristianos es oponeros a ella. No debéis permitir nunca que las exigencias transitorias, efímeras, de las instituciones que ha creado el hombre aventajen a las exigencias eternas de Dios todopoderoso. En una época en que los hombres traicionan los altos valores de la fe, debéis aferraros a ellos, y, a pesar de la presión de una generación que los aliena, presedvarlos para los niños que aún han de nacer. Debéis estar dispuestos a desafiar costumbres injustas y a boicotear el *statu quo*. Estáis llamados a ser la sal de la tierra. Debéis ser la luz del mundo. Tenéis que ser la levadura vital y activa en la masa de la nación.

Sé que en América tenéis un sistema económico denominado capitalismo, con el cual habéis conseguido maravillas. Habéis llegado a ser la nación más rica del mundo y edificado el mayor sistema productivo que ha conocido la historia. Es realmente magnífico. Pero, americanos, existe el peligro de que utilicéis mal ese capitalismo. Vuelvo a insistir en que el amor al dinero es la raíz de muchos males y pueden hacer del hombre un burdo materialista. Temo

1 Rom 12, 2.

que muchos de vosotros estéis más interesados en conseguir dinero que en acumular tesoros espirituales.

El mal del capitalismo puede conducir también a una explotación trágica. Esto ha sucedido ya muchas veces en vuestra nación. Me dicen que la décima parte del uno por ciento de la población controla más del 40 por ciento de la riqueza del país. ¡América, cuántas veces has quitado lo necesario a las masas para dar lujos a los privilegiados! Si quieres ser una auténtica nación cristiana, tienes que solucionar este problema. No puedes solucionarlo volviéndote hacia el comunismo, porque el comunismo está basado en un relativismo ético, un materialismo metafísico, un totalitarismo paralizador y un abandono de las libertades básicas que ningún cristiano puede aceptar. Pero, en cambio, puedes trabajar dentro del marco de la democracia para conseguir una mejor distribución de la riqueza. Debes utilizar tus poderosos recursos económicos para eliminar la pobreza de la tierra. Dios no ha intentado nunca que unos vivan en una riqueza superflua y desordenada, mientras que otros sólo conocen una pobreza absoluta. Dios quiere que todos sus hijos tengan cubiertas las necesidades básicas, y ha puesto en el universo «lo suficiente y más» para que esto se consiga.

Dejadme decir algo sobre la Iglesia. Americanos, debo recordaros, como lo he hecho con otros muchos, que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Cuando la Iglesia es fiel a su naturaleza, no conoce división ni desunión. Me dicen que dentro del protestantismo americano existen más de doscientas cincuenta denominaciones. La tragedia no consiste simplemente en que haya tal multiplicidad de denominaciones, sino en que muchos grupos pretenden poseer la verdad absoluta. Este sectarismo estrecho destruye la unidad del Cuerpo de Cristo. Dios no es bautista, metodista, presbiteriano o episcopaliano. Dios trasciende vuestras denominaciones. América, si tienes que ser auténtico testimonio de Cristo, debes saber esto.

Me han informado, y de ello me congratulo, de que en América crece el interés por la unidad de la Iglesia y el ecumenismo. Me dicen que habéis organizado un Consejo Nacional de las Iglesias, y que la mayoría se han afiliado al Consejo Internacional de las Iglesias. Todo eso es estupendo. Continúa por el camino creador. Mantened vivos estos consejos de la Iglesia y continúa prestándoles el apoyo más sincero. Recibo noticias muy optimistas sobre un diálogo reciente entre católicos romanos y protestantes. Me dicen que algunos eclesiásticos protestantes de vuestra nación han aceptado la invitación del Papa Juan para asistir como observadores a un reciente concilio ecuménico que ha tenido lugar en Roma. Es un síntoma tan significativo como saludable. Creo que es el principio de una evolución que no hará sino acercar más y más a los cristianos.

Otra cosa que me preocupa de la Iglesia americana es que tengáis una Iglesia blanca y otra negra. ¿Cómo es posible que en el auténtico cuerpo de

Cristo exista la segregación? Me dicen que la integración es mayor en el mundo del espectáculo y en otros círculos seculares que dentro de la Iglesia cristiana. ¡Es una monstruosidad!

Creo que entre vosotros hay cristianos que intentan encontrar bases bíblicas para justificar la segregación y argumentan que el negro es inferior por naturaleza. ¡Oh, amigos míos, esto es blasfemar y va contra todo lo que defiende la religión cristiana! Vuelvo a repetir lo que yo dije muchas veces a los cristianos, que en Cristo «no hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús»². Más aún, tengo que repetir las palabras que ya dije en el Areópago de Atenas: «Él hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la haz de la tierra»³.

Por eso, americanos, debo insistir para que os libréis de cualquier forma de segregación. La segregación es una negación flagrante de la unidad que tenemos en Cristo. Sustituye a la relación «yo-tú» por la relación «yo-esto», y rebaja a las personas a la categoría de cosas. Hierde el alma y degrada la personalidad. Crea en el segregado una falsa estimación de su propia superioridad. Destruye la comunidad y hace imposible la fraternidad. La filosofía básica del cristianismo es diametralmente opuesta a la filosofía básica de la segregación racial.

Alabo a vuestro Tribunal Supremo por haber decretado una sentencia histórica en favor de la desegregación y a muchas personas de buena voluntad que la han aceptado como una gran victoria moral, pero sé que algunos hermanos se han declarado en abierta oposición, y que en sus cámaras legislativas resuenan palabras como «anulación» e «interposición». Porque algunos hermanos han perdido el sentido de la auténtica democracia y del cristianismo, os exhorto a todos y a cada uno de vosotros a que lo discutáis pacientemente. Estáis obligados a hacerles cambiar de actitud por medio de la comprensión y de la buena voluntad. Hacedles saber que, levantándose contra la integración, no solamente se oponen a los nobles preceptos de vuestra democracia, sino también a los edictos eternos del mismo Dios.

Espero que las Iglesias de América desempeñen un papel importante en la lucha contra la segregación. Fue siempre responsabilidad de la Iglesia ampliar horizontes y desafiar las situaciones establecidas. La Iglesia tiene que introducirse en el campo de lucha de la acción social. En primer lugar, debéis velar para que la Iglesia aparte el yugo de la segregación de su propio cuerpo. Después tendréis que procurar que la Iglesia sea cada vez más activa en la acción social fuera de sus propias puertas. Debéis intentar mantener abiertos los canales de comunicación entre las diversas razas. Debe adoptar una actitud decidida contra las injusticias que los negros sufren en viviendas, educa-

2 Gal 3, 28.

3 Hch 17, 26.

ción, protección policiaca, y en los tribunales locales y estatales. Tiene que influir en el campo de la justicia económica. Como guardián de la vida moral y espiritual de la comunidad, la Iglesia no puede contemplar estos males manifiestos con indiferencia. Si vosotros, como cristianos, aceptáis esta empresa con decisión y valentía, conduciréis a los hombres descarriados de vuestra nación desde la oscuridad de la falsedad y el temor a la luz de la verdad y del amor.

Permitidme que dirija unas palabras a aquellos de entre vosotros que son víctimas del odioso sistema segregacional. Tenéis que continuar trabajando apasionada y vigorosamente por vuestros derechos divinos y constitucionales. Sería cobarde e inmoral que aceptaseis pacientemente la injusticia. En buena conciencia, no podéis vender el derecho de nacer a la libertad por un plato de sopas *segregadas*. Perseverando en vuestra justa protesta, permaneced siempre alerta para combatir con métodos cristianos y con armas cristianas. Aseguraos también de que los métodos que empleéis sean tan puros como el fin que perseguís. No sucumbáis nunca a la tentación de la ira. Cuando ejerzáis presión en pro de la justicia, estad seguros de que actuáis con dignidad y disciplina, utilizando como arma principal el amor. No dejéis nunca que nadie os empuje hasta llegar a obligaros a odiar. Evitad siempre la violencia. Si en vuestra lucha sembráis la semilla de la violencia, las generaciones venideras cosecharán el caos de la desintegración social.

En la lucha por la justicia, debéis demostrar a los opresores que no tenéis deseos de derrotarlos o de vengaros. Hacedles comprender que la úlcera infectada de la segregación debilita tanto al blanco como al negro. Al adoptar esta actitud, mantendréis vuestra lucha a nivel cristiano.

Muchas personas se dan cuenta de lo urgente que es desarraigar la segregación. Muchos negros dedicaron sus vidas a la causa de la libertad, y muchas personas blancas de buena voluntad y robusta sensibilidad moral se atreverán a hablar en favor de la justicia. La honradez me impele a admitir que esta postura requiere cierta disposición para el sufrimiento y el sacrificio. No desesperéis si os condenan y persiguen por la justicia. Cuando dais testimonio de la verdad y la justicia, sois presa posible de escarnio. Oiréis decir muchas veces que sois idealistas sin sentido práctico o radicales peligrosos. Quizás incluso os llamen comunistas, sólo porque creéis en la hermandad entre los hombres. Alguna vez iréis a parar a la cárcel. Si así fuera, debéis honrar la prisión con vuestra presencia. Puede representar perder el trabajo o la consideración social dentro de vuestro grupo. Aunque el precio que algunos tuviesen que pagar para librar a sus hijos de la muerte psicológica fuese la muerte física, no podríais hacer nada más cristiano. No os preocupéis por la persecución, cristianos americanos; debéis aceptarla si lucháis por un gran principio. Hablo con cierta autoridad, porque mi vida ha sido una continua sucesión de persecuciones. Después de mi conversión fui repudiado por los discípulos de Jerusalén. Más tarde me procesaron por herejía en Jerusalén. Fui encarcelado en

Filipo, azotado en Tesalónica, linchado en Éfeso y humillado en Atenas. De todas estas experiencias salí convencido de que nunca, «ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro (...), podrá separarnos del amor de Dios (manifestado) en Cristo Jesús, nuestro Señor»⁴. La finalidad de la vida no es ser feliz, ni buscar el placer y evitar el dolor, sino hacer la voluntad de Dios, sea cual sea. No puedo dejar de alabar a los que habéis resistido, sin decaimiento, las amenazas y las intimidaciones, las inmorales y la impopularidad, la detención y la violencia física a fin de proclamar la doctrina de la paternidad de Dios y la fraternidad de los hombres. Para estos nobles servidores de Dios existe el consuelo de las palabras de Jesús: «Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros»⁵.

Debo concluir mi escrito. Silas espera para echar esta carta al correo y yo debo partir para Macedonia, desde donde me han enviado un mensaje urgente pidiendo ayuda. Pero, antes de irme, debo deciros, como dije a la Iglesia de Corinto, que el amor es el poder más duradero del mundo. A través de los siglos, los hombres han luchado por descubrir el bien supremo. Ésta ha sido la principal cuestión de la filosofía ética, y fue uno de los mayores problemas de la filosofía griega. Los epicúreos y los estoicos intentaron solucionarlo; Platón y Aristóteles intentaron solucionarlo también. ¿Cuál es el *summun bonum* de la vida? Creo, América, que he encontrado la respuesta. He descubierto que el bien más sublime es el amor. Este principio es el centro del cosmos. Es la gran fuerza unificadora de la vida. Dios es amor. El que ama ha descubierto la clave del significado de la realidad última; el que odia es un candidato inminente a la destrucción.

Cristianos americanos, podéis dominar las sutilezas de la lengua y poseer la elocuencia de los discursos bien pronunciados; pero aunque pudierais hablar todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tenéis amor, sois como la campana que toca o el timbal que tintinea.

Podréis poseer el don de la predicción científica y comprender el comportamiento de las moléculas; podréis penetrar en los arcanos de la naturaleza y evidenciar muchas perspectivas nuevas; podréis escalar las cimas de las conquistas académicas para conseguir toda suerte de conocimientos, y presumir de vuestras grandes instituciones de enseñanza y del alcance ilimitado de vuestros títulos; pero todo esto, desprovisto de amor, no significa nada.

Más todavía, americanos: podéis entregar vuestros bienes para alimentar a los pobres; podéis hacer grandes donativos a instituciones de caridad y dis-

4 Rom 8, 38-39

5 Mt 5, 11-12

tinguiros por una gran filantropía; pero, si no tenéis amor, vuestra caridad nada significa. Podéis entregar incluso vuestro cuerpo a las llamas, y morir como mártires, y vuestra sangre derramada podrá ser un símbolo de gloria para las generaciones venideras, y miles de hombres os honrarán como a héroes de la historia; pero, incluso así, si no tenéis amor, vuestra sangre será derramada en balde. Por tanto, ya veis cómo un hombre puede ser orgulloso incluso entregándose, e incluso sacrificándose. Su generosidad puede aumentar su ego, y su piedad su orgullo. La benevolencia sin amor se convierte en egoísmo, y el martirio en orgullo espiritual.

La mayor de todas las virtudes es el amor. En él encontramos el auténtico significado de la fe cristiana y de la cruz. El calvario es un telescopio a través del cual podemos contemplar la vasta extensión de la eternidad y ver el amor de Dios irrumpiendo en el tiempo. Por la magnitud de su generosidad, Dios permitió que su Hijo unigénito muriese para que nosotros viviéramos. Uniéndonos con Cristo y vuestros hermanos por el amor, podréis matricularos en la universidad de la vida eterna. En un mundo que depende de la fuerza, de la tiranía y de la violencia sanguinaria, se os convida a seguir el camino del amor. Descubriréis que el amor desarmado es la fuerza más poderosa de todo el mundo.

Tengo que dejaros. Transmitid mi saludo cordial a todos los santos de la Iglesia de Cristo. Tened valor; sed todos unos; vivid en paz.

Lo más probable es que no vaya a América a veros, pero os veré en la eternidad de Dios. Y ahora, a Aquel que nos puede evitar la caída, y puede levantarnos del oscuro valle de abatimiento hasta la iluminada montaña de esperanza, de la noche de la desesperación al alba de la alegría, a Él el poder y la autoridad por siempre. Amén.

17 Peregrinación a la no-Violencia

Durante el último curso en el seminario de teología leí diversas teorías teológicas con gran entusiasmo. Como había sido criado en una tradición más bien estricta, fundamentalista, recibí un gran «choc» cuando mi viaje intelectual me condujo a través de áreas doctrinales nuevas, y, la mayoría de las veces, complejas; sin embargo, fue una peregrinación siempre estimulante, que me dió una nueva apreciación de las consideraciones objetivas y análisis críticos y me obligó a despertar de mi adormilado dogmatismo.

El liberalismo me proporcionó una satisfacción intelectual que no había encontrado nunca en el fundamentalismo. Me sentía tan entusiasmado con los puntos de vista liberales que casi caí en la trampa de aceptar sin discusión todo lo que englobaban. Estaba completamente convencido de la bondad natural del hombre y del poder natural de la razón humana.

I

Al comenzar a someter a crítica algunas de las teorías que se habían asociado a la teología que se definía a sí misma como liberal se produjo un cambio básico en mi mentalidad. Es evidente que existen aspectos del liberalismo que pienso acatarlos siempre: su devoción por la búsqueda de la verdad, su insistencia en un espíritu de apertura y análisis, y su negativa a abandonar los caminos de la razón. La aportación del liberalismo a la crítica filológico-histórica de la literatura bíblica ha tenido un valor inconmensurable y debería ser defendida con pasión religiosa y científica.

Sin embargo, empecé a poner en duda la doctrina liberal sobre el hombre. Cuanto más observaba las tragedias de la historia y la vergonzosa inclinación del hombre a escoger el camino bajo, más cuenta me daba del abismo y la fuerza del pecado. La lectura de las obras de Reinhold Niebuhr me obligó a tomar conciencia de la complejidad de los motivos humanos y de la realidad del pecado en todos los niveles de la existencia del hombre y la evidentísima realidad del mal colectivo. Comprendí que el liberalismo había sido excesivamente sentimental respecto a la naturaleza humana y que se inclinaba hacia un falso idealismo.

También me di cuenta de que el superficial optimismo del liberalismo respecto a la naturaleza humana pasaba por alto el hecho de que la razón está oscurecida por el pecado. Cuanto más pensaba en la naturaleza humana, más cuenta me daba de que nuestra trágica inclinación al pecado nos animaba a racionalizar nuestras acciones. El liberalismo no puede evidenciar que la razón, por sí sola, sea algo más que un instrumento para justificar en el hombre sus formas defensivas de pensar. La razón, desprovista del poder purificador de la fe, no puede desligarse de las deformaciones y racionalizaciones.

A pesar de que repudiaba algunos aspectos del liberalismo, no llegué nunca a una total aceptación de la neo-ortodoxia. A pesar de considerar la neo-ortodoxia como un correctivo útil para el liberalismo sentimental, comprendí que no proporcionaba una respuesta adecuada a los problemas fundamentales. Si el liberalismo era demasiado optimista respecto a la naturaleza humana, la neo-ortodoxia era demasiado pesimista. No solamente por lo que se refiere al tema del hombre, sino también a otros puntos vitales, la revuelta de la neo-ortodoxia iba demasiado lejos. En sus intentos por preservar la trascendencia de Dios, comprometida por la excesiva importancia que se concedía en el liberalismo a la inmanencia, la neo-ortodoxia caía en el otro extremo al insistir en un Dios oculto, desconocido, totalmente «diferente». Al rebelarse contra la exaltación del poder de la razón en el liberalismo, la neo-ortodoxia caía en una postura mental de antirracionalismo y semifundamentalismo, subrayando un bibliocismo estrecho y nada crítico. Esta concepción me parecía inadecuada tanto para la Iglesia como para la vida personal.

De forma que, aunque el liberalismo me dejaba insatisfecho en lo que respecta a la cuestión de la naturaleza del hombre, no encontré refugio en la neo-ortodoxia. Ahora estoy convencido de que la verdad sobre el hombre no se encuentra en el liberalismo ni en la neo-ortodoxia. Ambos representan una verdad parcial. Un importante sector del liberalismo protestante definía al hombre sólo según su naturaleza esencial, según su capacidad para el bien; la neo-ortodoxia tiende a definir al hombre según su naturaleza existencial, su capacidad para el mal. Una adecuada comprensión del hombre no la encontraremos ni en la tesis del liberalismo ni en la antítesis de la neo-ortodoxia, sino en una síntesis que reconcilie la verdad de ambas posiciones.

A medida que transcurrían los años, fui adquiriendo una nueva apreciación de la filosofía del existencialismo. El primer contacto con esta filosofía me llegó a través de la lectura de Kierkegaard y de Nietzsche. Más tarde me decanté hacia un estudio de Jaspers, Heidegger y Sartre. Estos pensadores estimularon mi reflexión; a pesar de que estudiaba a todos, llegué a aprender mucho estudiándolos. Cuando, finalmente, empecé a hacer un estudio serio de las obras de Paul Tillich, me convencí de que el existencialismo, a pesar de haberse puesto demasiado de moda, había proclamado algunas verdades básicas sobre el hombre y su condición que no podemos pasar por alto de forma sistemática.

La comprensión de la «libertad limitada» del hombre es una de las aportaciones permanentes del existencialismo, y su percepción de la angustia y del conflicto que en la vida personal y social del hombre se producen en razón de la peligrosa y ambigua estructura de la existencia toma una especial significación en estos tiempos. El existencialismo teístico y el ateo tienen en común que la situación existencial del hombre queda alejada de su naturaleza esencial. En su rebelión contra el esencialismo de Hegel, todos los existencialistas argumentan que el mundo está fragmentado. La historia es una sucesión de conflictos inconciliables, y la existencia del hombre está llena de angustia y aterrada por la falta de sentido. Así pues, aunque la respuesta definitiva no se encuentra en ninguna de las aseveraciones existencialistas, el teólogo puede describir bastante bien el verdadero estado de la existencia del hombre aprovechando elementos que figuran en las referidas aseveraciones.

Aunque haya aplicado la mayor parte de mi tiempo al estudio de la teología y la filosofía sistemáticas, me he ido interesando cada vez más por la ética social. Durante mi primera adolescencia estaba muy interesado por el problema de la injusticia racial. Consideraba que la segregación era inexplicable racionalmente, y moralmente injustificable. No pude consentir nunca tener que sentarme en los últimos asientos de un autobús o en un compartimiento o sección segregada en un tren. La primera vez que, en un vagón restaurante, tuve que sentarme detrás de una cortina, fue como si aquella cortina hubiese caído encima de mi personalidad. También aprendí que la hermana gemela e inseparable de la injusticia racial es la injusticia económica. Vi cómo los sistemas de segregación explotaban tanto a los negros como a los blancos desposeídos. Estas primeras experiencias me hicieron tomar conciencia de las diversas injusticias que existen en nuestra sociedad.

II

Sin embargo, hasta que ingresé en el seminario teológico no inicié una búsqueda intelectual seria de un método que eliminase el mal social. Inmediatamente fui influido por el evangelio social. Al comenzar la década de los cincuenta, leí *Cristianismo y crisis social*, de Walter Rauschenbusch, libro que dejó una huella indeleble en mi pensamiento. Naturalmente, en algunos puntos difería de Rauschenbusch. Me daba cuenta de que fue una víctima del «culto al progreso inevitable» del siglo XIX, que le dejó un optimismo inmoderado sobre la naturaleza humana. Además, tendía peligrosamente a identificar el Reino de Dios con un sistema social y económico determinado, tentación en la que nunca debe caer la Iglesia. Pero, a pesar de aquellos fallos, Rauschenbusch proporcionó al protestantismo americano un sentimiento de seguridad social que ya no había de perder nunca. El Evangelio trata del hombre total, no solamente de su bienestar espiritual, sino también del bienestar mate-

rial. Una religión que tiene una preocupación por las almas de los hombres, pero que no se preocupa de los barrios de barracas, las condiciones económicas asfixiantes y las condiciones sociales paralizadoras, es una religión espiritualmente moribunda.

Después de leer a Rauschenbusch, pasé a un estudio detallado de las teorías sociales y morales de los grandes filósofos. Durante este período casi me había desengañado del poder del amor para resolver los problemas sociales. Los filósofos de ofrecer la otra mejilla y amar a los enemigos son válidos, pensaba, sólo cuando unos individuos están enfrentados a otros; ahora, cuando grupos raciales o naciones entran en conflicto, hace falta un método más realista.

Entonces empecé a penetrar en la vida y la doctrina del Mahatma Gandhi. A medida que iba leyendo sus obras, me iba sintiendo profundamente fascinado por sus campañas de resistencia pacífica. Su concepto de *satyagraha* (*satya* es la verdad que equivale al amor, y *graha* es la fuerza; por tanto, *satyagraha* significa «verdad-fuerza») me resultaba fundamentalmente significativo. A medida que penetraba en la filosofía de Gandhi, mi escepticismo respecto al poder del amor decrecía gradualmente, y por primera vez me di cuenta de que la doctrina cristiana del amor, actuando a través del método gandhiano de la no-violencia, es una de las armas más potentes de las que dispone un pueblo oprimido en la lucha por la libertad. Sin embargo, en aquella época sólo adquirí una comprensión y una estimación intelectual de aquella postura, y no tenía ninguna determinación firme de organizarla en una situación socialmente efectiva.

Cuando en 1954 llegué como pastor a Montgomery, Alabama, no tenía la más mínima idea de que más tarde me iba a encontrar involucrado en una crisis en la que sería aplicable la resistencia pacífica. Después de vivir un año en aquella comunidad, comenzó el boicot a los autobuses. Los negros de Montgomery, aplastados por las humillantes experiencias que habían tenido que soportar constantemente en los autobuses, expresaron en un acto de no-cooperación en masa su determinación de ser libres. Se dieron cuenta de que, en último término, era más honorable caminar dignamente por las calles que subir a los autobuses para ser humillados. Cuando empezó la protesta, la gente vino a buscarme para que fuera su portavoz. Al aceptar esta responsabilidad, mi espíritu, consciente o inconscientemente, se volvió hacia el Sermón de la Montaña y el método gandhiano de la resistencia pacífica. Este principio se convirtió en la luz que guiaría nuestro movimiento. Cristo proporcionaba el espíritu y la motivación, y Gandhi el método.

La experiencia de Montgomery sirvió para aclarar mi pensamiento respecto a las cuestiones de la no-violencia mejor que todos los libros que había leído. A medida que transcurrían los días me fui convenciendo cada vez más del poder de la no-violencia. La no-violencia se convirtió en un método al cual

yo aceptaba intelectualmente; se convirtió en un compromiso de un estilo de vida. Muchos puntos que no había podido resolver intelectualmente respecto a la no-violencia se aclaraban ahora en el terreno de la acción práctica.

La suerte de poder viajar a la India me produjo un gran impacto; era estimulante constatar directamente los asombrosos resultados de una lucha no-violenta para conseguir la independencia. El residuo del odio y el rencor que son, de ordinario, las secuelas de una campaña violenta, no podía encontrarse en ningún lugar de la India, y entre los ingleses y los indios integrados en la Commonwealth existía una amistad mutua basada en la completa igualdad.

No quisiera dar la impresión de que la no-violencia va a producir milagros. Los hombres no se separan fácilmente de sus rutinas mentales, ni son liberados de sus prejuicios o sentimientos irracionales. Cuando los desposeídos piden libertad, los privilegiados empiezas reaccionando dura y tenazmente. No obstante, cuando las demandas se presentan en términos no-violentos, la reacción inicial es sustancialmente la misma. Estoy convencido de que muchos de nuestros hermanos blancos de Montgomery y de todo el Sur están aún resentidos contra los dirigentes negros, a pesar de que estos dirigentes hayan procurado seguir un camino de amor y de no-violencia. Pero el método no-violento conmueve los corazones y las almas de los que se consagran a él. Les da un nuevo respeto a sí mismos. Recurre a reservas de fuerza y valor que ni ellos mismos creían poseer. Finalmente, emociona de tal forma la conciencia del adversario, que la reconciliación se convierte en una realidad.

III

Más recientemente he visto muy claro la necesidad del método de la no-violencia en las relaciones internacionales. Aunque no estaba completamente convencido de la eficacia de la guerra en conflictos entre naciones, presentía que, aunque no podía ser nunca un bien positivo, podían servir como bien negativo para impedir la proliferación y el crecimiento de la fuerza del mal. La guerra, aun siendo horrible, era preferible a la rendición a un sistema totalitario. Pero ahora creo que la poderosa fuerza destructora de las armas actuales elimina totalmente la posibilidad de que la guerra sirva para conseguir un bien negativo. Si partimos de la base de que la humanidad tiene derecho a sobrevivir, tendremos que encontrar una alternativa a la guerra y a la destrucción. En la era de los vehículos espaciales y proyectiles balísticos dirigidos, la elección está entre la no-violencia y la no-existencia.

No soy pacifista doctrinario, pero he abrazado un pacifismo realista que entiende que la posición pacifista es, dadas las circunstancias, el mal menor. No pretendo verme libre de los dilemas morales con que tropieza el no-pacifista cristiano, pero estoy convencido de que la Iglesia no puede permanecer

callada mientras la humanidad se enfrenta a la amenaza de la aniquilación nuclear. Si la Iglesia es fiel a su misión, debe pedir que se ponga fin a la carrera de armamentos.

Mis sufrimientos personales me han enseñado a modelar mi pensamiento. Siempre vacilo antes de hacer referencia a estas experiencias por miedo a producir el efecto contrario. Una persona que constantemente llama la atención sobre sus desventuras y sufrimientos corre el peligro de provocarse un complejo de mártir y causar en los demás la impresión de que busca condolencia. Es posible que quien habla de su sacrificio se decante por el egoísmo. Por eso tengo una cierta aprensión a referirme a mis sacrificios personales. Pero en cierta manera me siento justificado por citarlos en este ensayo en razón de la influencia que han ejercido en mi pensamiento.

A causa de la consagración a la lucha por la libertad de mi gente, he conocido pocos días plácidos durante estos últimos años. He estado encarcelado en Alabama y en Georgia doce veces. Dos veces han arrojado bombas contra mi casa. Apenas pasa día sin que mi familia o yo seamos objeto de amenazas de muerte. He sido víctima de un apuñalamiento casi fatal. Así, en un sentido real he sido acosado por las tempestades de la persecución. He de confesar que, a veces, he tenido la impresión de que no podría soportar por más tiempo un fardo tan pesado y me he sentido tentado a retirarme a una vida más tranquila y serena. Pero cada vez que me asaltaba aquella tentación, algo fortalecía mi decisión. Ahora sé que la carga del Maestro es ligera precisamente porque nosotros aceptamos el yugo.

Mis pruebas personales me han enseñado también el valor del sufrimiento inmerecido. A medida que aumentaban los sufrimientos, me daba cuenta de que existían dos formas de afrontar la situación: o reaccionar con acritud, o intentar transformar el sufrimiento en fuerza creadora. Elegí el segundo camino. Reconociendo la necesidad del sufrimiento, he intentado convertirlo en una virtud. Aunque sólo fuera por salvarme del rencor, he buscado la forma de considerar mis angustias personales como una oportunidad para transformarme y cuidar de la gente involucrada en la trágica situación en que se encuentran. Estos últimos años he vivido en la convicción de que el sufrimiento inmerecido redime. Algunos creen todavía que la Cruz es un obstáculo a superar, otros la consideran una locura; pero yo estoy más convencido que nunca de que es el poder de Dios aplicado a la salvación social e individual. De manera que, como el apóstol Pablo, puedo decir humildemente, pero con legítimo orgullo: «Llevo en mi corazón las señales del señor Jesús».

En los angustiosos momentos de estos últimos años también me he acercado más a Dios. Estoy más convencido que nunca de la realidad de un Dios personal. Es cierto que también creo en la personalidad de Dios. Pero antes la idea de un Dios personal era poco más que una categoría metafísica que consideraba teológica y filosóficamente satisfactoria. Ahora es una realidad

viviente que se ha hecho válida en las experiencias de la vida diaria. Dios ha sido profundamente real para mí en estos años. En medio de los días solitarios y las noches espantosas, he sentido una voz interior que decía: «Valor, estaré contigo». Cuando las cadenas del miedo y las esposas de la frustración han puesto a prueba mis esfuerzos, he sentido el poder de Dios transformando la fatiga de la desesperanza en la plenitud de la esperanza. Estoy convencido de que el universo está sometido al control de un propósito de amor, y de que, en la lucha por el derecho, el hombre tiene una compañía cósmica. Detrás de las ásperas apariencias del mundo hay un poder benigno. Decir que este Dios es personal no es convertirlo en un objeto finito junto a los demás objetos, o atribuirle las limitaciones de la personalidad humana; es escoger lo más noble y excelso de nuestra conciencia y afirmar que existe perfectamente en Él. Es cierto que la personalidad humana es limitada, pero como tal personalidad no comporta limitaciones necesarias. Significa simplemente autoconciencia y autodirección. Así pues, en el más puro sentido de la palabra, Dios es un Dios vivo. En Él hay un sentimiento y voluntad del corazón humano; *este* Dios convida a la plegaria y al mismo tiempo responde.

La última década ha sido verdaderamente apasionante. A pesar de las tensiones e incertidumbres de este periodo, sucede algo verdaderamente significativo. Mueren los viejos sistemas de explotación y opresión; nacen nuevos sistemas de justicia e igualdad. En este sentido real, es una gran época para los que la vivimos. Consiguientemente, no he perdido la esperanza en el futuro. Admito que el optimismo superficial de ayer es imposible. Admito que nos enfrentamos con una crisis mundial que nos abandona al creciente murmullo del mar inquieto de la vida. Pero todas las crisis tienen sus peligros y sus oportunidades. Tanto puede representar la salvación como la condenación. En un mundo oscuro, confuso, el Reino de Dios puede todavía imperar en el corazón de los hombres.



ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA